

NOSOTROS

(SEGUNDA EPOCA)

Directores :

Alfredo A. Bianchi - Roberto F. Giusti

★

AÑO II - TOMO V

★

BUENOS AIRES

1937

N O S O T R O S

EL SENTIDO HEROICO DE LA VIDA EN EL ARTE WAGNERIANO

“Begreifen wir unter “Held” überhaupt den ganzen, vollen *Menschen*, dem alle rein menschlichen Empfindungen der Liebe, des Schmerzes und der Kraft nach höchster Fülle und Stärke zu eigen sind...”

R. WAGNER: Beethoven's “heroische Simphonie”.

Si uno contempla por breves instantes, con los ojos del espíritu, el mundo de las formas y de las ideas wagnerianas, queda ipso facto sorprendido, abrumado, anonadado, ante su vastedad y honda trascendencia, al punto de no hallar en el lenguaje corriente palabras adecuadas y expresivas a la vez, para revelar siquiera en forma parcial e imperfecta la multitud de impresiones recibidas y de qué modo ellas han obrado sobre su mente y su corazón. Porqué las creaciones del genio, —y tal fué en grado supremo Ricardo Wágner,— tienen insita la virtud de transformar o renovar el mundo de la conciencia, de los que se acercan a ellas con puridad de espíritu y un vivo deseo de conocer, immune por completo de prejuicios y convencionalismos vulgares; de los que aspiran a elevarse en pos de un ideal superior. La medida de su valor, dentro de la jerarquía de las obras de contenido eterno y universal, estriba justamente en su dinamismo espiritual; en su

poder de comprensión luminosa del centro inviolado de nuestra secreta intimidad; en su alquimia maravillosa, que convierte lo irreal en elemento activo de nuestra voluntad de superación; en su singular don de videncia, que nos descubre a nosotros mismos y quita el velo de Maya, que nos da una visión deformada de la realidad. Sólo así cumple el arte su función trascendental de plasmadora de almas y excitadora de energías: sólo así merece con justicia el calificativo de divino porque permite descifrar el enigma de la vida en su triple aspecto: moral, estético y religioso. Para Ricardo Wá-gner el problema del arte es serio, grave; humano y místico a la vez. La solución que él nos ha dado en sus obras grandiosas es la de un arte integral, que responde en modo perfecto a lo que fué el sueño de toda su vida. Sin pretender, pues sería carente de todo interés y novedad, aventurarme en el campo extenso y explorado en todo sentido de la exégesis del arte wagneriano, la que ha sido, por otra parte, ya realizada desde todos los puntos de vista: poético, filosófico, artístico y musical, por escritores tan ilustres como Nietzsche, Chamberlain, Adler, Lichtenberger, Bekker, etc., trataré únicamente extraer de ella su íntima esencia y poner de relieve al propio tiempo su permanente valor humano; su virtud dinámica; su aflujo religioso y su valiente moral heroica.



Por sobre las interpretaciones henchidas de doctrina y de hábil textura dialéctica; por sobre las sutiles disquisiciones filosóficas y las contribuciones valiosas de la mitología; más arriba que la teoría deslumbrante de las más recónditas bellezas de la técnica musical, hay algo más sublime y resplandeciente como un sol: la visión maravillosa de la vida depurada de la escoria terrestre, formada a su vez por el medio, la moda, las conveniencias sociales, la sed de dominio, la mentira, el egoísmo y las demás lacras de nuestra pretendida civilización; de la vida interior íntima, incontaminada, egoísta, natural, primaria, llevada por la magia del arte a las fuentes originarias de los instintos puros y al amparo de la ley del amor, que debiera gobernar a los humanos de igual

modo que preside al movimiento del sol y de los demás astros del universo sideral. Pero, una vida en que arde de continuo la llama de los instintos elementales, no aún deshumanizados o pervertidos por una falsa educación; en que los sentimientos de piedad, de amor, de sacrificio, de redención por fidelidad al ideal inaccesible no vienen ahogados por la inconsciente adaptación a una moral hipócrita y convencional, y se expanden, en cambio, en toda su plenitud; en que la flora espiritual no se agosta por falta de calor de simpatía y de savia de amor, es propia únicamente de seres excepcionales, de verdaderos héroes, en quienes puede verse reflejada la parte mejor de nosotros, la que flota sobre nuestra conciencia en los raros momentos de paz interior y de sedante serenidad mental, cuando nuestro yo aparece divinamente desnudo, despojado del disfraz y la máscara que le impone la sociedad. Una vida heroica, pues; aplicando esta palabra al igual que Wágner en su explicación liminar a la Sinfonía heroica de Beethoven, en su sentido más amplio, o sea entendiendo por héroe al hombre entero, completo, a quien son propios todos los sentimientos puramente humanos, tales como el amor, el dolor y la fuerza, en su suprema plenitud y potencia. Pero, una individualidad de tal naturaleza, a la que nada de humano es extraño, debe chocar forzosamente en el escenario del mundo con la intrincada red de intereses y pasiones que se le atraviesan en el camino; debe soportar la hostilidad de los mediocres; la descalificación de los adaptados, y sufrir, por último, amarguras y penas de todas clases por la incompreensión petulante y agresiva del medio en que actúa. Ello importa sobrellevar con dignidad y altivez la cruz de la infelicidad. Y ya que, como escribe Schopenhauer, una vida dichosa es imposible, lo supremo a que el hombre puede aspirar es llevar a cabo una vida heroica. He aquí, pues, lo heroico levantado a la dignidad de ideal en acción, de ley de existencia, de realización de sí mismo según una trayectoria rectilínea e inmutable. En el fondo lo que da contornos y virtud heroica a las "dramatis personae" wagnerianas son sus caracteres puramente humanos, porque en ellas ha estampado el artista incomparable el sello vigoroso de su genio creador. Poco importa

que pertenezcan ellas al mundo de la leyenda y del mito y las rodee un simbolismo oscuro e impenetrable si obran, aman y sufren como nosotros; si por mil conductos invisibles llegan hasta los más apartados reductos de nuestra sensibilidad sus apasionados y nostálgicos llamados a la fe que redime y a la dicha de soñar: si nos dan la ilusión de un clima moral más puro, de una humanidad más perfecta, de una valoración unánime de la seriedad y espiritualidad de la vida. Son humanas, total y profundamente humanas, porque Wagner ha reproducido en ellas su propia experiencia del mundo: el contraste que ha sentido en carne propia entre el ideal que uno persigue y las fuerzas visibles u ocultas que lo niegan; la lucha interior, trágica a veces, entre las pasiones desbordantes e incontenibles y la razón que las comprime o las aquieta en nombre de los ídolos que la sociedad se ha forjado: la abyecta animalidad de los unos y la espiritualidad más excelsa de los otros.

Este aspecto del arte wagneriano ha sido puesto de manifiesto, con la penetración que le distingue, por Nietzsche, en su pequeño y bello libro: *Ricardo Wagner en Bayreuth*, que Chamberlain califica de obra maestra, en la que sobresale la profundidad de los pensamientos, la seguridad con que el autor hace resaltar lo esencial; la concisión lapidaria, el estilo admirable y la noble espiritualidad de que están penetradas todas sus páginas. Según el autor de *Zarathustra* ha expresado Wagner en las tramas de sus dramas musicales el propio drama del mundo reducido a proporciones menores. En efecto, "las luchas que en ellos se desarrollan son simplificaciones de las luchas reales que acontecen en la vida; sus problemas son abreviaciones de la multitud de acciones y voliciones humanas más complicadas". Si se considera, después, que Wagner ha recurrido a la poesía, a la música, a la historia, a la mitología, a la filosofía y a la lingüística para elaborar la materia de sus obras y todo lo ha refundido en el crisol de su alma para darle forma y vida imperecederas, no es excesivo el apodo de "simplificador del mundo" con que le designa rotundamente Nietzsche, casi para recordar la



RICARDO WAGNER

(Alegoría de *Crecencio de la Rúa*)

tarea ciclópea realizada por el maestro de Bayreuth, sólo comparable al esfuerzo heroico de Prometeo al formar con el barro elemental hombres a su semejanza.



Wagner vió con su mirada penetrante cuáles son los elementos esenciales de que se compone la vida, dentro de la multitud de sus manifestaciones exteriores, reales o aparentes, circunstanciales o insinceras, que confunden o desorientan al observador común. Descubrió también, con su intuición genial, las relaciones íntimas, indisolubles entre actos al parecer contradictorios y cuya explicación y justificación se halla en lo subconsciente. Tuvo, por último, una visión solar de las pasiones y sentimientos eternos que inspiran o guían al hombre en lo más profundo de su ser, cualesquiera sean su estado, su posición social, su educación, sus creencias, etc. Todo ello da la clave necesaria para formarse un esquema del mundo muy cerca de lo real, sobre todo si se emplean medios expresivos adecuados para revelar la gestación de los pensamientos más altos y de las ideas más sutiles, o bien el proceso de brotación misteriosa de las flores más bellas del jardín del espíritu. Esto lo hizo Wagner, con su acertada unión de la música al drama, todo iluminado por la luz de la poesía. Y por haber creado en el cielo del arte un mundo nuevo de gnomos y gigantes, de ninfas, hombres y dioses, en quienes vienen representados a la vez las fuerzas de la naturaleza, el poder divino, las pasiones humanas, las taras sociales, los vicios y virtudes individuales y todo aquello que forma la trama de la existencia, bien merece se le califique como un verdadero simplificador del universo. Esta concepción del arte como regenerador del espíritu, pues es tal la función suprema e ideal del drama musical wagneriano, que trae como consecuencia la regeneración del género humano, no salió preformada de la mente del Maestro, al igual que Minerva del cerebro de Júpiter, sino fué el resultado de una elaboración interna, persistente y progresiva, en el transcurso de la cual acumulaba materiales para el grandioso edificio, entresacados de sus meditaciones personales sobre las

grandes obras de las más variadas disciplinas; de sus estudios profundos acerca de la música y de la mitología comparada; de las experiencias adquiridas en el curso de su existencia compleja y movimentada; y del venero inagotable de su fecunda fantasía y de su percepción luminosa de lo eterno dentro de lo caduco, de lo variable y lo circunstancial. No haré una recapitulación retrospectiva de las aventuras o episodios de la vida externa de Wagner que han quedado vinculados a los esbozos fragmentarios o a la preparación o cumplimiento de tal o cual obra musical, pues en forma minuciosa y documentada ya lo han hecho sus biógrafos y en primer término Glassenapp, sin contar el precioso aporte de las notas autobiográficas del mismo Maestro y el sendo volumen *Mein Leben* dictado por él a Cósima Liszt. Lo que interesa es seguir el proceso de formación de su conciencia heroica y su gradual ascensión espiritual en el sendero de la verdad. Su vida —él mismo lo ha dicho— fué un mar de contradicciones, y sería, en consecuencia, tarea estéril e inútil, pretender explicar o juzgar sus acciones según la lógica común y la moral corriente, igual que interpretar sus escritos en sentido estrictamente literal o valorar sus ideas por su contenido temporal. Las contradicciones en un espíritu superior, quien se busca a sí mismo, son casi inevitables, pues no son otra cosa que correcciones o rectificaciones de faltas o errores cometidos por varias causas: por estar fuera de su época; por no amoldarse al medio; por hondas crisis sentimentales; por exceso de orgullo; por creer en demasía en el amor y la amistad; por sentir en sus adentros la realidad absoluta de lo divino; por desviación de la ruta en la búsqueda del ideal lejano e inalcanzable. El vulgo, los filisteos de la cultura inclusive, quienes ignoran la existencia de ciertos dramas interiores, les atribuyen erróneamente un origen distinto y creen ver en ellas únicamente un indicio manifiesto de falta de equilibrio en la conducta, de una desorientación mental morbosa y de un insuficiente control sobre las propias pasiones. Y tiene que ser así, naturalmente, porque la mesocracia, que forma la mayoría, jamás ha comprendido, por falta de necesidades espirituales, la tragedia y el martirio del hombre de

genio. No sabe cómo estos seres de excepción, antes de dar con la vocación definitiva, que ha de ser el tormento y el amor de toda su vida, han tenido que proceder por tanteos; inseguros, desorientados las más veces: ora asaltados por la duda de poder llegar a la meta con sus propios esfuerzos; ora amargados y sufriendo en silencio por los primeros fracasos; ya rebotantes de júbilo por unas piadosas palabras de aliento; ya ensombrecidos por una severa autocritica, vagando a veces, en alas de la fantasía, en países imposibles, en donde los sueños son realidad y los deseos más raros toman forma corpórea; viviendo de continuo aprisionados, mal de su grado, en la malla de lo físico, con todas sus tribulaciones y pequeñeces, mientras el yo interior, ávido de infinito, clama en vano por su libertad; padeciendo el dolor de ser incomprendidos y permanecer a menudo ausentes en medio del bullicio de las multitudes. Es un destino ineluctable, al que deben someterse por igual los que han sido favorecidos por los dioses con el don del genio, pues como reza el Eclesiastés: quien añade ciencia, añade dolor. Sólo a tal precio se alcanza la sabiduría de la vida, la cumbre serena del arte puro y se llega a librarse de la tiranía del medio y de las ataduras oprimentes de su moral convencional. Una vaga, pero segura noción de su disonancia irreductible con el mundo en que vivía la tuvo Wagner desde muy temprano, pues según él mismo relata y repiten por igual sus biógrafos, desde el momento que, ya en familia, ya en el reducido núcleo de sus amigos, ya en presencia de sus maestros o de los extraños, empezó a despertarse su conciencia y a revelarse su carácter, asomaron unos tras de otros los varios y múltiples aspectos que le singularizaron y que debía más tarde, durante su evolución artística y en la plenitud de la gloria, sorprender a los familiares y a los discípulos y a los adversarios y enemigos por el exceso de sus cualidades y defectos, las que imponen mesura, sobriedad y discreción en las manifestaciones exteriores de lo que uno piensa y de lo que uno siente. Pero un espíritu libre como Wagner, quien confiesa en cierto lugar de sus memorias, con mal disimulado orgullo, de no haber tenido otros educadores que la vida, el arte y él mismo, no

podría adaptarse a contener, en obsequio a la sociedad, el torrente impetuoso de sus pasiones, que rumoreaba en su interior, ni refrenar, por un prejuicio cualquiera, que ya había barrido de su conciencia, su instintiva y ardiente defensa de los ideales que iluminaban su espíritu. Genio proteiforme el suyo, para él el arte y la vida formaban un solo centro de emotividad, y los sentimientos y pasiones de sus héroes salían de las entrañas mismas de su yo, con su cálida y vibrante espontaneidad. Así la infinita tristeza por la soledad a que le condena el destino, del Ashavero de los mares del *Buque fantasma*, quien va ambulando por los mares del mundo hasta encontrar a la mujer que le será fiel hasta la muerte; así el devorante deseo del caballero Tannhauser, que después de apagarse, en la total embriaguez de los sentidos, entre los brazos amantes de la hermosa reina del Venusburg, siente nostalgia de afectos más íntimos y humanos, y se sublima, luego, y redime por el amor puro de Elisabeth; así el amor, en su más alta y profunda totalidad, divino y fuerte como la muerte, que se apodera, por el poder del filtro mágico, de Tristán e Isolda, y realiza el milagro maravilloso de fundir para siempre dos almas en una sola esencia espiritual; así la potencia creadora y la voluntad de dominio de Wotan, el dios formidable; el instinto de libertad absoluta y el ímpetu juvenil, que desafía con arrogante seguridad enemigos y fuerzas contrarias, de Sigfrido, y la inefable pureza y devoción al ideal de Parsifal.



A quien ha llegado a elevar el arte a la categoría suprema de resumen de la vida en sus raíces profundas y perennes; a dar, con el lenguaje inarticulado de la melodía indefinida, transparencia cristalina al mundo de lo subconsciente; a hacer audibles, mediante combinaciones sapientes del alfabeto musical, las voces interiores de la conciencia y el murmullo vago, indistinto y sutil del mar del ser, en donde se hunden o emergen las formas aladas que crea el sueño o a la imaginación; a hacer visible el misterio de la vida y la realidad del ideal por el prodigioso influjo de la música

libertadora, que afina todos los sentidos y les comunica una más vasta y perfecta receptividad de las verdades trascendentales, debe considerársele no sólo como renovador en el más amplio sentido de la palabra, sino también como un precursor, por haber presentido una edad futura, en la que sus ideales fueran comprendidos y valorados en su sublime significación y finalidad. Después de haber tenido plena y absoluta conciencia de lo que buscaba y anhelaba su espíritu, ávido de belleza y de sabiduría — y ello, puede decirse, culminó en certeza luminosa al poner punto final a la composición del *Lohengrin*—, no vaciló un solo instante en dar cima a sus proyectos, apartando obstáculos y venciendo resistencias con la voluntad firme, el vigor poderoso y la decisión inquebrantable que le eran peculiares. Desde entonces, el sentido de lo heroico, que anidaba en su alma y apuntaba vuelta a vuelta en súbitas explosiones de cólera o entusiasmo; de autoridad despótica o sumisión evangélica; de invectivas o ternuras; de desprecio o piedad; de amor o de odio, se tornó para él en fuerza dominadora y absorbente que centuplicó sus esfuerzos; dió alas a su espíritu; armas, argumentos y calor de verdad a sus polémicas, y levantó, por último, en grado supremo la confianza en sí mismo y la fé en el ideal y en su triunfo final. Fué en este momento decisivo de su existencia que se le reveló en la forma de la más honda filosofía su concepto trascendental del arte, que él había empezado a desarrollar por una divina intuición en sus creaciones anteriores, y del que halló la interpretación metafísica en la obra capital de Schopenhauer: *El mundo como voluntad y representación*. Un don celeste de que he sido favorecido en mi soledad, escribe Wagner a Liszt. El acontecimiento tal vez más importante de toda su vida, —dice Chamberlain en su profundo libro sobre el maestro—, pues había sufrido mucho, en efecto, por la falta de una filosofía personal. Tenía, eso sí, la conciencia de poseer una visión poética del misterio del mundo más profunda que cualquier sistema, pero le hacían falta conceptos cabalmente congruentes de sus intuiciones, y estos los encontró en Schopenhauer.



La atracción por la filosofía del gran pesimista no debe atribuirse únicamente a la correspondencia de ideas en lo que constituye su núcleo central, sino también a la influencia misteriosa y sutil de su virtud heroica, que escapa, de ordinario, a la penetración de la mayoría, pero no a la visión interna de los grandes espíritus; y, además, a la simpatía que él inspira como hombre y educador. Bajo tal aspecto le vió y admiró en sus escritos Federico Nietzsche, en sus años juveniles, en la época en que estaba subyugado por el arte wagneriano, dejándonos de él, en sendas páginas, un perfil cabal y completo. Se le apareció, en efecto, como la realización perfecta del filósofo educador que había soñado, y quien debía transformar al hombre entero en una especie de sistema planetario y solar en movimiento y conocer a la vez las leyes de su mecánica superior. Empezando por los elementos que han de entrar en la formación de su espíritu, y que son —según Nietzsche— la honradez, la claridad y la constancia, se hallan los tres reunidos, en íntima amalgama, en la psiquis del autor de los *Parerga*, pues es honrado, en cuanto habla y escribe por y para sí mismo; es claro, porque ha dominado lo más hondo por virtud del pensamiento; y es constante porque así debía ser. Analizando, después, con mayor detención sus modos de ver y de pensar sobre el mundo, la sociedad, el hombre como ser integral, las cosas y las ideas que más fluyen en la vida y en la historia y las inquietudes de todo orden que mantienen en zozobra desde tiempo inmemorial a las almas ansiosas de descorrer el velo de Isis, se nota de inmediato una percepción segura y sintética de los móviles ocultos que inspiran las acciones humanas y de la raíz común de que provienen, o sea la voluntad eterna y omnipotente. La voluntad, que se manifiesta y afirma en todo el universo, es la idea central de la filosofía schopenhaueriana, a la que puede aplicarse la proposición XXXIV de la *Ética* de Spinoza: “Omnis idea, quae in nobis est absoluta, sive adæquata et perfecta, vera est”. La voluntad, luego, como forma

existencial se traduce en voluntad de vivir, y en tal sentido actúa sobre todos los seres de la naturaleza, alcanzando, por último, en el hombre, según su evolución espiritual, un grado diferente de potencia, hasta anularse paulatinamente en los que han llegado, como los santos y los héroes del espíritu, al estado de gracia de la pureza interior. La negación de la voluntad de vivir o sumersión en el nirvana, colocada al vértice de las aspiraciones más elevadas, a las que pueden tender los humanos en su afán de superación, es el epílogo profundamente pesimista de la filosofía de Schopenhauer y su evangelio de dolor. De cómo y cuánto unas conclusiones tan desesperantes hayan podido conciliarse con las concepciones atrevidas y soberbias del mundo wagneriano, que son, en definitiva, la más rotunda afirmación de la vida, no nos interesa por el momento; conviene, en cambio, poner de manifiesto —como observa agudamente Chamberlain— que aún en el período en que Wagner se hallaba bajo la influencia mental de Feuerbach, sus pensamientos tenían ya, por intuición, la vestidura kantiana-schopenhaueriana. Según el Maestro de Bayreuth, lo sustancial de la filosofía de Schopenhauer y que le singulariza de las demás, es la subordinación del conocimiento abstracto, secundario e imperfecto, al conocimiento intuitivo, más elevado y creador. Su origen interior, íntimo, humano, es lo que le comunica su eterna vitalidad, su poder subyugador y su fuerza emotiva. Ello explica la razón por la cual su estética de las artes en general y de la música en particular, sea de lo más profundo y universal que haya sido elaborado por el cerebro humano. Se comprende, con tal motivo, qué efecto ha de haber producido en el espíritu de Wagner, que todo lo veía bajo el prisma del arte, una filosofía que respondía tan perfectamente a su temperamento poético, a su sensibilidad musical, a su visibilidad plástica y nuclear del mundo de las ideas y a sus aspiraciones hacia la función redentora del arte, en una humanidad libre de egoísmos y purificada por el amor. El empeño, muy loable por cierto, que han puesto los exegetas de la obra de Wagner, en sutilizar sobre el límite de separación entre lo filosófico y lo poético; entre lo moral y lo político; entre lo humano y lo

místico. *et sic coeteris*, tiene para mí un valor relativo si se le observa con mirada wagneriana, en su totalidad y desde un punto de vista panorámico e integral. Se disuelven, entonces, en la misma substancia espiritual, las formas y las ideas que pasan, en teoría interminable, en el foco de nuestra conciencia y queda intacta y viviente su única y resplandeciente verdad interior. No se puede proceder diversamente, pues, de lo contrario, se ven los árboles y no la selva, y al quedar nuestro campo visual empequeñecido se pierde en la sombra su vasta e imponente totalidad. Para mantener de un modo permanente y constante la atención fija y suspendida a las representaciones sugestivas de lo que se agita y vive en lo más hondo de nuestra conciencia, en toda su plenitud humana y divina, el arte debe remontarse a sus orígenes míticos y religiosos, cuando la sabiduría hablaba el lenguaje de los dioses, y la belleza era el esplendor de la verdad.



El mundo del arte wagneriano —conviene repetirlo— es la reproducción abreviada, simplificada de la vida, pero vista y sentida desde un plano superior al de la vida corriente, guiada por el egoísmo, corrompida por el lujo y vulgarizada por la simulación y la mentira, en la que parece haberse extinguido el fuego divino de los más puros y nobles ideales. En realidad, más que reproducción, que presupone la existencia de algún esquema típico, es una búsqueda, realizada con alma heroica y fervor religioso, del sentido verdadero de la vida, tomando como actores a los héroes y dioses de los mitos y leyendas populares, porque en ellos obran pasiones y sentimientos libres y espontáneos, sin trabas convencionales, y el juego de la existencia se desarrolla en toda su plenitud y normalidad. Las formas de arte existentes, como el drama y la novela, no obstante su pretensión de dar una imagen más o menos fiel de las acciones y conflictos humanos, no podían —según Wagner— llegar a abarcar, en su totalidad, por la limitación de sus medios expresivos, el panorama tan vasto y complejo de la vida interior que sólo la música, que encierra en sí la idea del mundo, en combinación

y fusión final con las demás artes, está en condiciones de realizar plenamente. Sólo la tragedia griega, nacida del espíritu de la música, pudo en la antigüedad, revelar los estados internos de la conciencia, subrayando la acción de los protagonistas con el comentario del coro. El drama histórico y el drama humano, personificado, respectivamente, en Schiller y Goethe el primero y Shakespeare el segundo, que han sido, en los tiempos modernos, las dos más afortunadas tentativas, en ambientes y climas históricos diferentes, de adaptación del espíritu de la tragedia antigua, no han conseguido, sino parcialmente, cumplir sus propósitos. "El drama moderno —escribe Wagner en *Opern und Drama*— tiene un doble origen: uno natural, propio a nuestro desenvolvimiento histórico, la *novela*, y otro extraño, el *drama griego*, incorporado por reflexión, según las reglas aristotélicas mal comprendidas. El núcleo central de nuestra poesía está en la novela. En el intento de hacer ésta lo más posiblemente agradable, han incurrido repetidas veces nuestros poetas en una imitación inmediata o lejana del drama griego. La flor suprema del drama, engendrado directamente de la novela, lo encontramos en el teatro shakespeariano, y en una esfera diametralmente opuesta, la tragedia de Racine. Entre estas dos formas antagónicas ha oscilado toda la demás literatura dramática". Es indudable, así lo reconoce también el creador del *Sigfrido*, que el drama de Shakespeare proviene de la vida y representa un momento excepcional y memorable en la evolución histórica del arte; pero, no obstante la atmósfera de poesía que la envuelve; la potencia, el vigor y el ritmo heroico de la acción; el molde eterno, en que están vaciadas sus "dramatis personae", transfiguradas, a veces, en símbolos vivientes de las fuerzas elementales del espíritu; sus aciertos psicológicos; la verdad e intensa humanidad de los caracteres, no puede expresar todo "lo puramente humano", que es la meta ideal que persiguió Wagner, por falta del medio adecuado, o sea el sonido, pues tan sólo la música, en sus manifestaciones supremas, es capaz de traducir en notas vivientes lo inexpresable. Menos aún podían lograrlo —sin que ello disminuya en lo más mínimo su jerarquía espiritual—

Goethe y Schiller, pues aparte de haber carecido ambos del medio técnico que le faltó al cisne de Avon, dispusieron los dos de fuentes de inspiración como la novela burguesa y la historia, de donde es imposible sacar argumentos y figuras representativas del vasto mundo de lo eternamente humano y de lo natural verdadero. La primera se caracteriza por tener un campo de acción limitado, por lo general desvinculado del ambiente histórico en que actúa; y de la influencia del todo periférica que éste a veces suele tener sobre aquella, es sólo su precipitado social que le alcanza. Una acción limitada y pobre, pues, cuya dramaticidad depende, según Wagner, del punto de vista espiritual del público primero, y, luego, de las posibilidades exteriores del arte escénico empleado. Un tema histórico está delimitado en el tiempo y en el espacio; presenta situaciones espectaculares y tipos singulares, que están fuera de la medida común que conocemos y vive en nuestro alrededor; costumbres y pasiones, que no están a tono con nuestros hábitos y nuestra sensibilidad; luchas y crisis espirituales, que no comprendemos en toda su magnitud, porque otros combates y otras inquietudes agitan nuestro mundo emocional. En la imposibilidad de hallar en el drama histórico tradicional un desahogo a la plenitud de poesía que llenaba su alma cósmica, el creador del *Goetz* la derramó por entero en el *Faust* que por su naturaleza de poema dramático, equidistante por igual de la novela verdadera y del drama real, le permitió de usar a manos llenas su talento, su sabiduría, su intuición prodigiosa y su experiencia del mundo, para revelar con arte exquisito los misterios más hondos del alma humana y hacer presentir a la vez algunas de las cosas que están entre el cielo y la tierra y que ignora nuestra filosofía. Shakespeare hace excepción, porque a través del personaje histórico ve al hombre en su inmutable realidad espiritual. Aún Schiller, cuya obra poética fué una conquista ininterrumpida en el campo del ideal desconocido, al dar vida a sus creaciones dramáticas recurrió tanto a la novela como a la historia, en la creencia de hallar, en la primera los elementos poéticos de la vida moderna, y en la segunda la forma cabal del drama griego, y urdir con ambas, luego, las formas

de existencia heroica, que inflamaban su fantasía. No pudo, sin embargo, conseguirlo, y su arte se mantuvo —como nota Wagner— oscilante entre el cielo de la forma antigua y la tierra de la novela de nuestros tiempos. El error del autor del *Tell* y de todos los poetas que han seguido sus huellas, no es puramente formal, sino sustancial, pues radica en su concepto del arte y de su función en la vida. Schiller fué un gran poeta idealista, para quien la tierra y el hombre son, respectivamente, un templo y una imagen de lo divino. En torno a esta idea central, que él concibió en toda su plenitud solar, ruedan como satélites alrededor del sol, las de la belleza, de la libertad, del amor, etc., que son, en su esencia absoluta, manifestaciones de lo divino. En la vida corriente no es dable encontrar formas humanas, en las que se hallen en toda su pureza y perfección personificadas estas ideas. Sólo por excepción aparecen, de tarde en tarde, tipos extraordinarios, héroes o santos, en quienes fulgura la luz del ideal. Estos son los que nos recuerdan el paraíso perdido de nuestra infancia lejana, creyente y soñadora; que rubrican con sus hazañas o sus martirios, la verdad de nuestros sueños luminosos y de esa aspiración incontenible a un mundo más bello y más perfecto. En todas las poesías de Schiller, en sus poemas dramáticos y en sus obras filosóficas vibra, ondula, estalla, en un crescendo continuo de toda la gama emocional, la idea del ideal libertador, que debe apaciguar su alma y dar alas a su espíritu, ebrio de luz, de belleza y de amor. En sus versos y en su prosa subyuga como una música deliciosa esta alusión permanente al ideal, reflejado como una gema incomparable en mil formas iridiscentes; pero, apenas nos hallamos substraídos a la influencia sutil y penetrante, que ejerce sobre nosotros el arte del poeta, sentimos que se desvanece como una nube ligera la atmósfera de sueño, en la que hemos vivido breves instantes y volvemos a la madre tierra y a sus crudas realidades. Es que el ideal schilleriano está afuera y no dentro de nosotros, y su arte nos hace sentir y no vivir lo heroico y lo divino. De ahí viene el velo de melancolía y la nostalgia del infinito que se advierte en todos sus héroes, desde el Marqués de Posa a Wallestein, y

desde Tell a Demetrius. Si el poeta se ha mostrado impotente en darnos una forma de arte, que revele hasta en sus más profundas interioridades el verdadero sentido de la vida, menos acertada aún y menos feliz ha sido tal búsqueda en el campo de la novela burguesa moderna. Tanto en los géneros romántico y fantástico, como en los de tipo realista o psicológico, simbolista o social, talentos brillantes y escritores de genio han volcado con profusión y perfecta maestría su agudo ingenio; su potencia descriptiva; su intuición psíquica; su sensibilidad poética; su experiencia personal; su visual amplia; su sentido de las proporciones y sus atisbos de lo divino, en tramas novelescas bien urdidas, en donde el teatro de la vida, en su múltiple y variado aspecto, pasa como un diorama animado y colorido ante la vista del lector, sin que éste, empero, experimente al final una de esas transmutaciones espirituales, que suelen ser decisivas y marcar un nuevo derrotero en el camino de la existencia. Los que estén familiarizados con los modelos más celebrados de las obras de los grandes maestros de la novela, han de haber admirado más de una vez, en unos o en otros, la evocación plástica y sugestiva de ambientes y situaciones los más diversos; el sorprendente realismo en las descripciones de tal o cual escena de la vida o cuadro de la naturaleza, el vigor narrativo puesto en obra en el relato de acontecimientos o episodios de gran trascendencia histórica o de intenso e impresionante valor humano; el análisis sutil y minucioso de ciertos estados de alma particulares o de los móviles inspiradores de determinadas acciones colectivas, explicables únicamente mediante la psicología de las multitudes; el empleo oportuno e inteligente del autoanálisis, para hurgar en lo más íntimo de la personalidad las causas remotas y ocultas de actos al parecer incomprensibles o desorbitados, y que tienen, en cambio, su raíz en lo subconciente. Todos los recursos del arte; todos los datos de la experiencia, de la ciencia, de la psicología, etc., han sido puestos a contribución para reproducir la vida en su totalidad; pero, ¿con qué resultado desde el punto de vista de la ética humana y de nuestras inquietudes insatisfechas? La vida que nosotros vemos retra-

tada con mayor o menor fidelidad en la novela, es la vida puramente exterior, tal cual lo ha hecho el mimetismo social y el culto de la insinceridad como convenio tácito de tolerancia recíproca; una vida artificial, adoptada por conveniencia y cobardía espiritual, y por sobreposición de aptitudes y formas convencionales, ha sustituido a la vida verdadera, sepultada en lo más recóndito de la conciencia. A veces ocurre que por una súbita iluminación interior vemos en toda su radiante pureza nuestro yo íntimo. Reconocemos, entonces, con amargura, la vanidad de la vida que vivimos y su absoluta orfandad de ideales. Pero, nos falta el valor necesario para abandonar el falso sendero y seguir el verdadero, de acuerdo con nuestra conciencia renovada y en plena armonía con nuestra verdad interior. Precisa para ello una gran fe y una voluntad heroica, que sólo pocos seres privilegiados poseen, pues es una empresa digna de titanes del espíritu, la de hallar en el drama de la vida interior individual la verdadera clave para la comprensión del drama de la vida universal. Esto es lo que quiso Wagner sobre todas las cosas y se propuso luego realizar en la vida y en el arte. Y al imponerse tan sublime misión, que sabía iba a acarrearle una secuela de sinsabores, decepciones y sufrimientos, él tenía la conciencia de la puridad de sus intenciones, la cual obraba en él como una fuerza poderosa, irresistible que le empujaba a dar forma y cuerpo a sus creaciones, con un ardor y derrame de amor casi místicos, pues estaba completamente convencido que ellas serían un medio de redención espiritual para sus semejantes. Este estado de alma singular, en que el creador vive en su obra y la cual se le aparece a veces como una esfinge, se revela, bajo diferentes aspectos, en las cartas íntimas del Maestro de Bayreuth, en las que se transparenta con diáfana limpidez su prodigiosa intuición y su extrema sensibilidad. Así escribe, por ejemplo, a Matilde Wesendock, la dulce inspiradora de Tristán: "Sé, en lo más profundo de mi ser, que siempre he obrado para los demás y nunca para mí. De ello pueden ser testimonio mis propios sufrimientos". Y en otra ocasión, en que confiesa a la amiga el malestar indefinible que le produce la lucha interna que precisa sos-

tener durante toda la existencia en contra de las condiciones inferiores a las que está subordinado nuestro ser superior, llega a la conclusión desconsoladora de que siempre tenemos que combatir para ser lo que íntimamente somos. Y aún en su profusa correspondencia con Liszt, Röckel y otros, toda vez que habla de su arte y del pensamiento fundamental que la inspira, da libre curso a los sentimientos de la más alta idealidad y de la más concentrada y fervorosa religiosidad, de que sólo es capaz quien vive en plenitud de amor con una idea, que lo absorbe y domina por completo. Si bien la vida errante y agitada de Wagner no pueda considerarse, en realidad, como un modelo de consecuencia con las opiniones y máximas que están consignadas en sus escritos, es fuerza reconocer que ello es debido principalmente a fases transitorias de aquella lucha a la que hace mención en la carta a Matilde, y cualesquiera hayan sido sus acciones exteriores, dignas o no de elogio o de censura, puede afirmarse, sin ambages, en lo que atañe a su arte, que él ha permanecido siempre fiel a sí mismo. Los temas y las figuras de su vasto mundo poético-musical apuntan ya en sus primeros ensayos. Así, por ejemplo, en *Las Hadas* se encuentra el germen de las obras futuras, pues en su texto —como ha puesto de relieve, con fina penetración, Guy de Pourtalés, en su bella biografía del Maestro—, se reconoce ya la filosofía de la voluntad, la exaltación del coraje, y la lucha entre el hombre y la divinidad, que resuelve como dueño el destino, las que serán luego el fundamento de la ética wagneriana. Se halla por igual bien delineado el gusto de la fusión de veinte historias diversas en una sola, y la certidumbre de que la vida es un encadenamiento de leyes, ímpetus y desfallecimientos, que hacen de toda acción una tragedia complicada del espíritu, y que son también rasgos salientes de su fuerte individualidad. El esbozo de los temas, sus gradaciones y sus desarrollos están dispuestos —como escribe Pourtalés a modo de resumen— igual que un juego de campanas esencial en esa torre de sonoridades, que es el alma wagneriana.



Desde que tuvo la radiante intuición, de que el arte no debe ser un juego hueco del espíritu, destinado a recrear los ocios de los humanos, sino un medio para elevar el sentido y realización de la vida, Wagner no se apartó un momento de este gran principio animador y luchó, sin paz ni descanso, hasta llevarlo, mediante sus dramas musicales, de la esfera del conocimiento al reino del corazón. Para ello, desechó como imperfectas e incompletas las formas de arte tradicionales, y las reemplazó con el drama, renovado en los argumentos y medios teatrales, mediante la utilización sapientemente combinada de la poesía, la mímica, la danza, la pintura y la arquitectura, al efecto de reproducir con la mayor intensidad y verdad la acción, y la música, en su más profunda capacidad de expresión, para traducir en su idioma universal toda la gama de las pasiones y sentimientos, aún los más indefinibles y ocultos, y dar así, en la fusión íntima del drama y la música, la más cabal interpretación del microcosmos de la conciencia. En las obras, en donde él ha expuesto su credo artístico y desarrollado, en una prosa hablada, que alcanza a menudo la perfección clásica del idioma, su teoría y filosofía del arte, tales como "Arte y revolución", "La obra de arte del porvenir", "Arte y clima" y la más extensa de todas, titulada: "Opera y drama", se siente el amplio respiro de un alma henchida de ideal y que todo lo ve y lo siente a través de un estado dionisiaco, de plena y total sumersión en la atmósfera sutil y penetrante del amor.

Porque Wagner creía de verdad que el amor, en su total plenitud humana y divina, es el principio y la base de todo arte. "Todo lo que no puedo amar —son sus propias palabras— queda fuera de mí y yo al margen de él". Se comprende, entonces, como este sentimiento primario, que, en su alba pureza o en sus calibánicas deformaciones es el inspirador y regulador de la mayor parte de las acciones humanas, ocupe un lugar tan preferente en las creaciones del maestro, y sea a la vez uno de los leit motiv dominantes y

de los más ricos en potencialidad musical. Pero, mientras la sublimación del amor en el éxtasis místico o en el altruismo absoluto es fuente de piedad, de sacrificio, de renuncia voluntaria a los bienes terrestres o de sana alegría de vivir, su bestialización o total extinción trae consigo el descontento, la envidia, el odio y todos los demás males que afligen a la humanidad. El mal proviene, en definitiva, de la falta de amor y sólo su reconquista gradual, mediante esfuerzos perseverantes y voluntad indómita, puede traer serenidad al espíritu y restablecer la paz y la justicia sobre la tierra. Todo el drama de la vida gira alrededor de esta lucha gigantesca entre las fuerzas oscuras del mal, que obran en la sombra, y el poder radiante del amor, que ejerce la función divina de anular, con su yugo suave, los apetitos vulgares, los instintos perversos y las pasiones morbosas en el hombre, suscitando, en cambio, en su alma sentimientos nobles, puros y delicados. Los que en esta lucha adoptan una posición estática y dejan que los acontecimientos los arrastren al par de ténues aristas transportadas por el viento, constituyen la legión inmensa de los que viven al margen de los problemas del espíritu e ignoran la existencia del mundo interior. De muy distinto modo proceden los que hacen de la vida un sacerdocio del ideal. Para ellos, el vivir no es pura adaptación a las circunstancias exteriores o callada solidaridad cobarde para con la mentira impúdica y el error vergonzante; ni tampoco el aislamiento voluntario de los ruidos del mundo o la remisa participación a actos que repugnan a la conciencia u ofenden la dignidad humana; es algo muy venerable, elevado y augusto. Para esos espíritus selectos, la vida es una misión, la que hay que llenar con amor, fe y entusiasmo, sin prestar oídos ni a los halagos ni a las diatribas de la multitud, porque tan sólo en el alejamiento o aproximación al ideal que persiguen, oyen ellos en su interior una voz de reproche o de aliento para rectificar o continuar la obra emprendida. En realidad, ellos van detrás de un modelo de vida que no existe, y el simple hecho de intentar realizarlo en nuestro pequeño mundo terrestre, es una hazaña heroica, digna de admiración y de respeto. Si pertenecen al mundo del arte, su

alma heroica los levanta a la categoría de figuras simbólicas, en quienes se hallan personificados aspiraciones y deseos; virtudes y defectos; pasiones, afectos y emociones, que en el juego de las acciones humanas, desempeñan vuelta a vuelta el rol del hado en la tragedia antigua. Tales son los protagonistas de las obras wagnerianas, héroes y dioses de las sagas escandinavas y de las leyendas germánicas, plasmados en nuevas formas por el genio creador del Maestro, a fin de acercarlos a nuestra sensibilidad, pero conservando intactos e inmutables la aureola de lo maravilloso; su fuerte adherencia a la naturaleza; la expansión libre e ilimitada de todos los instintos; su sujeción a la necesidad; su hondo sentido de la personalidad, y su grave y conmovedora humanidad. No son —como observa Lichtenberger— tipos convencionales ni seres elementales, que actúan más por instintos ciegos que por voluntad consciente del fin a que aspira.

El drama de Wagner es esencialmente psicológico y humano. El quiere retratarnos almas para que podamos penetrar en la vida interior del hombre y descubrir sus misterios. Y para ello recurre a la poesía y a la música. El arte de los sonidos, sobre todo, es el que en sus manos sapientes, dueñas de todos los secretos de la técnica, llega al supremo grado de expresividad. Pero, el poder de expresar en toda su latitud y profundidad toda la gama de las pasiones y sentimientos humanos, es sólo posible a un temperamento como el de Wagner, que ha probado en si mismo —según lo que escribe Bekker— todas las posibilidades de experiencias sensoriales, todas las pasiones del amor, todos los deseos de potencia y todos los grados de la ética hasta el éxtasis místico. No sólo; él ha acrecido su alma al potente espíritu de Beethoven, de quien ha conocido más que ninguno su incommensurable sensibilidad musical; su clarividente sentido de lo infinito; su prodigiosa intuición de la vida interior y su honda y sorprendente revelación a través de armonías y melodías de insuperable belleza, de todas las inquietudes y tormentos que atribulan al alma sedienta de ideal. Del acercamiento espiritual con el creador de la “Novena Sinfonía”, no podía resultar sino una superación en los medios expresivos

para realizar en toda su más perfecta verdad representativa, el arte del porvenir. Este arte —sueño de toda la vida del maestro de Bayreuth— aspira a revolucionar las conciencias, presentándoles un cuadro sugestivo y viviente de la existencia toda, sin las deformaciones y simulaciones que han impuesto a la vida corriente las costumbres, la moral, las leyes, la educación y las conveniencias sociales, para que libres de espejismos falaces, vean en él reproducido, por entero, su propio drama interior. Todo concurre, en el arte wagneriano, mediante una sabia y genial distribución y coordinación de medios y efectos teatrales, a dar la máxima expresividad y colorido a las formas y fenómenos de la naturaleza, a los múltiples y cambiantes estados del alma, y al ritmo lento o vertiginoso de las pasiones, que invaden y turban para siempre el mundo de la conciencia. En primer lugar, crea el clima espiritual adecuado para el aislamiento absoluto del medio egoísta y vulgar que nos rodea; provoca, luego, el recogimiento íntimo y sereno, que es el prelude de la concentración del pensamiento en las regiones puras del espíritu; aviva y exalta, por último, los sentimientos más generosos y altruistas, y siembra en los corazones el germen divino del amor total y universal. La preocupación continua y constante de que el teatro que él ideara, respondiera en un todo, por las líneas arquitectónicas y el tipo de construcción, así como por la orquesta invisible, a un verdadero templo del arte, en donde todas las fuerzas del espíritu, aunadas en una sola tensión expectante, quedaran como dominadas por la sugestión casi religiosa del ambiente, imponente y severo, se vió coronada por el éxito más completo, en forma triunfal y apoteósica, antes que el Maestro desapareciera en la eternidad. Pero, el triunfo de la idea que había acariciado en su fecunda juventud y confortado, luego, sus largas vigiliias; que le había sostenido y dado valor en los trances más duros de su heroica existencia; que había brillado, como un faro luminoso, aún en los momentos de mayor desencanto y del más negro pesimismo, y que es, en definitiva, la de un arte redentor de la vida, lo legó a la posteridad, porque sólo una humanidad purificada por una moral superior es

capaz de comprender la belleza suprema y la ética sublime de las creaciones wagnerianas y de sentir todo el encanto subyugador de su universo sonoro. Un arte que nos hace olvidar las miserias del mundo y nos eleva espiritualmente mediante el sortilegio prodigioso de su música, que pone al descubierto la parte divina de nuestro ser y comenta, en su fina trama melódica, sus ansias, sus anhelos y sus esperanzas, es en su profunda e íntima esencia un arte libertador, porque revela el verdadero sentido de la existencia y su valor ético, en el proceso de transformación interna que se produce, tan luego el espíritu se encuentra a sí mismo y busca, viviendo en la plenitud del ideal, librarse para siempre del poder diabólico de los instintos inferiores y de las oscuras fuerzas del egoísmo ciego y cruel.

ARDOINO MARTINI.

Rosario.

P L E A M A R

I.

ESPLENDOR de la vida, me cercas con tu deslumbramiento.
Con tus primaveras mórbidas, tus trágicos otoños y tus soles mortales...
Pero ¿cómo encontrarte de nuevo, llorada adolescencia,
Cuándo, Amor, volver a mirar tu frente flamígera,
En qué olvidado cauce recuperar la rica sangre perdida?

II.

Pavoroso resuena también el estruendo del siglo,
Abora que el Bien y el Mal pelean sin máscara sobre la vieja tierra.
Resuena en mi oído como invitación que ya no será aceptada.
Y sólo me queda un breve día con sus más breves horas...
Apresúrate, apresúrate, dice cada minuto en equilibrio sobre el caos.

III.

Mucho tiempo gasté en el dédalo de bediondos corredores
Que llaman: mundo y también: sociedad y aún: corazón humano.
Y nada más que una cabeza fraternal tardíamente abrazada
En el fiero ataque del destino armado de escorpiones...
Siempre como quien habla una lengua extranjera y lento, se desangra.

IV.

*Todavía puedo cantar inmóvil en el hechizado círculo del sueño;
 Todavía amo un viejo recuerdo y una joven fé y tu insoportable esplendor, ¡oh, vida!
 Sólo como tiernos fantasmas a los que no podría tocar con mis manos;
 Evocadores de la sinfonía que para siempre se apagó en una queja
 ¿Por qué, eternamente por qué esta alma y no otra, esta y no otra?*

V.

*Cuanto debía vivir está vivido y, ¡be abí! la copa cayó a mis pies, vacía.
 Ya no soy de carne y hueso sino de canto, de vertiginoso canto.
 Sobre la superficie de los actos brilla el rayo engañoso de la apariencia,
 Pero la entraña más bonda late alimentada con sangre de la noche
 ¡Y desde el abismo mi canto sube al sol victorioso!, ¡al sol futuro!*

VI.

*Cuando alumbre la tierra fertilizada por el jugo de las batallas,
 ¡Madre de hermosos hombres sacudidos por grandes himnos de alegría!
 Cuando nadie esté solo, ni aquellos fácilmente vulnerables
 Que nacen con el alma en carne viva, hoy desamparados, entre alimañas...
 ¡Y quién podrá imaginar la fiesta con sus hosannas y sus juegos!*

VII.

*Algún perdido rayo anunció siempre la metamorfosis:
 Las alas arcangélicas que despuntan ya en los hombros terrestres.
 Porque yo creo en ti, muchedumbre humana en la que sonámbula camino;
 Y aunque me encontré con ojos dilatados frente a todas tus podredumbres,
 Tu grandeza era todavía más grande que tu repulsión, ¡mayor todavía!*

VIII.

*¡Por entre la inmundicia y la sangre hacia lo alto de la espiral gloriosa!
Mas allá de las pesadas lágrimas y de cualquier dolor que no pueda llamarse "nuestro".
Hasta la victoria de la Luz, como lo prometieron ya los antiguos mitos...
Hasta que el hombre libre pueda con libre corazón contemplar el espacio puro
¡Y con puras manos partir el cotidiano pan del cuerpo y del espíritu!*

IX.

*Huracanes de música girando y girando en ciegos torbellinos
Una esperanza que sonríe, bajo el ala de la Muerte, segura,
Con su afirmación orgullosa, los párpados alzados, en las tinieblas...
Como si todo se tuviera, puesto que ya se ha perdido todo.
¡Y el canto solitario en el que transfigurada la pasión resucita!*

X.

*Nada más que esto puedo dar ya, y no sé si alcanzan las horas.
¡Oh, sólo una mañana y acaso una tarde, una tarde aún antes de la marcha!
Y que al volver al polvo mi boca haya realizado su extática tarea:
Haya atestiguado tu heroísmo, extraño ser de barro y de fuego,
¡Y alzado, alzado, alzado hasta el hondo cénit el eco de tu llama!*

NYDIA LAMARQUE.



ARTURO CAPDEVILA

(por Horacio Martínez Ferrer)

EL REDUCTO DE LA FE *

ESTABA indeleble el recuerdo. Carr Beresford y el obispo de Buenos Aires se habían mirado de hito en hito, cuando la ocupación británica. Beresford no dejó de enterarse ni un solo día de las cosas episcopales: de si eran pocas o muchas las rentas de la diócesis, y cuál el verdadero influjo del Pastor sobre las greyes. El Obispo, de su parte, se complacía en el recuerdo de que por sus años mozos había tenido ciertos comienzos militares. Su elegancia, sin él notar, se volvía de nuevo marcial. ¿Y quién dudará que sus conatos todos se dirigían, entre las debidas precauciones, a la ansiada libertad de la tierra? Así debieron de pasar para él los días de la usurpación. En cuanto a Carr Beresford debió de llegar a la conclusión de que algo tramaba el Prelado con exquisito disimulo, sin que sus tantas veces pregonado mal genio lo traicionase a la sazón. Todos y cada uno de los frailes le respondían sin duda, porque, para decirlo mejor, todos a una conspiraban. Y no descansaba nadie en el tejemaneje del gran negocio. Y cada uno se entregaba a su trabajo entre las redes sutilísimas de la combinación. Si interrogamos a Gillespie, él nos responde explícitamente: "En esta gran cooperación tuvo su parte el obispo mediante sus activos subalternos..."

Un día —todos los recordaban perfectamente— un católico alemán, soldado de Beresford, desertó. No fué éste de aquellos prófugos ingleses que se refugiaban en los ranchos, extramuros, o que ganaban la inmensidad de la pampa. El que recordamos se alistó en las filas colecticias de Pueyrredón y peleó en Perdriel contra el británico. Manejando un cañón, obstinado en la pelea, cuando ya todo estaba perdido, fué tomado in fraganti y conducido prisionero

(*) Del libro en preparación: *Las Invasiones Inglesas*.

a Buenos Aires. Era el momento de hacer un ejemplar escarmiento con ese católico traidor para notificación y gobierno de los restantes camaradas del rito romano. Fué juzgado y condenado a muerte. Sabemos que el propio obispo de Buenos Aires —y ello muestra de por sí el bulto de las cosas— le administró los finales consuelos. Parecería que pasan por aquí unos hilos muy finos en medio de la trama de los sucesos. Hubo algo más todavía, muy digno de tomarse en cuenta. Y fue que la guardia no se quitó las gorras, a usanza española, durante la ceremonia del Sacramento eucarístico, lo que ofendió en alto grado a su señoría ilustrísima.



A todo esto, y ahora que el león británico se aprestaba desde Montevideo al segundo zarpazo, los nuevos jefes ingleses recapacitaban sobre lo sucedido allá en los claustros. Era evidente para ellos que el trabajo libertador del clero comenzó al propio día siguiente de la ocupación; y tan bien llevado, vistas las consecuencias, que era menester precaverse desde ahora para lo futuro. Se recordaba que el 19 de julio de aquel dramático año de 1806, conocida la obra de monjes y clérigos, Carr Beresford hubo de publicar un bando contra los que incitaban a la desertión o la auxiliaban —desde luego, por motivos religiosos— en las filas del ejército invasor. Era una seducción sagazmente dirigida, a medias palabras, a miradas, a silencios significativos. Soldados irlandeses, pertenecientes al credo católico, pronto se sentían menos ingleses que católicos, y abandonaban las filas. Como todo estaba concertado de antemano —y siempre como a medias palabras y a miradas y silencios convenidos— auxiliares y encubridores facilitaban el resto. Y vuelta a comenzar. Comprendió Beresford que el ejército, en esas condiciones, podía deshacerse a breve plazo, y amagó pena de la vida, de ahí en adelante, para desertores, encubridores y cómplices:

“Guillermo Carr Beresford, mayor general, comandante de las
“ fuerzas de S. M. B. empleadas en la Costa Oriental de la América
“ del Sur, y gobernador de Buenos Aires y de todas sus dependen-
“ cias. Habiéndose probado sin la menor duda que muchos habi-
“ tantes que cuiden de su conducta en lo que respecta al objeto de
“ uso todos los medios para inducir a los soldados y sujetos ingleses
“ a que desistan de su fidelidad y deserten sus banderas: El Mayor

“ General hace saber por esta proclama, que cualquier habitante u
 “ otro que sea descubierto empeñándose en seducir así a algún sol-
 “ dado o súbdito inglés, será castigado inmediatamente con pena
 “ de muerte; que cualquier persona que reciba, dé acogida, ampare
 “ o tenga parte en la deserción o huída al interior del país de algún
 “ soldado o súbdito inglés; y cualquiera que se vea en compañía
 “ del soldado, marinero o sujeto de esta descripción, se considerará
 “ como cómplice. Y previene el Mayor General a todos los habi-
 “ tantes que cuiden de su conducta en lo que respecta al objeto de
 “ esta proclama, pues ha tomado tales medidas que hará se castigue
 “ a aquellos que procuren seducir o seduzcan a los sujetos de
 “ S. M. B.”

Con todo, perdió Beresford la partida. Religión y patriotismo se concertaron muy bien en su contra. Inútil fué, respecto de lo religioso, que el Gobierno anunciara los mayores miramientos para con la Iglesia dominante, su obispo y su clero, en los términos más amplios. Allí estaba —pero como si no estuviera— su fundamental declaración: *Every protection shall be given to the full and free exercise of the Holy Catholic Religion, and all respect shown to the most Illustrious the Bishop and all the holy Clergy.* Amén de que *the ecclesiastical Court shall continue in the full and free exercise of all its functions and be precisely on the same footing as it was heretofore.* Todo sería como antes y como siempre, y sin embargo pasó lo que pasó. Guerra de religión verdadera se había trabado entre los viejos credos rivales; y en dicha guerra de religión, día más, día menos, no se daría cuartel.

En este punto mismo estaban ahora las cosas, ahora que una segunda invasión inglesa aprestábase a echarse sobre Buenos Aires. Nada bueno tenía que esperar Whitelocke de conventos y santuarios, ni éstos de él. De un mes para otro se volvía más delicado el trance. Pero ¡qué! Si había una roca en la ciudad, capaz de ser el más sólido baluarte de sus defensores, esa roca no era otra que la fe católica.



Es muy posible que cierta curiosísima carta del Padre Castañeda —de mi buen Padre Castañeda, el de la santa furia— escrita a un prisionero inglés —y que yo debo a muy amable noticia del

coronel Beverina que la descubrió en el Archivo Nacional, Legajo de las Invasiones Inglesas—; es muy posible, digo, que alcanzara entonces valor de doctrina pública.

Está fechada a 26 de noviembre de 1806 y dice así:

“Mi carísimo amigo don Norberto: Recibí su apreciable con-
 “ imponderable gusto e inmediatamente la leí a toda la comunidad.
 “ Todos los religiosos se le ofrecen de nuevo, porque lo aman tier-
 “ quiere que todas las naciones tengan un corazón y una alma sola,
 “ componiendo un solo rebaño del cual él es el único Pastor”.

El prisionero, a lo que puede inferirse, es de los que viven descontentos de este mundo, como alma desazonada en medio de “namente en la caridad de Jesucristo, el cual a nadie desecha y sus falsas dichas; señal cierta de que no fué creado el hombre para lo puramente terrenal y que su felicidad no se logra como la de las bestias. Tal se lo dice el buen recoleto. La verdadera felicidad consiste en Jesucristo. Por consiguiente, le envía, ya catequista, un libro devoto en latín. Amistoso, le da nuevas acerca de enfermos y frailes amigos; obsequioso, le manda unos limoncitos “en señal de cariño y fina voluntad”. Por lo demás, no desea sino ocasión de ocuparse en su servicio, que es lo mismo que le pasa al Padre Guardián.

Pero tornando a lo esencial, ¿qué es lo que cumple meditar a un prisionero inglés luterano, prisionero de España? El caso de tales prisioneros ha de tomarse —lo asegura— por gran favor de Dios para que salgan de aquí convertidos como en apóstoles de la Gran Bretaña. Nada más claro. Si aquí no perdieron la vida peleando “es para que en su propia patria la pierdan predicando una sola fe, “un solo bautismo y una iglesia sola, que es la columna y fir-
 “ mamento de la verdad”.

Mas aquí se reporta el fraile. Ha ido demasiado lejos. Lo reconoce.

“Amigo —continúa—: espero que Vmd. dispensará esta majadería e importunidad con que desde la primera vez que nos vimos “siempre le hablo de religión, y aunque me distraiga en otra cosa, “siempre vuelvo otra vez a lo mismo”.

Que es precisamente lo que hace a renglón seguido, porque prosigue así:

“El Verbo divino encarnado, que es el ejemplo y la norma
“ de todos los predestinados, me lo asista con luz de lo alto”.

Y como juzga que todo está dicho ya en la singular epístola, se dispone el Padre a firmarla; pero, recapacitando, nota que algo falta en la argumentación catequística: a saber, el conveniente silogismo de orden práctico. Con él cerrará la carta. Ya lo formula. Y el párrafo sale como se verá:

“Los protestantes dicen que ellos y los católicos se salvan; los
“ católicos dicen que sólo en la Religión Católica hay salvación.
“ Luego, muy seguro es ser católico, pues si los protestantes no
“ dicen mal los católicos siempre salen bien; pero si los católicos
“ tienen razón, mala suerte les espera a los pobres protestantes”.



Era ingenuo, en consecuencia, predicar desde Montevideo la armonía esencial de ambos credos, así fuera verdad que no faltasen espíritus avisados que afirmaban, hasta con el beneplácito de sacerdotes entendidos, no haber tantas diferencias, como solía pretenderse, entre unos y otros dogmas. Y, por de contado, los ingleses no carecían de religioso fervor; pues ¿quién no los vió, cuando la dominación, celebrar, domingo a domingo, su servicio divino frente al Fuerte, y con aquel recogimiento sin igual? Podía, sin embargo, ser o no ser de este modo. A fin de cuentas sería idéntico el resultado. No era, la que nos ocupa, una cuestión de las que se debaten; pertenecía totalmente al sentimiento, el cual no entendía en aquella hora sino de herejía y salvación.

Querer minar la ciudadela de una religión así concebida, como lo procuraba *The Southern Cross*, era ilusorio. Este periódico, que desde el 23 de mayo de 1807 publicaban los ingleses en Montevideo por la imprenta de la calle San Diego número 4 (at number 4, San Diego Street), perdía su inglés y su tiempo en bombardear a Buenos Aires con toda especie de proyectiles políticos o religiosos.

En la nada, literalmente en la nada, caían las cartas de cierto correspondencia que fingía desde sus columnas responder a un porteño.
“ No dudo —insinuaba en vano— que el pueblo, como dicen, haya
“ creído diferente de la nuestra la religión que profesan los ingleses;
“ mas los hombres de ilustración saben que ambas reconocen esen-
“ cialmente unos mismos principios y que la poca alteración que

“ se admite jamás ha dado motivo a devorar en las llamas a quienes “ no han adoptado sus ideas”. ¡Qué mucho —terminaba el propagandista— si Inglaterra abraza en su propio seno al catolicismo?

Con esto y más, bien sabían clérigos, frailes y fieles que nada bueno tenían que esperar de una nueva ocupación británica. Un profundo rencor, apenas disimulado, animaba al enemigo. Era seguro que arderían los santuarios. La gente lo veía como dibujándose en el aire. De hecho, adivinábanse las escenas de horror que versos de pobre monja describirían más tarde.

Anticipémoslos:

*Después de haber comulgado
la santa comunidad,
abren las puertas del templo
los ingleses con crueldad.*

Abren las sagradas puertas y se precipitan con fiereza, gavi-
lanes entre palomas. Y acontece cabalmente de esta manera:

*Estábamos todas juntas
en el claustro de rodillas
suplicándole al Señor
que aplacara su justicia.
Estando allí en oración,
los sentimos por el claustro
que entraron con grandes voces
y nos llenaron de espanto.
Con trabucos y fusiles,
con hachas y con espadas,
se llegaron a la puerta
donde las monjas estaban.*

El Señor —sigue diciendo el romance, saliendo al fin de su penosa tautología descriptiva— hizo el milagro de que la soldadesca respetase a las vírgenes en su castidad; pero fué su desquite entrar a saco por la santa casa.

*Entonces todos se fueron
el convento a saquear*

*por los coros y las celdas,
sin poderse remediar.
Día y medio sin comer,
como también sin dormir:
pero Dios nos daba fuerzas
para poder resistir.*

Un odio iconoclasta, irrefrenable, los llevaba a la destrucción de los símbolos.

*Desde el domingo a las siete
hasta el martes a las doce,
estuvimos prisioneras
de estos hombres tan feroces.
Algunos nos apuntaban
como a querer descargar,
pero Dios los contenía
con su infinita bondad.
A nuestra Reina y Señora,
dulce Madre del Rosario
le rompieron la cabeza,
al parecer de un balazo.
Y a nuestro Padre Domingo
que en el coro bajo estaba,
le encontraron la cabeza
en el suelo degollada.*

Ciertamente, se venían tiempos de tener que escribir: "Después de robos considerables con que a infinitas familias han dejado en la mayor miseria; después de haber asolado los templos, conventos y monasterios, no escapó al furor del inglés el anciano indefenso, la débil mujer, el niño tierno, el respetable sacerdote".

Bien hacía entonces la Real Audiencia, siendo el pronóstico del rigor luterano tan cierto y seguro, en no andar eligiendo las palabras para condenar por bando, como lo hiciera a 12 de junio, esa campaña de la *Southern Cross*, "llena de noticias falsas e ideas las más abominables, hasta el extremo de suponer su infame y herética secta, poco o nada diferente de la sagrada religión que profesamos".

Y la cosa era simple y clara en el corazón de las gentes: traidor a Dios, al Rey y al Estado debía llamarse a todo aquel que abriese el pecho a la seducción del enemigo. Oyendo estamos la resucitada voz de algún vecino:

—¡Y qué amigo! Enemigo que busca juntamente nuestra ruina temporal y nuestra muerte para el cielo.

Y su interlocutor:

—¡Depravados intentos!

Y el primero:

—Pero nuestro glorioso patrono San Martín nos valdrá. ¡Vaya si nos valdrá!

Y es la verdad que el vecindario todo descontaba el nuevo milagro del Santo. El que sin escudo ni casco, ni otra arma que la cruz, prometió penetrar en los batallones enemigos, y a esta sola promesa embarazó sus planes, no libraría al infiel la ciudad de su patronazgo. El que resucitaba muertos y era obedecido hasta de las cosas insensibles, y de los vegetales, y de los elementos; el que hacía retroceder las llamas contra la fuerza misma del viento; el que abonanzaba los mares tempestuosos a un mandato de sus manos; el que permaneció debajo del árbol que habían de cortar y derribar sobre él unos paganos alevos, y con el solo signo de la Redención lo hizo caer a la parte de los gentiles; él haría tal milagro, que la ciudad alcanzaría victoria y fama "aun más allá de las mejores esperanzas". El lo haría, aquel gran echador de demonios.

Y dicho de una vez sola: el que echaba a los demonios ¿no echaría a los ingleses?

—Ergo - ¿qué tememos?...

Y se parapetaba cada uno en el reducto de esta sencilla fe.

ARTURO CAPDEVILA.

MIGUEL DE RIFOS, COMPANERO DE SEBASTIAN CABOTO

I. — ORGANIZACION DE LA ARMADA *

CON la data en Madrid a 4 de marzo de 1525, se extendían unas capitulaciones a favor de Sebastián Caboto, para la organización de una armada con destino a las tierras de Maluco y "las otras islas e tierras de Tarsis e Ofir y el Catayo Oriental e Cipango" con la expresa obligación de seguir la ruta del Estrecho de Magallanes. La navegación debía hacerse dentro de los límites asignados a España, sin tocar en modo alguno las tierras pertenecientes a Portugal. Asimismo quedaba Caboto, jefe de la armada, en libertad de reconocer cualesquier isla o tierra firme que hallase en su viaje, pudiendo cargar a su retorno, metales y piedras preciosas, especias, drogas, sedas, brocados y toda clase de mercaderías de positivo valor.

Por otra de las cláusulas de la citada capitulación, Caboto quedaba autorizado para una vez que cruzara el Estrecho de Magallanes, enviar un navío a la gobernación que estaba poblando Pedrarias Dávila, en Castilla del Oro.

Por su parte Caboto se obligaba por otras de las cláusulas a lle-

(*) El publicista catalán *R. Carreras i Valls*, se ocupó sobre la actuación de Miguel de Rifos en la expedición de Sebastián Caboto, en un capítulo que con el título *Miguel Rifos: L'expedició al Plata*, insertó en su libro *La descoberta d'Amèrica (Ferrer, Cabot, i Colom)*, pp. 157 a 172, Reus, [1928]. La finalidad que dió Carreras i Valls a su obra hace que su trabajo sobre Rifos se resienta de falta de objetividad, circunstancia ésta que nos ha decidido a redactar el presente ensayo para dar un concepto más real de la existencia de este decidido mercader catalán, que pagó con la vida su audacia en lanzarse a una empresa que le subyugó —a igual que al florentino Américo Vespuccio— por la atracción que producía entonces nuestro continente a los hombres ansiosos de fortuna y de gloria.

var a efecto la empresa, aparejar y armar tres naves de más de cien toneladas cada una, las que debían ser tripuladas por ciento cincuenta hombres "más o menos", debiendo abastecer los navíos con bastimentos suficientes para el término de dos años. Ya veremos a su tiempo como a las tres naves que preparó Caboto para integrar la armada se agregó después una carabela, que se fletó a costa de Miguel de Rifos, uno de los armadores que contribuyó con más cuantía a la organización de la empresa.

Quedaba asimismo el célebre navegante autorizado para poder financiar la armada por "cualesquier mercaderes y personas extranjeras" sin limitación en los aportes, considerándoseles al efecto a los contribuyentes como naturales de España. A la vez, a pedido del propio Caboto, se le permitía integrar con marinos extranjeros la tripulación de sus naves, hasta el número de treinta, siempre que dichos extranjeros no fueran de nacionalidad francesa.

Habiéndole originado a Caboto algunas dudas el texto de las capitulaciones, pidió que fueran aclaradas, siéndolo resueltas por medio de una R. C., expedida en Toledo a 26 de abril de 1525. Por dicho escrito aclaratorio quedaba autorizado Caboto a demorar la salida de la armada, que debía partir en septiembre hasta el mes de noviembre; a pesar de esa prórroga, la armada recién pudo darse a la vela cuatro meses más tarde del señalado para su partida. Entre los armadores que con mayor aporte figuraron en la organización de la empresa, se encontraba nuestro biografiado, el catalán Miguel de Rifos, quien aportó la suma de 401,250 maravedies. Dentro del total de esa cuantía figuró el valor de un navío que se le autorizó a "fornecer" a costa de su peculio, por una R. C. expedida en Toledo, a 4 de septiembre de 1525.

Para el mejor y pronto apresto de la armada, Caboto y los armadores designaron a varias personas, para que junto con los oficiales reales de la Casa de la Contratación de Sevilla, intervinieran en las diligencias de organizarla, autorizándose después la designación de un alguacil, para que actuase personalmente en todas esas atenciones.

Igualmente se autorizó a los armadores de las naves, a que pudieran designar tres personas para ocupar otros tantos cargos u oficios de mayor importancia dentro de la expedición, a fin de que vigilaran los rescates y negociaciones que se hicieran durante el viaje.

Esto dió origen a diversas controversias entre Caboto y los armadores, provocadas mutuamente, siendo llevado el pleito de tales rencillas al Consejo Real de las Indias, el que resolvió desentenderse de momento de la cuestión, para resolverla en lo futuro, recomendando a todos cordura y templanza, para no demorar la partida de la armada.

Por otra parte, los representantes o diputados de los armadores se oponían a que Miguel de Rifos fuera embarcado en la armada, por lo que elevaron al monarca una representación, explicando las razones que tenían para ello y que ya habían expresado en una petición anterior; siendo desatendido dicho pedido por considerarse, que siendo Miguel de Rifos uno de los armadores, no se le podía impedir bajo ningún concepto que formara parte de la expedición.

Según se deduce de varias declaraciones, insertas en el pleito seguido por Catalina Méndez contra Sebastián Caboto, por abandono y muerte de su hijo Martín Méndez, segundo jefe de la armada, Caboto, a petición de su esposa Catalina Medrano, que tuvo una activa participación en los aprestos de la armada —lo que dió motivo a que protestaran los armadores—, había designado para segundo jefe a Miguel de Rifos, quien se vió postergado en esa designación por haberle impuesto los armadores a Caboto que se nombrase para ese cargo al citado Méndez.

Poco antes de la partida de la armada de Caboto, se envió a Rifos, que se hallaba en Sanlúcar de Barrameda, una misiva en la que se le ordenaba se presentase en Sevilla, para hacerle algunas preguntas relacionadas con el apresto de la armada, encargándosele que se trasladase con urgencia al lugar designado apenas recibiera el aviso, por cuanto, después de evacuar la consulta que se le haría, sería despachado rápidamente.

Este llamado obedecía al propósito de encomendarle verbalmente que por su parte no hiciera resistencia alguna a la designación hecha de Martín Méndez para el cargo de lugarteniente de la armada, pues con ello se había buscado allanar las dificultades y querellas surgidas entre los armadores y Sebastián Caboto, querellas que hacían demorar la partida de la expedición. No es de extrañar entonces los sucesos que durante el viaje se produjeron a bordo de los navíos, si antes de partir ya había arraigado el germen del odio entre los principales jefes de la expedición.

Desde el puerto de Sanlúcar de Barrameda, salvando las últimas dificultades que amenazaban malograr la expedición, el 3 de abril de 1526, los cuatro navíos que componían la armada de Sebastián Caboto se daban a la vela.

Hacia de capitana en la marcha la *Santa María de la Concepción*, de 150 toneladas, en la que iba embarcado el jefe de la expedición, su lugarteniente Martín Méndez, el piloto mayor Miguel de Rodas y el veedor de los armadores Miguel de Rifos; le seguía la *Santa María del Espinar*, conocida también por la *nao portuguesa*, de 120 toneladas, de la que era capitán Gregorio Caro, figurando como veedor de los armadores Alonso de Santa Cruz; la *Trinidad*, de 120 toneladas, de la que era capitán Francisco de Rojas y en la que actuaba de veedor de los armadores Octaviano de Brinc, veedor real Alvaro Núñez de Balboa y su hermano Gonzalo, con el cargo de tesorero; finalmente la carabela *San Gabriel*, de 35 a 40 toneladas, navío agregado a la expedición, que costeaba de su peculio Miguel de Rifos.

La tripulación embarcada en los cuatro navíos puede calcularse en poco más de 200 personas.

II.—LA TRAVESIA

La armadilla, con viento próspero, hizo en una semana, sin ninguna clase de dificultad la travesía del Atlántico, hasta su llegada al puerto Fayal, en la isla de la Palma perteneciente al grupo de las Canarias; sin embargo, a bordo de los navíos, a poco de zarpar de las costas españolas, comenzaron a plantearse dificultades entre los principales jefes de la expedición, las que tendrían después gravísimas consecuencias. Se deduce de varias informaciones, que el tesorero Gonzalo Núñez de Balboa contradecía en todos sus actos al capitán de la *Trinidad*, Francisco de Rojas, y que según declaraciones de éste, obraba así por indicaciones hechas por el mismo Caboto.

En diversos pleitos e incidencias que se actuaron en España al regreso de Caboto, consta que la oficialidad de las naves, antes de su partida de España, se había juramentado —según cierta confesión hecha por Rojas— “poniendo el servicio de Dios e del Rey, anteponiendo lo que a su Capitán General tocase, que a ellos cumpliese, e lo que al uno tocase, tocase a todos, e que fuesen partici-

pantes en bien é en mal, é que entre ellos no hubiese enojo ni enemistad por cosa que entrellos sucediese"; otros tripulantes aseguraron que ese juramento se había realizado con el fin de ir contra Caboto, lo que sería una falta gravísima de disciplina, que no aparece demostrada en ningún momento. José Toribio Medina, que estudió detenidamente cuanto se refiere a este hecho, llega a la conclusión que ese juramento correspondía a la formación de "una simple hermandad [en la que] no hubo ni sombra de atentado contra el servicio del Rey, ni nada que pareciese que iba encaminado a colocar a Rojas en el mando en lugar de Caboto".

Considerando el capitán Rojas, que la acción que el tesorero Gonzalo Núñez de Balboa había ejercido contra su persona lo eximía del juramento que había hecho en Sevilla, junto con los demás oficiales, de ayudarse y respetarse mutuamente, resolvió, para tranquilidad de su conciencia, pedir al prior del convento de San Francisco de la isla de la Palma, ante quien hizo confesión, ser relevado del cargo, relatando el origen del motivo de tal pedido. Dicho prior, que era de nacionalidad portuguesa, no entendió claramente la confesión que hiciera Rojas, obligándose éste a hacerla "medio [en] latín e medio [en] romance". De las palabras que emitiera el confesante dedujo el religioso la existencia de un complot contra Caboto, por lo que creyó prudente denunciar el hecho, para que Caboto se precaviese de cuanto podía ocurrirle; por otra parte en la isla donde fondeara la armada, dieron en desembarcar con frecuencia el capitán Rojas, el segundo jefe Martín Méndez, Miguel de Rodas, Alonso de Santa Cruz, Octaviano de Brine, Gaspar de Rivas, con el objeto de salir de francachela y holgorio, sumándose al grupo mencionado en varias oportunidades Martín Niño, habilidoso tañedor de arpa, Juan de Junco y Miguel de Valdés. Estas salidas inofensivas y de camaradería, fueron después presentadas como presuntas reuniones o juntas, en las que todos se habrían juramentado, con propósitos siniestros, en contra la persona del jefe de la armada.

Deduciendo Caboto de todos los hechos referidos alguna conspiración en su contra, después de abastecer las naos de agua y bastimentos, dió orden de levar anclas, mandando entretanto que Miguel de Rifos quedase en tierra un día más, con el objeto de que se apoderase de toda la correspondencia que sus oficiales pudieran haber escrito. Rifos llevó a cabo el encargo fácilmente, despojando de la tal

correspondencia a un genovés llamado Polarico, a quien había sido confiada para remitirla a su destino.

Antes de darse a la vela la armada se suscitaron protestas y quejas por parte de la oficialidad, debido a que Caboto se negaba a darles la derrota que debían seguir en la navegación, cediéndoselas finalmente, desde Fayal hasta las islas de Cabo Verde. Rotas las hostilidades a partir de ese momento, se explican sin esfuerzo alguno las ocurrencias que después sucedieron, a raíz de haber alterado Caboto la ruta fijada a la armada en las capitulaciones, al ser sugestionado por fabulosos relatos oídos en las costas del Brasil, que en cierto modo le confirmaban algunas informaciones que ya había adquirido en Sevilla.

Listos los navíos, partieron del puerto de Fayal el 28 de abril, continuando la navegación sin dificultad hasta arribar a la altura de las islas de Cabo Verde, donde Caboto ordenó a los capitanes virar una cuarta al sudueste, lo que produjo desagradable impresión entre sus subalternos, quienes consideraron que con ese cambio de rumbo, forzosamente debían ir a recalar a las costas del Brasil. En efecto, Caboto no llevaba entonces otro propósito que el de ir con su armada hacia el Río de Solís.

Entretanto, a bordo de las naos casi a diario se sucedían unos tras otros los disgustos y las controversias, hasta que la armada arribó el 4 de junio a la factoría que los portugueses tenían establecida en Pernambuco, en la que existía de guarnición un contingente compuesto de trece hombres, además del factor allí destacado, llamado Manuel de Braga, y el piloto Jorge Gómez, los que hicieron un buen recibimiento a la expedición.

El piloto Gómez, a poco de arribar la armada, intimó con Caboto y Rifos, a quienes dió subyugantes referencias sobre las riquezas que podían alcanzarse, penetrando por el Río de Solís.

Gregorio Caro, que figuró en el rol de la armada con el cargo de capitán de la *Santa María del Espinar*, refirió, en cierta deposición que hiciera, una conversación que había sostenido con Caboto, en Pernambuco, en la que recordaba le había dicho el jefe de la armada: "Capitán, grande nueva tenemos de muchas riquezas de oro y plata que hay más cerca que pensábamos"; e que este testigo le preguntó "que donde", e el dicho Sebastián Caboto le dijo "que más cerca del Estrecho de Magallanes", e que este testigo dijo: "señor, seguid vues-

tro viaje y cumplid lo que Su Majestad os manda y hacedlo lo más breve que ser pudiere, que porque volváis á dar las nuevas á Su Majestad de la riqueza que dicen haber en ese río, yo os prometo de volver con vos a ese río si Su Majestad mandase armada"; e que a esto respondió el dicho Sebastián Caboto: "de que os veáis rico no querréis volver"; á que un Miguel Rifos, que era veedor por los armadores, dijo entonces: "merece que Su Majestad le corte la cabeza si tal hace, teniendo noticia de una cosa tan rica"; e que este testigo le dijo: "no le cortará Su Majestad la cabeza porque cumpla lo que le mandó, cuanto más questos que son portugueses, y pensando que sirven á su principe nos quieren e piensan destruir"; e quel dicho Miguel Rifos respondió a este que depone "que lo decía mal", e que siendo este testigo capitán de Su Majestad no había de decir tal cosa y ser en desviar cosa que tanto tocaba a servicio de Su Majestad: á que, viendo el Sebastián Caboto que era diferencia de entrellos, los mandó callar".

En la declaración del capitán Caro, que acabamos de transcribir, se revela la gran amistad que unía a Caboto con Rifos, a la vez que la decisión del primero de dirigirse, ya sin vacilación alguna, al Río de la Plata, meta que, según otras referencias, ya tenía señalada a su armada antes de comenzar a negociar su viaje, siendo el rumbo de las Molucas fijado en las capitulaciones, nada más que un pretexto para poder financiar y organizar la expedición, cuya finalidad no debía ser desconocida para Rifos, que tanto interés llevaba en la empresa.

En un día impreciso, hallándose todavía la armada fondeada en Pernambuco, Caboto mandó convocar junta a sus oficiales a bordo de la nave capitana, con el objeto de exponerles verbalmente el propósito que tenía de variar rumbo a su expedición, debido a las informaciones que en dicho puerto había obtenido. Celebrada la junta, Caboto expuso a los presentes cuanto hemos referido, asegurándoles, a su vez, que el piloto Gómez le había manifestado que hacía poco tiempo había regresado del río de Solís con la armada de Cristóbal Jacques. El piloto Gómez y los demás portugueses que estaban de guarnición en la factoría, le aseguraron a Caboto la existencia de grandes tesoros en las cercanías de nuestro estuario, y sobre los cuales, le refirieron, fácil les sería poder informarse más detenidamente con dos náufragos que habían pertenecido a la expe-

dición de Juan Díaz de Solís, que se hallaban radicados en las cercanías de la llamada Bahía de los Patos. Agregó además Caboto en su exposición, que tenía dispuesto variar rumbo a su armada, como también ir en busca de los náufragos a que había aludido, esperando que los presentes emitieran su opinión con respecto a cuanto acababa de decir.

La reacción en contra de la proposición de Caboto fué inmediata, haciendo enseguida uso de la palabra el capitán Francisco de Rojas, quien con razonada argumentación combatió lo que dijera el jefe de la armada, haciendo constar después su voto y parecer en contra "y que le requería [a la vez] que siguiesen el viaje que por Su Majestad les era mandado".

Caboto no pudo contener su irritación ante lo que acababa de oír, replicando a Rojas "que él sabía muy bien en lo que servía a Su Majestad". Ante esa actitud del jefe, todos los presentes, aunque sólo fuera por fórmula, asintieron a los propósitos expuestos por Caboto, con la excepción del tesorero Fernando Calderón y del contador Juan de la Concha. La finalidad que perseguía Caboto con esta junta no era otra que la de justificar que cuanto ejecutaba con respecto al incumplimiento del viaje a las Molucas, había sido resuelto en acuerdo con sus oficiales.

A partir de entonces, la presencia de Rojas entre los oficiales de la armada se hizo odiosa para Caboto, quien se encargaría de buscar enseguida algún pretexto para deshacerse de él, iniciándole el día 2 de julio un proceso por intento de rebelión, no faltándole al llevar a cabo ese hecho injusto, quien se prestase a dar de ello falso testimonio.

Con un proceso abierto, que después sería ampliado contra otras personas que eran desafectas al jefe de la armada, los navíos de Caboto, el 29 de septiembre, levaron anclas del puerto de Pernambuco, para seguir su rumbo hacia el sur.

III.—EN BUSCA DE LOS NAUFRAGOS DE SOLIS

Caboto, poco antes de la partida despojó a los capitanes de las naves de las derrotas que obraban en poder de ellos y les entregó otras que señalaban el rumbo hasta el río de los Patos, hacia donde se dirigía en busca de los náufragos de Solís. Para que lo guiase

en su ruta a lo largo de la costa del Brasil, Caboto embarcó al piloto portugués Jorge Gómez. El día 19 del siguiente mes la armada echaba anclas en una bahía situada al sur de la isla de Santa Catalina. A la mañana entrante, junto a la nao capitana atracó una canoa tripulada por un grupo de indios, en la que iba también un hombre blanco. Interrogado este último por Caboto refirió que había pertenecido como marinero a la tripulación de la nao *San Gabriel*, que al mando del capitán Rodrigo de Acuña había arribado a aquellas costas tres meses antes —eran en realidad seis— y agregó que en la costa cercana habían quedado otros catorce compañeros suyos. Manifestó también, que hacia el interior de la tierra vivían dos náufragos que habían pertenecido a la dotación de la carabela que había naufragado de la armada de Solís, cuando ésta iba de retorno a España. Ansioso Caboto de entablar relación con dichos náufragos, sobre quienes tenía tantas noticias sugestivas, dió de inmediato órdenes para que les fuera a buscar. El primero de los náufragos en llegar fué el portugués Enrique Montes, quien ante las febriles preguntas del jefe de la armada le respondió que remontando el río de Solís, y siguiendo después por el Paraná, se encontraría uno de los afluentes que conducía a una sierra, en la cual los indios se surtían de toda suerte de metales. Horas más tarde de oír Caboto las sugestionantes referencias que le había hecho Enrique Montes, las confirmaba con el relato que le hiciera el otro náufrago de Solís, llamado Melchor Ramírez, quien agregaba además la noticia de que meses antes él había estado en el río de Solís, como intérprete de una armada portuguesa, que debió ser sin duda la comandada por Cristóbal Jacques, viendo así confirmado entonces Caboto cuanto se le había dicho durante su estada en Pernambuco. A las informaciones ya expuestas, los náufragos agregaron alucinantes referencias sobre otros compañeros suyos, que capitaneados por el portugués Alejo García —personaje fabuloso en la conquista del Río de la Plata— acompañados por numerosos indios, se habían lanzado tierra adentro, por selvas casi impenetrables y entre tribus bárbaras y hostiles, en busca de esa misteriosa sierra de los metales, en los dominios de un Rey Blanco. Según referencias insertas en una carta de uno de los tripulantes de la armada de Caboto, llamado Luis Ramírez, que al parecer fué testigo de las conversaciones sostenidas por el jefe de la expedición con los dos náufragos de Solís, al ser éstos

requeridos para que ampliaran las noticias sobre sus compañeros, manifestaron que Alejo García con sus hombres habían llegado hasta las cercanías de la fabulosa sierra y que habían tenido plática con unos indios comarcanos "que traían en las cabezas unas coronas de plata e unas planchas de oro colgadas de los pescuezos e orejas e ceñidos por cintos y les enviaron doce esclavos y las muestras del metal y que les hacían saber como en aquella tierra había mucha riqueza y que tenían mucho metal recogido para que fuesen allá con ellos, los cuales no se quisieron ir, a causa que los otros habían pasado mucho peligro a causa de las muchas generaciones que por los caminos que habían de pasar había; e que despues habían tenido nuevas questos compañeros, volviendo a do ellos estaban, una generacion indios que se dicen guaranis les habían muerto por tomarles los esclavos que train cargados de metal". Ante esos detalles sugerentes, Caboto pidió a los náufragos que les mostraran los metales que ellos habían recibido, contestando entonces estos, que hacía cuatro meses, al llegar a aquellas costas el capitán Rodrigo de Acuña, le habían entregado, junto con una relación sobre la tierra, dos arrobas de oro y plata, para que las presentase en España al Rey, y que yendo dicho capitán en el batel, por la mucha mar que hacía, se anegó la embarcación perdiéndose con ella cuanto se había embarcado; sin embargo, le manifestaron a Caboto podían ofrecerle algunas cuentas que poseían de dichos metales, cuentas que Caboto envió a España con sus emisarios, Roger Barlow y Fernando Calderón, los que partieron del puerto de San Salvador, en la carabela *San Gabriel*, que fuera propiedad de Miguel de Rifos, iniciando el viaje hacia mediados de julio de 1528.

Ante esas informaciones sugestivas de los náufragos de Solís, que se corroboraban con las muestras de metales que presentaron, Caboto no dudó ya un sólo instante en poder alcanzar la famosa sierra. Deseoso de comunicar a sus subalternos las noticias adquiridas, convocó en su cámara a los capitanes y oficiales de las naos, ante quienes hizo que uno de los tripulantes que perteneció a la dotación de la *San Gabriel*, de Rodrigo de Acuña, refiriera de nuevo cuanto sabía con relación a los metales recibidos por los náufragos de Solís, y los que se habían perdido al naufragar el batel de la dicha nave.

Terminada la relación del referido marino, al decir de Casimir Nuremberger, que asistió a la reunión, exclamó Caboto, con el

semblante lleno de alegría: "que os parece, señores, de tan gran nueva e de tan gran bien como de aquí nos vendrá a con cuanta vitoria volveremos, e hablando mal de los armadores, diciendo que habian dicho que daban por perdidos e jugados los dineros que allí habian puesto, e que él iría con tanta ganancia e riquezas cual nunca hombre llevó". A las palabras pronunciadas por Caboto contestó de inmediato el capitán Francisco de Rojas, diciendo: que se prestaría mejor servicio "haciendo lo que Su Majestad nos mandaba", a lo que replicó airado el primero: "siempre sois de voto contrario; Su Majestad e yo nos entendemos muy bien, e se en lo que tengo de servir, e todos los otros capitanes e oficiales respondieron lo que su merced había acordado era muy bien". Con ese nuevo asentimiento de la mayoría de los oficiales, arrancado por Caboto merced a la sugestión que sobre ellos producían las riquezas de la sierra prodigiosa, al parecer fáciles de conquistar, quedaba justificado una vez más, para su descargo futuro, que la variación de la ruta había sido realizada en consulta con sus oficiales; con respecto al capitán Rojas, por su arrogante a la vez que temeraria actitud, Caboto se encargaría de que no prosiguiera el viaje, ya que la hostilidad asumida contra sus propósitos podría serle muy perjudicial.

Es digno de hacer destacar el varonil gesto del capitán Rojas, que en reiteradas ocasiones conminó a su jefe a dar cumplimiento a lo ordenado en sus capitulaciones, con respecto al destino de la armada, sin temor a las constantes amenazas, prisiones y castigos a que fué sometido.

El 28 de octubre la nave capitana, después de levar anclas del fondeadero de la isla de Santa Catalina, para dirigirse hacia la tierra firme, chocó contra unos bajíos, que se encontraban en un extremo de la isla. Al ocurrir dicho accidente, Caboto no hizo la menor tentativa para salvar el navío, embarcándose en el esquife, con dos o tres marineros, para huir precipitadamente hacia tierra, como lo testifican varias personas presentes en esa circunstancia.

"La fuga de Caboto —refiere Medina— fué la señal de sálvese quien pueda: algunos de los tripulantes, en efecto, sólo pensaron desde ese momento en abandonar la nave, sin preocuparse siquiera de librar sus equipajes, como le aconteció a Ramírez; y los marineros, viéndose sin jefes, procuraron, unos de "apañar" lo que po-

dían, y otros se dirigieron a la bodega, a beberse el vino y a robar lo que alcanzaron.

“Fué Rojas quien al ver lo que ocurría hizo bajar el batel de su nave y se dirigió con algunos de sus hombres al sitio del naufragio, y allí, ayudado de Montoya, que subió a bordo, mientras él permanecía en el batel, muchas veces sin llevar siquiera gorro, se ocupó durante tres o cuatro días en salvar cuanto fué posible.

“Después del fracaso, y probablemente cuando se dió por terminado el salvamento, esto es, hacia el 2 de noviembre, Caboto procedió a hacer avanzar el resto de la armada y fué a fondear con ella en la desembocadura del río de los Patos, en el puerto de ese nombre”.

Fondeados los navíos en el río o puerto de los Patos, situado sobre la costa continental, se inició la construcción de una galeota para reemplazar el navío perdido, al que después bautizó Caboto con el nombre de *Santa Catalina*, en homenaje a su esposa. Antes de proseguir la armada el viaje hacia el Río de la Plata, Caboto abandonaría en la isla de Santa Catalina, el 10 de febrero de 1527 a su lugarteniente Martín Méndez, al capitán Francisco de Rojas y al piloto Miguel de Rodas. Se deduce, por varias declaraciones, que el haber tomado Caboto esa inhumana resolución, se debía al hecho de haberle causado enojo los distintos requerimientos que en varias ocasiones le habían hecho los dos primeros nombrados, y en cuanto al último, por considerarlo causante de la pérdida de la nave capitana. De esa manera desvirtuaba Caboto la verdadera causa de su proceder, causa que se trasluce en los varios procesos y juicios que se siguieron, y que no era otra, en el fondo, que el de ser los tres abandonados personas no decididas para secundar a Caboto en los fines y propósitos que éste perseguía con su viaje.

En las naves de Caboto, antes de partir con rumbo hacia el Río de la Plata, además de embarcar a los dos naufragos de Solís, que hemos mencionado, junto con sus hijos y “casas”, embarcó también a todos los tripulantes que allí vivían y que habían pertenecido al navío *San Gabriel*, los que se calcula que fueron en un total de trece o catorce hombres.

IV. — LA FUNDACION DE SANCTI SPIRITUS

El 15 de febrero los navíos de la armada de Caboto levaban anclas, poniendo sus proas con rumbo hacia el Río de Solís.

A partir del momento de ser abandonado el lugarteniente de la expedición Martín Méndez en Santa Catalina, asumió dicho cargo Miguel de Rifos, a quien Caboto expediría después en Sancti Spiritus un poder que lo confirmaría en el ejercicio de tal empleo.

A los seis días de darse a la vela, la armada enfrentaba el cabo de Santa María, fondeando el domingo 6 de abril en una ensenada situada sobre la banda oriental del estuario, que fué bautizada con el nombre de San Lázaro. En este lugar, a poco después de su arribo, recogió Caboto a un español, que había sido grumete de la expedición de Solís, llamado Francisco del Puerto. En las conversaciones que Caboto sostuviera con del Puerto, pudo confirmar una vez más cuantas referencias hasta entonces había recogido sobre la famosa sierra de los metales, señalándole además este último informante que para alcanzarla era necesario remontar primero el Paraná, para seguir después el curso de uno de sus afluentes que llevaba directamente hacia el lugar codiciado.

Caboto dejó entonces en San Lázaro los navíos *Santa María del Espinar* y la *Trinidad*, tripulados por treinta personas, bajo el mando de Antón Grajeda, con la consigna expresa de buscar para su resguardo un fondeadero más abrigado. En el mismo lugar destacó Caboto diez o doce hombres, para que tuvieran a su cuidado las valiosas mercaderías que transportaba la expedición, las que después fueron trasladadas por Miguel de Rifos a Sancti Spiritus.

El 8 de mayo Caboto daba orden de levar anclas a la carabela *San Gabriel* y a la galeota *Santa Catalina*, penetrando en el Paraná por el brazo de las Palmas. Le acompañaban en calidad de intérpretes Melchor Ramírez, Enrique Montes y Francisco del Puerto.

Llegados los navíos en su navegación, en 9 de junio de 1527, a la desembocadura del Carcaraña, del Puerto manifestó a Caboto, que ese era el río que llevaba directamente a la sierra de los metales, por lo que se resolvió levantar en ese lugar, donde se une el Carcarañá y el Coronda, una fortaleza, que fué denominada de Sancti Spiritus.

La fortaleza mandada levantar por Caboto era de forma cuadrangular, y se rodeaba de foso; los muros eran de tapias y en los baluartes se colocaron dos pasamuros, con dos bombardetas y ocho versos de artillería. Entre las personas que quedaron a poblar en Sancti Spiritus se repartieron tierras con destino a la labranza, levantándose alrededor de la fortaleza hasta veinte casas o chozas de paja. Los españoles que allí se radicaron vivieron en los primeros tiempos en buena armonía con los naturales, quienes les informaron que a ocho o diez jornadas del lugar se levantaba una sierra, en la que había mucho metal de oro y plata. Esta referencia determinó a Caboto a hacer la jornada con treinta y dos hombres; estando listo para partir, los mismos naturales le hicieron presente que la gente se le moriría de sed, porque en la ruta que debían seguir no encontrarían agua debido a que la tierra era muy seca; pero en cambio le dijeron que remontando el Paraná llegarían igualmente a la buscada sierra, por lo que Caboto se resolvió hacer el viaje por vía fluvial, dando órdenes de inmediato, para que se preparasen la goleota y un bergantín que había sido construido en Sancti Spiritus.

Ambas embarcaciones con ciento treinta hombres de tripulación, al mando del propio Caboto, que llevaba por segundo a Juan de Rifos, levaron anclas el 23 de diciembre, con rumbo hacia el norte, en busca de aquella fabulosa Sierra de la Plata, situada en los dominios del Rey Blanco, que tantas víctimas había de causar en las filas de las expediciones que desde los afluentes del Plata se lanzaron a su conquista. Los navíos, el 1 de enero, alcanzaron una isla que fué designada con el nombre de Año Nuevo y que hoy es conocida con la designación de los Pájaros, en donde Caboto en pago de algunas provisiones que le suministraron los indios timbúes, les obsequió con algunas cuentas de cristal, que los indios consideraron como remuneración escasa, profiriendo contra los expedicionarios algunas graves amenazas, que alarmaron a Caboto, por lo que decidió despachar a Miguel de Rifos con treinta y cinco hombres y algunos indios auxiliares, para que atacase el caserío donde moraban los timbúes, dándoles un severo castigo. A la mañana siguiente, Rifos dando cumplimientos a la orden de Caboto caía con sus hombres de improviso sobre el caserío, dando muerte a 400 naturales y entregando a las llamas sus ranchos. Como botín de gue-

rra, Rifos tomó a los timbúes todo el millo que poseían, haciéndoles numerosos prisioneros, que fueron trasladados a la isla de Año Nuevo.

Desde este último lugar los navíos continuaron rumbo hacia el norte, sufriendo sus tripulantes muchas privaciones por falta de bastimentos, llegando a racionar la harina a razón de tres onzas diarias, —que después se redujeron a dos— por persona. Acabada la harina, los tripulantes de las naos tuvieron que alimentarse con verbajos, que hacían cocer, asegurándose que también en algunas ocasiones hubieron de comer víboras, que en aquellas circunstancias les resultaba manjar exquisito, teniéndose por hombres felices, que comían mejor que el Rey, según la expresión dada por Luis Ramírez en su famosa carta.

Con las detenciones que hacían en las jornadas, para tomar algún alimento, la marcha de los navíos era muy lenta, no haciéndose más de una legua o legua y media por día. Las privaciones que sufrían los tripulantes aumentaban cada vez más y el único consuelo en su desesperación era el de avistar alguna isleta, a la que se lanzaban enloquecidos para devorar cualquier hierba que encontrasen.

Alcanzada por los navíos la desembocadura del Paraguay, los indios que acompañaban en calidad de auxiliares a la expedición comunicaron a Caboto que podían guiarles a un lugar donde hallarían abundantes alimentos. Ante esa noticia tan lisonjera, despachó Caboto el bergantín, para que a todo remo se dirigiese al lugar señalado y retornase cargado de bastimentos para poder alimentar a los que, desfallecientes, navegaban en la galeota. El bergantín remontó el Paraná y alcanzó en su marcha el caserío en que habitaba el cacique Yaguarón, que recibió con beneplácito a aquellos hambrientos cristianos que llegaban a su señorío. Yaguarón al tener conocimiento de las necesidades que sufrían los que venían con Caboto, despachó enseguida veinte canoas cargadas con raíces de mandioca, abatí y calabazas. Los tripulantes de las canoas, después de abastecer a los exploradores, les sirvieron también de pescadores, surtiéndoles a diario de pescado fresco. El 26 de febrero de 1528, la galeota anclaba frente al caserío de aquel cacique, de noble fondo humano, bautizando Caboto el lugar con el nombre de Santa Ana.

Después de algunos días de descanso en Santa Ana, despachó Caboto al bergantín, a cuyo bordo iba de intérprete Francisco del

Puerto, con el objeto de reconocer los caseríos de los naturales que vivían hacia arriba del lugar en que se hallaba radicado el cacique Yaguarón, y para que a la vez averiguase de donde sacaban los indios los exornos de metales preciosos que usaban en gran abundancia, que según declaración del propio Caboto, eran "muestras de oro e plata, que le pareció bueno".

Los indios que fueron interrogados por Francisco del Puerto le refirieron que los metales los obtenían por cuentas y canoas que cambiaban a los chandules, que habitaban a unas 60 o 70 leguas al norte de la desembocadura del Paraguay. Luis Ramírez refiere en su carta que Caboto, para no llamar la atención de los naturales, no quiso que se efectuase con ellos ningún rescate, para que no creyesen que habían ido hasta allí solo por codicia del metal, y por abrigar el propósito, a la vez, de alcanzar esas tierras de los chandules, tan rica en metales.

Mientras se hallaba Caboto de estación en Santa Ana, recibió de los indios la desagradable noticia de que unos navíos venían remontando el Paraná. Estos navíos pertenecían a la armada de Diego García de Moguer, marino éste que había figurado como piloto en una de las naves de la expedición de Juan Díaz de Solís, y que al igual que Caboto, había variado su rumbo a las Molucas, sugerido por las referencias recogidas en su primer viaje sobre la atrayente Sierra de la Plata.

Después de haber descansado Caboto y su gente durante un mes y de haberse repuesto del hambre pasada, dió orden a sus hombres de virar las naves para buscar la desembocadura del Paraguay, que según las informaciones recogidas hasta entonces, llevaba directamente dicho río hacia la buscada sierra.

V. — MUERTE DE MIGUEL DE RIFOS

Repletos de víveres la galeota y el bergantín, el 28 de marzo llevaron anclas con rumbo hacia la desembocadura del Paraguay, que alcanzaron tres días más tarde. En este lugar volvió Caboto a recibir de los naturales nuevas referencias sobre los navíos que venían remontando el Paraná, señalándose entonces en tres el número de los mismos.

En la desembocadura del Paraguay los navegantes encontra-

ron una canoa que tripulaban varios indios que los abastecieron de pescado fresco. Caboto ordenó entonces que fuera despachado el bergantín, con treinta hombres al mando de Miguel de Rifos. Entre otros de los embarcados en el bergantín figuraban el contador Antonio de Montoya, el intérprete Francisco del Puerto, que se hallaba en esa circunstancia enemistado con el tesorero Gonzalo Núñez de Balboa, que también iba a bordo del bergantín y a quién aquel, deseoso de venganza prepararía una celada, en la que encontraron la muerte buen número de españoles.

Rifos en su navegación debía remontar el Paraguay hasta la desembocadura del Pilcomayo, debiendo alcanzar después la tierra donde habitaban los indios agaces, con quienes debía trabar amistad, debido a que según los informes que se tenían, eran poseedores de valiosos metales. Además llevaba Rifos instrucción para hacer acopio de víveres, con el objeto de evitar los sufrimientos que anteriormente se habían padecido.

El bergantín inició su marcha sin encontrar en su navegación a los agaces, los cuales debido a las confidencias que habían recibido de otros naturales que les habían comunicado que los españoles iban en su busca, se habían refugiado con sus canoas entre los esteros, burlando así la búsqueda de los exploradores. Hallada después una canoa, sus tripulantes fueron interrogados por la gente del bergantín. A las preguntas que se les hicieron, los indios respondieron que navegando hacia adelante alcanzarían las tierras donde habitaban los chandules que eran dueños de muchos metales. Proseguida la navegación por el Paraguay, a 66 leguas de su desembocadura los españoles como se les informara hallaron a los chandules, quienes recibieron con grandes muestras de amistad a aquellos hombres, a quienes facilitaron toda clase de víveres.

Los expedicionarios confiados en la benévola acogida que se les dispensó, bajaron a tierra para secar al sol sus húmedas ropas y la pólvora que llevaban a bordo.

Dos o tres días después del arribo, los chandules se internaron hacia sus caseríos, un tanto alejados de la costa, demostrando en su actitud una intranquilidad que no se justificaba en modo alguno. Para averiguar qué causas habían obligado a los indios a tomar esta resolución, Rifos destacó a Francisco del Puerto para que se en-

trévistase con los naturales y les manifestase que ellos habían llegado hasta su tierra en calidad de amigos.

Es conveniente señalar que las palabras que Francisco del Puerto cambió con los chandules debieron ser muy distintas a aquellas que le ordenara su jefe, dado el resultado final que tuvo esta diligencia.

Al día siguiente de la entrevista del grumete de Solís con los naturales, se presentaron los chandules al lugar donde se hallaba anclado el bergantín, e insistieron ante Rifos en que éste fuera con la gente a sus caseríos, haciendo principalmente la invitación a Nuñez de Balboa, prometiendo a la vez a los españoles que les facilitarían cuantos alimentos necesitasen. Ante esta actitud cordial de los indios, y deseoso de ganar su amistad, Miguel de Rifos, con un grupo de diez y seis hombres, entre los que se hallaba el tesorero Gonzalo Nuñez de Balboa y el grumete Francisco del Puerto, bajó a tierra, y confiando en la promesa de los indios fueron sin prevención alguna hacia el lugar donde se levantaban las chozas. Minutos más tarde, cuando el grupo había recorrido una distancia que se presume no era mucho mayor de una milla, los que habían quedado en el bergantín oyeron una ruidosa gritería que les llamó la atención. El contador Montoya, que por hallarse enfermo había quedado a bordo con el resto de los expedicionarios, inquieto por el rumor del griterío que hasta él llegaba, resolvió enviar un hombre para que averiguase a qué respondía tal algazara. Como este primer emisario tardase en volver, se despachó otro hombre, el que al subir a un montículo cercano al lugar donde se hallaba varado el bergantín, retrocedió hacia el mismo, seguido por numerosos indios que les disparaban flechas.

Los de a bordo que sumaban doce en total, ante el peligro que sobre ellos se cernía, bajo una lluvia de flechas apartaron el bergantín, que como decíamos estaba varado en la orilla, salvándose milagrosamente de la muerte, porque los indios, en lugar de perseguirles de inmediato, se entretuvieron en recoger la ropa que se hallaba tendida para secar.

Como ha observado José Toribio Medina, existen dos versiones sobre la causa que indujo a los indios a cometer esta acción. La más probable es la que hemos referido líneas antes, o sea una deslealtad por parte de Puerto, según una declaración que hiciera

Caboto en Sevilla; la otra, es la que refiere en su carta Luis Ramírez, que no se hallaba a bordo del bergantín, y en la que supone que temerosos los indios de que los españoles fueran a castigarlos por la muerte que habían dado a Alejo García y a sus compañeros, cuando retornaban de la Sierra de la Plata, prepararon esa celada, que inició, podemos decir, la merma de hombres entre los componentes de la expedición de Caboto, los que a partir de entonces irían disminuyendo cada vez más, a causa de los ataques que los indios les llevaron en distintos lugares.

Según distintas versiones, en la emboscada preparada por los chandules murieron flechados de 15 a 18 hombres, suponiéndose como más veraz la que los fija en el último número; en cuanto a la fecha del suceso se calcula que fuera el 10 de abril de 1528.

Los que salvaron la vida en el bergantín, sangrando de heridas recibidas, pusieron la proa con rumbo hacia el lugar donde se hallaba la galeota de Caboto, quien al ver venir el barquichuelo supuso que era portador de buenas noticias, pero al saber por boca de los sobrevivientes lo ocurrido, se le consternó el alma, pues con la muerte de Miguel de Rifos no sólo había desaparecido uno de los principales animadores y armadores de la expedición, sino también uno de sus amigos más fieles, que dispuesto por tal fidelidad a cualquier sacrificio, se había hecho cómplice en muchos actos, en los que Caboto, sin duda alguna, había cometido abuso de autoridad, quebrantando órdenes y disposiciones reales, que después, a su regreso a España, le habrían de causar graves contrariedades por los pleitos y procesos que le siguieron sus armadores y los familiares de algunas de las víctimas.



El nombre de Miguel de Rifos no estuvo ausente en las querrelas que se siguieron contra Caboto a su regreso a España, sino que su nombre figuró en primer plano, en las denuncias que se formularon.

En la acusación que el fiscal del Consejo real de las Indias, Juan de Villalobos, formuló contra Caboto, por los excesos que cometió contra la gente de su armada, se agregó un formulario de preguntas, por el cual serían interrogados los testigos que se pre-

sentaron a declarar, figurando con relación a Miguel de Rifos, dos preguntas que se signaron bajo los números 4 y 25. En la primera de las citadas se lee:

"si saben [creen, vieron, u oyeron decir] que debiendo el dicho Sebastian Caboto tener e tratar por tal su tiniente de capitán general al dicho Martín Méndez en la dicha armada, lo dejó de hacer ansi, antes por su propio autoridad trató e puso en obra de le privar del dicho oficio por le dar a Miguel Rifos, e a quien el dicho Sebastián Caboto lo queria dar, e que para hacer ansi lo susodicho el dicho Sebastián Caboto consultó letrados, e que aunque los letrados con quien consultó le dijeron que no le podia quitar el dicho oficio, por estar proveido dél por mano de Su Majestad, todavía el quitar el dicho Sebastián Caboto de hecho le privó del dicho oficio y puso de su maña por teniente de capitán general al dicho Miguel Rifos; e questo es ansi verdad, público e notorio".

A ella contestaron, casi invariablemente, que nada sabían, los testigos Juan Griego, Marcos Veneciano, Francisco Jérez, Pedro de Niza y Bojo de Aranguren. El testigo Andrés de Venecia, aseveró, que "nunca vió que el dicho Sebastián Caboto quitase el dicho oficio de teniente de capitán a dicho Martín Méndez, fasta que le echó en la isla de Santa Catalina". El testigo Antón Falcón, dijo que después de ser abandonado Méndez "los de la armada llamaban teniente de capitán al dicho Miguel Rifos". Francisco Hozgón, en su deposición, afirmó que Méndez nunca ejerció su empleo porque Caboto se lo quería quitar "e que era la pública voz e fama dello". Hemos dejado para citar al final la declaración del capitán Francisco de Rojas, quien llamado a deponer por el fiscal en el proceso, aseveró que Caboto tenía mala voluntad hacia Méndez por habersele designado para el cargo de teniente de capitán en contra de su voluntad "para lo dar a Miguel de Rifos, catalán".

En la pregunta 25, se inquiría si Caboto "consintió e favoreció a Miguel de Rifos para que hiciese, como fizó, muchos robos a la gente pobre de la dicha armada, y aunque le fué quejado nunca lo quiso remediar".

Sobre esta pregunta respondieron que nada sabían los testigos: Juan Griego, Marcos Veneciano, Francisco de Jérez, Pedro de Niza y Bojo de Aranguren. El capitán Francisco de Rojas dijo que no tenía pruebas al respecto, pero que lo había oído decir. Andrés

de Venecia refirió que Miguel de Rifos quitaba la ropa y maltrataba a la gente de a bordo "y que era muy mal hombre", lo que no ignoraba Caboto, "porque así lo oyó decir". Antón Falcón refirió que había oído quejarse a algunas personas, en San Lázaro, "donde habían dejado las cajas, que el dicho Miguel Rifos, que las fué a traer, que les había tomado algunas cosas de las dichas cajas, e que a este testigo tomó una botija de aceite". Y por último. Francisco Hogazón, testificó, "quel dicho Miguel Rifos hacía muchos robos en las cajas de la dicha armada e tomaba lo que quería; e aunque se quejaban al dicho Sebastián Caboto, veía este testigo que no lo castigaba, antes veía que lo remitía al dicho Miguel Rifos que los castigase él, siendo el dicho Miguel Rifos el mismo malhechor".

Aunque la personalidad de Miguel de Rifos no se diseña en forma preeminente en los principales acontecimientos desarrollados en el Río de la Plata y sus afluentes durante el viaje de exploración realizado por Caboto, su figura, sin embargo, se destaca del común de los expedicionarios, en primer lugar por la estrecha amistad que lo unía al jefe de la armada, haciéndose solidario de todos sus actos y participando en forma muy visible en ellos; después, por ser, a partir de la prisión de Martín Méndez, su segundo jefe, siendo ese hecho causante con anticipación y motivo principal de la discordia surgida entre Caboto y Méndez, de tan desastrosas consecuencias para la expedición.

Rifos y los hombres que con él fueron sacrificados, pagaron tributo con su muerte a las doradas ambiciones que enloquecieron a aquellos audaces buscadores de metales que entraron por el Río de la Plata en busca de la fascinante sierra, a la que sólo habrían de llegar otros hombres más felices, que conquistaron el imperio del Rey Blanco, penetrando por el Pacífico (1).

JOSÉ TORRE REVELLO.

(1) Para no cansar al lector no especializado hemos retirado en esta publicación todo el aparato erudito que acompaña a este ensayo. El que se interese por el mismo, le advertimos que se insertará en la tirada aparte. — N. DEL A.

ACTUALIDAD

CULTURA Y DEPORTE

LA discusión de ideas alrededor de este tópico puede ser provechosa para nuestro pueblo, si se realiza con absoluta sinceridad.

Tiene este pueblo características notables de aguda inteligencia, de generosidad pronta; una sensibilidad virgen y una gran sed de ideales, y de su desorientación, brutalidad y estupidez somos culpables los que, capacitados para ejercer su gobierno espiritual, resolviendo sus problemas de cultura, no lo hacemos, atarazados y agarrotados por nuestros insignificantes intereses particulares.

Vivimos, evidentemente, una época de transición en todos los órdenes de la vida. Acaso no nos sea dada la inmensa satisfacción de asistir al resultado de esta profunda crisis y ver al mundo pacificado en determinado aspecto; pero esta presunción en modo alguno nos exime de la perentoria obligación de participar, apasionadamente, con toda la potencia de una juventud de pensamiento, en el rechazo rotundo de un mundo egoísta y viejo, y en la búsqueda afanosa de ideas y sistemas que procuren a las generaciones siguientes una vida con mayores posibilidades de felicidad y de justicia.

La quiebra de los grandes principios ha relajado las virtudes que al parecer elevan al hombre en la escala zoológica. Y los que no tienen oídos sordos para el sufrimiento colectivo y los que viven con cabal conciencia del destino, saben que, principalmente, hay que luchar por la cultura.

El deporte no favorece a la cultura general; antes daña y entorpece su desarrollo, clausurando la inteligencia y la sensibilidad, si no han adquirido cierto desarrollo. Depara al adolescente un por-

venir ajeno a toda preocupación social y lo pone inerte a disposición de las fuerzas regresivas del mundo.

Porque el deporte puede ser un medio para lograr salud y apoyar la inteligencia, pero nunca puede constituir un ideal.

Señalemos el peligro para nuestro pueblo de este desarrollo inusitado del juego deportivo en un medio de ignorancia y de incultura como el nuestro. El delirio de las grandes masas por sus ídolos deportivos, la apoteosis del juego, no son sino fermentos de brutalidad, excitantes de los sentimientos de venganza y de odio y de supremacía del más fuerte, una inocente semilla de enemistad cuyo desarrollo alcanza al barrio y a las naciones.

Y señalemos la causa de este peligro: los intereses de la organización social, una prensa que para subsistir tiene que adular sistemáticamente a la muchedumbre y que por lo mismo no puede pensar, el Estado que se apoya preferentemente en la ignorancia del pueblo, hasta exaltándola como virtud para gobernar fácilmente, según cree, y la desidia de quienes suponen equivocadamente que es más cómodo no luchar.

El deporte es lo que el medio social permite que él sea. Un pueblo sin vida espiritual, aunque la desee, como el nuestro, no puede hacer del deporte más que un acto de barbarie, un remolino de pasiones groseras. Claro está que yo no hablo aquí de los niños que se deslizan por candorosos toboganes, ni de los jóvenes de pantalón blanco que practican la alfeñicada cortesía del tennis, ni de los que con un traje de baño impecable saltan sobre el trampolín en las piletas; no me refiero al deporte del niño ni del rico, sino al de la mayoría; al del pueblo, que no practica ningún deporte y es apasionado de todos, educado, con astucia, en la idolatría del primero, del victorioso, de la victoria, en fin, a costa de la salud y aún de la gracia.

Y de esta aberración son culpables, en primer término, la prensa con su frenética campaña de excitación deportiva, fabricante de ídolos deportivos y responsable de la enemistad de los pueblos; el Estado, que cede por interés del número, prestando mayor atención al deporte que a la cultura; los dirigentes de las instituciones deportivas, universitarios en su mayoría, y que a pesar de las fabulosas entradas de los organismos que dirigen nada efectivo han hecho por la cultura popular; el teatro, que en vez de escuela de

dignidad, de delicadeza, de buenos sentimientos y limpias ideas, hace treinta y cinco años que aburre a las gentes, ahuyentándolas hacia las canchas de fútbol, encanallando y pervirtiendo el gusto; el cinematógrafo que es ya necesario como un estupefaciente y tan nocivo como la droga, y este otro tumor maligno de reciente formación que es la radiotelefonía comercial.

Estos son los factores del embrutecimiento colectivo, que nadie ignora y que todos lamentamos y que en determinadas ocasiones políticas o sociales nos han llenado de desaliento y de pesimismo.

Fuerza será que pensemos con claridad y con franqueza: Debemos declarar, primero, que la vida tal como está organizada no nos contenta. Ya oigo la sorda protesta de los que lo pasan relativamente bien, con sus ristras de argumentos egoístas; pero lo que me desconcierta es advertir que esa gente ha desechado sus elementales deberes humanos y puede gozar de sus privilegios sin hesitaciones, sin tribulaciones en medio del clamor de angustia que por todas partes se levanta.

Pero ningún cambio social debe operarse si no empieza desde lo más íntimo de la conciencia del hombre, hacia la forma que lo contenga.

Tenemos, pues, que tomar esta responsabilidad sobre nosotros. Tenemos que trabajar enérgicamente por la cultura del pueblo, la cultura, que es la única arma imbatible, y el deporte debe ser transformado en una fiesta de los sentidos, fiesta de la que deben emanar claras aguas de amistad, de solidaridad, de disciplina y energía, complemento indispensable de toda cultura moral.

“Más débil es el cuerpo, más ordena; más fuerte es, más obedece”, decía Rousseau. Pero, obedece, ¿a quién? ¿a qué?

Este es el problema. Hay que luchar por generaciones de jóvenes desprejuiciados y sanos, cuya capacidad intelectual y sensibilidad les permitan disfrutar de los goces de una salud a prueba.

El deporte no puede ofrecernos hoy este cuadro. Los atletas no conocen las verdaderas virtudes del deporte, ni sus auténticas alegrías. Son simples competidores. Están hechos para ganar, ganar a cualquier precio y este precio comprende el sacrificio de toda una vida y su pernicioso ejemplo consiguiente y sus terribles consecuencias.

Exceso de importancia, de preocupación, exceso de seriedad, an-

sias de gloria, en una materia que no puede contenerlos. El deporte es una recreación, una necesidad vital, un descanso, —no una fatiga—, para el pálido hombre de las ciudades.

El deportista, por falta de cultura sufre las alternativas de su vanidad, de su amor propio, y el esfuerzo que realiza por descollar lo convierte, a plazo fijo, en un hombre inútil para la sociedad; física y mentalmente inútil para la sociedad, en plena juventud.

Este es el fin conocido de la pléyade de campeones que se han idolatrado. El agotamiento prematuro, la atrofia física y moral. Y un aspecto todavía más triste: la desviación de las fuerzas naturales, la indiferencia sexual. Así una sociedad de mojigatos que no quiere dar instrucción sexual a sus educandos, se conforma con esta pasividad relativa que trae el deporte, admitido como ideal.

Tratemos de trazar un cuadro con la trayectoria que recorre el adolescente devorado por la fiebre deportiva. ¿Quién es este adolescente? ¿De dónde viene? Una infancia librada al azar de las circunstancias y una escuela oficial, de métodos arcaicos. Un magisterio autodidacto, agobiado por un sistema rudimentario, absurdo y despótico. Ningún conocimiento de la naturaleza del niño, ninguna alegría para enseñar. Allí se habla de aprender como de una dura disciplina, como de un sacrificio que hay que imponerse para defenderse mañana en un mundo en el que hay que dormir con un sólo ojo. Allí el que enseña cree que cumple una penosísima tarea de la que no va a recibir más que ingratitud, una misión de sacrificio y heroísmo. Y esta posición del maestro, no es indudablemente la más propicia para cultivar una inteligencia en la comprensión lógica y amable de las cosas del mundo y en el florecimiento de los mejores sentimientos.

Pero pronto llega el reclamo de la vida, demasiado pronto para los más, y sin otras armas que algunos conocimientos no asimilados, sino retenidos en la memoria, el adolescente ingresa en este gran laboratorio del mundo, verdadera y cruel escuela de los hombres.

Desorientado, aturdido, lastimado íntimamente, mordido por el trágico despertar de las ignoradas y oscuras fuerzas de su instinto, el adolescente no encuentra en su camino más que la vibrante lucha del astuto, la apología del pícaro, la admiración por el egoísta, la exaltación de la canalla, la burla de todo sentimiento puro y toda

la gama de las bajas pasiones que lo alecciona en este trastrueque de valores humanos, que concluye por envilecerlo y esclavizarlo.

Pero, acaso, la conciencia permanezca en su fiel; quizás dormida, aletargada hasta el instante mismo de enfrentarse con la muerte; pero nuestro deber es dirigirnos a ella, buscarla, buceando en el fondo de las almas, despertarla y orientarla.

A esta juventud de conciencia aletargada se la impulsa al deporte. No al deporte como juego de salud y alegría, descanso periódico de la tensión cotidiana, sino al deporte como espectáculo de victoria, viejo resabio de barbarie, dijimos, que hay que extirpar.

Es en estas condiciones que la juventud recibe las primeras sacudidas de la pasión en el estadio que continúa la obra perniciosa de una falsa educación primaria.

El espectáculo del juego, enardeciendo hasta el frenesí a grandes masas de pueblo, mientras millares de brazos parados decretan la miseria para otras tantas familias, mientras la guerra se avecina, es, quizás, la prueba concluyente de que su influencia en la juventud es perniciosa.

Grandes masas de pueblo hacen un ideal del triunfo de sus jugadores favoritos y todos los intereses materiales convergen a hacer más efectivo este equívoco trágico. El ceño adusto, el empecinamiento y la parcialidad maligno, degeneran en odio vivo en las apretadas tribunas. Y la prensa, admirable en su aspecto civilizador, de informadora imparcial y libre expositora de las ideas, es, desgraciadamente, la exacerbadora de esta inconducta, la anuladora por excelencia de la capacidad que todos tenemos de gozar un espectáculo de alegría y de gracia convirtiéndolo en una dramática cuestión de honor, de amor propio, de competencia de intereses, desatando furias, burlas, promoviendo ambiciones, sosteniendo que la finalidad del deporte es el triunfo.

Es tan visible el encadenamiento de estos intereses que los escépticos afirman que el deporte será limpio y sano, cuando la sociedad sea limpia y sana. No puede discutirse esta verdad; pero necesario es que llamemos la atención de los que quieren hacer del deporte el eje de la felicidad de los pueblos y según hemos expuesto incuban generaciones de idólatras del músculo, inútiles para la vida y ajenos a los apremiantes problemas sociales de la actualidad.

El poder concede su aprobación y su apoyo a estas demostraciones deportivas y no fomenta en la misma proporción las manifestaciones intelectuales, y luego en los momentos difíciles de nuestra democracia se las tiene que ver con una masa en la que predominan las pasiones sin juicio, sin control ni dirección alguna.

Aun dentro de las esferas deportivas, esta masa popular va al estadio nerviosa, pronta para el insulto y la agresión. Ningún espíritu crítico encausa su juicio. Va presionada por la maliciosa exaltación de la prensa, que teme perder lectores, si el ardor decae; va presionada por el temor a la burla, tan arraigado en nosotros, si se pierde, y con la obstinación de que hay que vencer, vencer, de todos modos y en cualquier forma.

Solamente la intensificación de la cultura puede salvar a nuestra juventud, de esta lamentable desviación. Habrá que exigir del Estado el máximo de apoyo y respeto por las cosas del espíritu; habrá que repudiar esa prensa policíaca y deportiva que tantos estragos causa.

Entonces se irá diluyendo el malevo y el guarango y el jactancioso de la fuerza bruta, que nos han dado tan mala fama, y el deportista aprenderá a perder y a ser ecuánime en su apasionamiento y no mezclará su entusiasmo deportivo con sus deberes cívicos y sus obligaciones sociales.

El deporte será una recreación saludable y se desarrollará en proporción de otras partes vitales del cuerpo social, que hoy ofrece, a los ojos de nuestra culpable indiferencia, un monstruoso cuerpo hipertrofiado, sin cerebro y sin corazón.

LEÓNIDAS BARIETTA.

EL ROMANTICISMO EN EL RIO DE LA PLATA

NOTAS PARA UNA INTRODUCCION

“UN escritor —ha dicho Mauriac (1)— es esencialmente un hombre que no se resigna a la soledad. Cada uno de nosotros es un desierto; una obra es siempre un grito en el desierto: o, si preferís, una paloma abandonada con un mensaje en la pata, una botella arrojada al mar. Se trata de ser escuchado, aunque sea por una sola alma...”

En efecto ¿qué es la literatura en último análisis, sino un diálogo o su tentativa fracasada? Recuérdese el “monólogo doloroso” de Larra. Como en el diálogo juegan allí factores de cortesía, concesiones al gusto de interlocutor que si no determinan la obra literaria, la modifican a veces en su apariencia. Decimos en su apariencia porque creemos en lo íntimo, lo imperativo e intraducible del mensaje literario.

Pero si bien “el público no hace cambiar la literatura como el auditorio cambia al orador”, su fisonomía y modificaciones son factores que no pueden dejarse a un lado. Hay ante todo que entenderse en los términos: el público actual, la masa anónima a fuerza de numerosa y por lo mismo inclasificable, entra a presionar como factor en época relativamente reciente. La aparición del Romanticismo, precisamente, coincide con la aparición de un nuevo público, con un aumento considerable en la clientela literaria que ocurre a fines del siglo XIX. Entre nosotros, por ejemplo, no se le ha tomado en cuenta, aunque pudo haber ayudado a caracterizar algunas de las preocupaciones de nuestra generación romántica.

(1) *La Revue Hebdomadaire*, N° 22. “La responsabilité du romancier”, pág. 5.

A la influencia normativa de las minorías, salones, academias y convenciones cortesanas, decoro, etc., sucede la irrupción revolucionaria de una masa de lectores, reclutada en cuadros sociales diversos y cuyas urgencias espirituales —más orientadas hacia lo político y social que puramente literarias— provocan la liquidación de los valores en curso. En Francia es donde el problema se planteó con mayor evidencia. Dos circunstancias concurren a ello: por una parte la Revolución, en cuanto significó para el futuro la intromisión de una nueva clase en la vida pública, y por la otra la de ser el llamado pseudoclasicismo por los españoles, algo connatural a la estructura social y espiritual de la nación, respaldado por lo más genuino de su pensamiento filosófico. Esto último explica el gran esfuerzo algo más que polémico que exigió para su derrota, al que debemos agradecer varios años de diaria exposición de doctrinas por ambas partes combatientes. En cambio, los liberales españoles luchaban por desterrar fórmulas literarias antinacionales que habían negado su pasado literario más genuino: el Siglo de Oro. Tampoco entre nosotros se libraron batallas románticas: la escaramuza más importante es la que deja documentada la Réplica de Alberdi al dictamen del Jurado del Certamen Poético de Montevideo (1841). Justificamos así nuestras insistentes referencias al movimiento similar en Francia, donde la práctica fué precedida por una larga formación teórica, necesario antecedente de todo estudio sobre la materia.

La crítica literaria, desde Mme. de Staël hasta nuestros días, ha reiterado en diversas formas su interés por aquel doble criterio de apreciación. Emile Faguet (2) dice: "Lo primero que la Revolución Francesa y el Primer Imperio crearon, fué un público completamente diferente de lo que recibía este nombre hasta 1789; y el público a quien uno se dirige, como es sabido, cambia la literatura, exactamente como el auditorio cambia al orador..." Y en seguida de aludir a la composición heterogénea del nuevo auditorio, concluye: "La literatura personal de una sociedad democrática es la literatura de un público numeroso, disperso, no jerarquizado, in-

(2) *Histoire de la Langue et de la Littérature Française des origines á 1900*, publiée sous la direction de L. Petit de Julleville. Armand Colin. 1899. tomo IV, Introduction.

disciplinado y desconocido por los autores". "No hay un público, hay públicos" dice Thibaudet (3).

Lo que Faguet dice del Romanticismo francés, la creación de un público nuevo, es totalmente válido para el Río de la Plata. Acá como allá el primer problema consistió en despertar el interés por las nuevas direcciones en una generación que se buscaba ansiosamente. Las iniciativas de Miguel Cané y Marcos Sastre sobre creación de la Asociación de Estudios Históricos y Sociales y Salón Literario, respectivamente, son las primeras exteriorizaciones de ese intento; las lecturas públicas que serían su objetivo, tendían evidentemente a la formación del primer núcleo profesoral homogéneo.

La introducción de una novedad literaria supone siempre esta primera etapa de elaboración interna, por decirlo así: el comentario y la discusión entre un número forzosamente limitado de iniciados, antes de lanzarse a la conquista del público grueso. ¿Existía éste en el Buenos Aires y Montevideo de 1830? Evidentemente no y había que formarlo. De esos primeros Ateneos románticos salió la legión de teorizantes del nuevo verbo, y desterrados a Montevideo muchos de ellos, constituyeron la redacción de *El Iniciador* (4) periódico bimensual, desde cuyas columnas, en un constante esfuerzo de divulgación y adaptación continúan el magisterio iniciado ya por Echeverría.

Albert Thibaudet observa que una generación saca a veces de entre sus filas a sus maestros, pero nunca a sus profesores con o contra los cuales actúa, los que provienen casi siempre de la generación precedente. Anota asimismo que el caso de la generación que en 1820 toma de sí misma sus grandes y jóvenes profesores, Guizot, Villemain y Cousin, resulta extraordinario (5). Ello se repite, sin embargo, en el Río de la Plata, con la generación que irrumpe en forma decidida a la vida pública la noche del 23 de junio de 1837, primera sesión de la Asociación de Mayo. Echeverría fué su maestro prestigioso y su joven profesor: "menos de treinta años" cuando

(3) *Histoire de la Littérature Française*, tomo II, pág. 118, Stock, 1936.

(4) *El Iniciador*. Periódico de todos y para todos. Núm. 1, Montevideo, abril 15 de 1838. Sobre *La Moda*, antecedente porteño de *El Iniciador*, véase el documentadísimo estudio de José A. Oria: *Alberdi "Figarillo"*. Buenos Aires, 1936.

(5) THIBAUDET, op. cit., pág. 262.

a su retorno de Francia, profesó con dogmatismo enteramente juvenil la ciencia política y el nuevo credo literario ante el auditorio maravillado de sus contemporáneos.



Ya en 1800, en un libro de Mme. de Staël, desigual y lleno de intuiciones geniales, *De la littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales*, apuntaba y se desenvolvía un principio expresado ya por Bonald y que sería de los más zarandeados por nuestra generación romántica: "El arte debe ser expresión de la sociedad", que Brunetière ha parafraseado matemáticamente: "El arte es función de la sociedad" (6). Toda la preceptiva del Romanticismo —porque la tuve— es sólo glosa y aplicación de la frase citada. ¿No es acaso uno de sus manifiestos más considerables, el Prefacio de *Cromwell*, su formidable amplificación retórica?

Curiosa mezcla de Rousseau y Necker, Mme. de Staël debía recoger uno de los dogmas del siglo de los filósofos: la confianza en el progreso, la fe en la perfectibilidad de la especie humana. Su novedad, relativa por cuanto expresa ya desde la querrela de antiguos y modernos (7), fué su introducción como criterio de apreciación literaria, hallazgo del cual se sentía orgullosa y que en su rigorismo lógico, debía arrastrarla a absurdos insostenibles (8). La obra citada, ratificada definitivamente con la publicación de *De l'Allemagne* —edición príncipe destruída por la censura imperial en 1810 y 2ª edición de 1813— constituyen el apasionado alegato de la literatura que vendrá.

Aunque la fórmula propuesta fuera equivocada, la argumentación artificiosa, la erudición de "segunda o tercera mano" y el estilo pesado a fuerza de abstracciones, hay algo por encima de todo que no han podido destruir sus contradictores desde Fontanes y Chateaubriand en adelante: como se ha dicho insistentemente, Mme. de Staël profesaba la religión del entusiasmo. "Ha hablado del entusiasmo como las santas hablaban del amor divino que las con-

(6) *L'Evolution de la Poésie Lyrique en France au XIXème. Siècle*, tomo 1º, pág. 35 y sigs. Hachette.

(7) F. BRUNETIÈRE, *L'Evolution des Genres*. Hachette.

(8) *De la Littérature*. Préface de la seconde édition y *Discours Préliminaire*.

sumía" (9). La exposición más árida de las construcciones filosóficas en que se placía por educación, está sin embargo iluminada por una pasión de carácter casi religioso. Sacrificaba todavía en los altares de la idea pero con un fervor que no conocieron los ideólogos, sus maestros.

Hay todavía algo más. El clasicismo, que aspiraba a la universalidad, se desinteresaba naturalmente de lo particular. El individuo, la nación, la diversidad en fin, no existían para él. El Romanticismo, en cambio, particularizó, individualizó: necesitaba llegar a un público numeroso y desconocido y debía alcanzar lo profundamente humano, sin ataduras lógicas ni convencionales. Por lo mismo que postulaba la diferenciación, trató de buscarla y justificarla fuera de la literatura ambiente, impregnada por el *espíritu de sociabilidad*: trajo la inquietud cosmopolita. Y nuevamente aquí, la gran precursora, *abuela y suegra de doctrinarios*, preside un período febril de traducciones, adaptaciones y vulgarizaciones de literaturas extranjeras, provoca a su alrededor y con su ejemplo un momento de alta tensión cultural, "el principio de la conciencia europea en formación" (10).

Aunque no se mencione a Mme. de Staël en la heterogénea nómina de autores que Juan María Gutiérrez dice haber encontrado en extractos de puño y letra de su biografiado Echeverría, y que éste conservaba encuadernados, formando una porción de volúmenes, es indudable que aprovechó totalmente el arsenal doctrinario de la gran ginebrina. Todo el ideario de Coppet, por lo demás, había pasado a lugar común de las columnas de periódicos, panfletos y alegatos comprometidos en la *mêlée romantique*, de la cual hubo de ser espectador no del todo indiferente ya que llegó a París en pleno fragor (1826) y frecuentó, según parece, "la tertulia de varios literatos de nota" (11). Alberdi, en cambio, al hacer un inventario

(9) Véase la hermosísima página de Bloy —otro excesivo— sobre Mme. de Staël en "L'Enthousiasme en art". *Propos d'un entrepreneur de démolitions*. Stock.

(10) THIBAUDET, op. cit., pág. 55. Puede verse una última bibliografía sobre Mme. de Staël en el libro de su biznieto Jacques de Broglie: *Madame de Staël et sa Cour au Château de Chaumont*, Plon, 1936.

(11) JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, *Noticias Biográficas sobre Don Esteban Echeverría*. Letras argentinas. El Ateneo, 1929, pág. 311.

de sus lecturas juveniles no olvida su nombre, que incluye en la significativa compañía de Chateaubriand y Lamennais. Por lo demás, *De l'Allemagne* figura entre las obras publicadas por el Panteón Literario, biblioteca de obras famosas dirigida por Emile Girardin y cuya propaganda calurosa hacen los redactores de *El Iniciador* (12).

Resulta hoy difícil restrear minuciosamente la influencia que Mme. de Staël hubo de ejercer en el romanticismo rioplatense, ya que, como se ha dicho, su aporte original fué íntegramente asimilado por sus sucesores, en forma tal que sólo mediante un esfuerzo considerable de acomodación retrospectiva puede valorarse ahora lo que su crítica tuvo de revolucionaria. Es sin embargo curioso constatar los términos claramente staelianos en que se plantea el Certamen Poético de 1841: el premio se discernirá "a aquél que mejor hubiere comprendido las modificaciones, los diversos cambios que la literatura haya recibido de la variación y progresos de las costumbres, de las creencias, de los elementos todos que constituyen la vida social", y el Discurso Preliminar de *La Littérature* comienza: "Me he propuesto examinar cuál es la influencia de la religión, de las costumbres y de las leyes sobre la literatura, sobre la religión, las costumbres y las leyes".

Existe además un gran parecido entre ciertos rasgos de la fisonomía espiritual de Mme. de Staël y los de nuestros primeros románticos. Como ella, muy tironeados todavía por el siglo anterior, conservan un pesado lastre de prosaísmo que les hace manejarse con más comodidad entre ideas abstractas que en la expresión poética pura. Podría anotarse también que la quiebra de la preceptiva clásica, aunque flotaba en el ambiente, no se había producido aún formalmente: del mismo modo que Mme. de Staël sigue admirando a Voltaire, Marmontel y La Harpe, "cuyos tratados (sobre el arte de escribir y sobre los principios del gusto) no dejan nada que desear", Echeverría salvaba del naufragio de sus estudios en el Colegio de Ciencias Morales cinco volúmenes, entre los cuales se hallaba "la *Retórica* de Blair, que sin duda le habría recomendado como libro a la moda entonces, su catedrático Agüero" (13). Más de veinte años después, Vicente Fidel López da todavía testimo-

(12) *El Iniciador*, tomo 55.

(13) GUTIÉRREZ, op. cit., pág. 131.

nio de sus estudios clásicos con la publicación de su *Curso de Bellas Letras*, hecho éste último que caracteriza la posición paradójal de nuestro Romanticismo en su pretendida negación preceptista.



Imposible resulta olvidar, en un recuento de influencias, el nombre del apóstol inflamado de *Paroles d'un Croyant* (1834), evangelio heterodoxo de su época. Ese librito, *poco considerable por su volumen, pero inmenso por su perversidad*, como lo califica la Encíclica "Singulari Nos" (14) es el responsable directo de cierta identificación mística entre la caridad cristiana y el concepto democrático de igualdad social y política que llevada a sus últimas consecuencias, motivó su separación del seno de la Iglesia. Arrojado de ella, diseminado por el pánico de la excomunión lo mejor de la grey de los redactores de *L'Avenir*, su libro fué acogido con entusiasmo en las filas republicanas y esgrimido como instrumento de combate. Era el suyo un intento confuso de aplicación de un humanitarismo cristiano a la organización política: una nueva Ciudad de Dios. Como Zarathustra, —paralelo alguna vez aducido— el Creyente adopta para su predicación laica, la forma y el tono del versículo y la unción en ambos casos es enteramente religiosa (15).

La influencia de Lamennais fué extraordinaria. Victor Giraud sugería alguna vez la oportunidad de que se escribiera ya, sobre su obra y su tiempo, un libro que fuera para el siglo XIX lo que el admirable *Port Royal* para el XVII, de historia literaria al par que un estudio de psicología e historia religiosa. Alrededor de Lamennais tomado como centro se agruparían todos los que en cualquier momento tuvieron relación con el fogoso escritor: de Víctor Hugo a Lacordaire, de Bonald a George Sand, de Joseph de Maistre a Sainte Beuve, de Béranger a Vigny (16).

En Montevideo, *El Iniciador* reproduce el Dogma de los Hombres libres. De él por fin y con la complicidad más heterogénea,

(14) F. LAMENNAIS, *Affaires de Rome*, pág. 421. Garnier.

(15) Lamennais podría ilustrar aquella profundísima reflexión de Chesterton: "El mundo actual está lleno de viejas virtudes cristianas que se han vuelto locas" (*Ortodoxia*).

(16) *Revue des Deux Mondes*, tomo XI, pág. 192. XCII Année. Septième Période.

parece surgir esa heterodoxia común, llamada tradición liberal del pensamiento romántico: deísmo vago de Echeverría, que incurre por lo demás en francas rebeldías contra la infalibilidad pontificia de posible ascendencia menesiana; ateísmo cada vez más pronunciado de Alberdi; volterianismo franco de Gutiérrez. Rivera Indarte, siempre detonante entre todos ellos, declara: "Mi poesía es romántica y católica, no porque formase yo intento de que fuese así; sino porque el dolor es naturalmente romántico, sus ideas y sus palabras románticas; porque el que pena, el que padece persecución alza involuntariamente su espíritu al Cristo escarnecido y puesto en una cruz sobre el Calvario. Sí, es preciso desengañarse, las penas no son clásicas, ni mitológicas ni incrédulas" (17).

Si bien el romanticismo rioplatense no fué en principio un movimiento autónomo, en cuanto gobernado por influencias de varia procedencia, es indudable que implicó en su doble aplicación literaria y política, una inteligentísima aclimatación de lecturas numerosas y muchas veces apresuradas. Con ellas Echeverría y sus lugartenientes esbozaron una filosofía de nuestra historia, dieron contenido y doctrina política a toda una generación y renovaron la poesía lírica.

Es asombroso, por ejemplo, comprobar lo atinado de la aplicación de viejas teorías remozadas como la del progreso, por parte de los conferenciantes del Salón Literario, miembros de la Asociación de Mayo y redactores de *El Iniciador*. Y es tanto más notable ello ya que el progresismo fué la piedra de toque de la argumentación romántica; casi todas sus exageraciones optimistas no tienen otro origen. Léanse por ejemplo el discurso pronunciado por Alberdi sobre *La armonía entre el objeto de esta Institución (el Salón Literario) con una exigencia de nuestro desarrollo social y de esta exigencia con otra general del espíritu humano* (18), sólo recordado hasta ahora por el largo ditirambo rosista que contiene. Compáresele de paso con la *Introducción a una serie de lecturas escritas para leer* en el mismo Salón (setiembre de 1837), de Echeverría (19). No se las arguya de sospechosa semejanza, pecado disculpable en

(17) *Poesías de José Rivera Indarte*. Nota auténtica del autor, en 1837.

(18) ALBERDI, *Obras Selectas*, Páginas Literarias, tomo 1º, pág. 3.

(19) ECHEVERRÍA, *Obras Completas*.

la más unánime generación argentina; quedará siempre en pie, salvadas las diferencias que van de la claridad enteramente jurídica del uno a la abundancia "un poco acuosa" del otro, la primer actitud filosófica reflexiva frente a nuestros problemas históricos, su primera explicación "socialista".

El vocablo romanticismo, dejadas a un lado las sucesivas acepciones tenidas hasta alcanzar el concepto actual, integral (20), tolera dos interpretaciones de diversa extensión. Se alude con él a un fenómeno cultural, localizable por tanto en el tiempo y en el espacio, o se designa una posición del hombre frente a sus problemas de todos los tiempos, la conversión del interés humano por cierto sector entrañado, íntimo, de su personalidad. En este último caso ha podido hablarse del romanticismo de los clásicos. En este sentido, también, puede encararse como una *constante cultural*, que en los países nórdicos es algo inseparable de todas sus acciones y reacciones filosóficas. En los países románicos, en cambio, afloró a la superficie en determinado momento de su historia o se dió como característica individual o excepcional, no generalizable.

Es sabido que todas las revoluciones literarias empiezan por reivindicar para sí la defensa de la realidad. Y no de una realidad. Era legítimo que sucediera ello con el romanticismo, sobre todo, que creó la originalidad y descubrió lo distinto, que trajo la preocupación historicista de épocas y lugares: el maltratado color local, lo característico. Exige por lo mismo un tratamiento local en cuanto se incorpora a una tradición viva de cultura que lo recibe y lo conforma.

En lo que a lo nuestro respecta, y dando por sentado el postulado del arte reflejo de la sociedad, la introducción del Romanticismo debió tener una fecha lógica, la Revolución de Mayo. Así lo comprendió la generación del 37, que salvó el absurdo recordando que *nuestra sociedad era el triste pleonismo de la colonial* (21). La revolución literaria debió coincidir con la política: sin embargo toda la obra poética designada en nuestro cancionero oficial (22) con los

(20) GUILLERMO DÍAZ PLAJA, *Introducción al Estudio del Romanticismo Español*, pág. 21 y siguientes. Madrid, 1936.

(21) *El Iniciador*. Prospecto redactado por Andrés Lamas.

(22) *Antología de Poetas Argentinos*, de Juan de la Cruz Puig. 1910.

nombres poco afortunados de *La Revolución, Patria y Libertad* y *Patria y Honor*, comprendida entre 1810 y 1830, no presentaba novedad alguna frente a la peninsular contemporánea. Las condiciones de una nación nueva son dos, dice el Prospecto de *El Iniciador*. La primera, la independencia política, la segunda la independencia cultural, incorpórea, "que está en nuestra legislación, en nuestras letras, en nuestras costumbres, en nuestros hábitos y a todo lo ata y a todo le imprime el sello de la esclavitud". Se insinúa también el propósito de desterrar "algunas costumbres ridículas, exóticas", que son "un anacronismo vergonzoso". De ahí el auge de la literatura costumbrista.

Alberdi dice: "La libertad era la palabra de orden en todo menos en las formas del idioma y del arte: la democracia en las leyes, la aristocracia en las letras; independientes en política, colonos en literatura (23)". Lo que no comprendieron nuestros románticos, y esa fué la causa de sus grandes pecados contra la forma, es que Hugo "tenía sobre todo, en lo que respecta a la literatura, un sólido buen sentido y un antiguo fondo de clasicismo o si se prefiere de humanismo, porque había hecho excelentes estudios. No decía *la libertad del arte* sino la libertad en el arte. Comprendía que la libertad absoluta lleva a la anarquía" (24).

JULIO CAILLET-BOIS.

(23) ALBERDI, *Obras Selectas*, Páginas Literarias, tomo 1º, pág. 122.

(24) RENÉ CANAT, *La Littérature Française au XIXème. Siècle*. Pafot, 1925.

POESIAS

TENGO LA ALEGRÍA.

TENGO la alegría de quererte tanto
que en vivirla entera gastaré mi vida.
Sé que yo te quiero, pero sin medida
para saber cómo, ni porqué, ni cuánto.

*¿El dolor se mide por un mismo llanto?
Déjame en silencio, con el alma unida
al amor sin pausa que el hablar olvida.
El silencio a veces tiene voz de canto.*

*Y si el amor tuyo me enmudece, piensa
que en mi boca muda se abrirá de nuevo,
no con las palabras que hasta ayer sabía
sino con las otras que la dicha inmensa
me enseñó en silencio y en silencio llevo.*

Será como nunca la palabra mía.

YO NO PUEDO DARTE.

Yo yo no puedo darte más que la sencilla
cosa que regala todo niño pobre.
Nada más que eso: lo que al niño sobre;
una rama verde y una florecilla.

*Yo no tengo perlas; sólo la que brilla
en mis ojos, pura lágrima salobre.
Toda mi riqueza es un solo cobre
que en mi mano humilde lo más alto humilla.*

*Como niño ingenuo te daré mi rama,
mis pueriles flores, cristalina perla;
y otra vez desnuda quedará mi mano.*

*Es tu amor el viento que a la puerta llama.
Si mi vida quieres ven a recogerla.
Pero ya la llevas. Llamarás en vano.*

EL SOL, EL AZUL, LA ARENA.

ESTÁS en mí como si no estuvieras,
traspasándome el fondo. Tú, viviente,
como el sol que traspasa las arenas.
Como el oro de azul; tu amor es éste.

*El azul es azul: el sol lo prueba.
Y la arena es arena si el sol quiere.
Tú eres el sol, lo sé; y yo, la arena
que traspasa tu oro suavemente.*

*No es que el azul se cambie, no es materia;
me lo dice ese sol que en él se mece.
Pero la arena sí, que el sol, a ella,
en polvillo de oro la convierte.*

TU NOMBRE EN LA SOLEDAD.

UNA ternura honda me sube a la garganta.
Tu nombre entre mis labios como una flor ha abierto.
Igual que la magnolia, denuncias tu presencia
como un perfume vivo en un perfume muerto.

En mi jardín de noches poblado de distancias
hay un silencio amante que espera sin reposo;
por eso la ternura me aboga ante tu nombre
y puede ser caricia y puede ser sollozo.

¿Qué tiene esa palabra sencilla como un eco?
La soledad se vuela cuando tu nombre toca
la línea inasidera de mi nostalgia muda
y una congoja honda me sube hasta la boca.

FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI.

VICENTE MEDINA

*suspirarás por la tierra,
que es lo que menos se olvida.*

VICENTE MEDINA.

PARA el papel, nada más decoroso que su propia blancura. El estricto maestro de *Divagations* ha sabido advertirnoslo en la música admonitoria del más ejemplar y desoído de sus versos.

Sin embargo, por lo que a nosotros toca, aquí no se trata de poesía. Ni siquiera de simples preocupaciones literarias. Pésimas o excelentes, las páginas que se imprimen nunca se justifican del todo. Nadie está obligado a escribir un libro, insinúa Bergson. Y ni siquiera un artículo podría completar cualquiera. Pero lo que no se justifica, una que otra vez puede parecernos necesario. Y esta es una de esas veces. Y decimos que nos es necesario en cuanto a premura cordial; no decimos que nos sea necesario como tarea literaria.

De uno u otro modo, y con uno u otro motivo, importa llenar unas páginas que sean equivalentes de las que esta revista reserva al comentario de los libros de España. Ya el mes pasado, la sección quedó en blanco. Urge, pues, decir algo.

Aunque pocos, aun se publican libros en la Península, y por dicha no es necesario mentir para dar muestras de que España alienta todavía. Ni siquiera ahora, mientras se desangra, está ella tan pobre que nos deje sin motivo para un comentario como éste. Por otra parte, y como quien dice sin abandonar los límites de la propia casa, aun es posible encontrar buenas razones para ocuparse un instante frente a libros españoles. Los de Vicente Medina son los que hoy nos proporcionan un imprevisible pretexto.

El hosco y enternecido poeta de la patria chica murciana acaba de terminar sus días en Rosario de Santa Fe. En esa ciudad argentina,

cuyo atareado prosaísmo puja en contradicción constante con la encendida beatitud de su nombre, la vida fué siempre dura para el huertano andariego y afanoso.

Vicente Medina tenía más de setenta años. Pertenecía a una generación ya lejana, no tanto por su distancia en el tiempo cuanto por la diversidad de sus maneras expresivas. Literariamente, el suyo era un nombre apreciado en España y en América, aunque su obra, desde hace algunos lustros, y tal vez ya desde un comienzo, no era en verdad muy leída. Se lo citaba, sí, pero tan sólo según la accesible referencia de algún difuso repertorio de textos. De cuando en cuando, una que otra declamadora —mala y próspera simiente— nos salmodiaba *Cansera*:

*¿Pa qué quiés que vaya? Pa ver cuatro espigas
arrollás y pegás a la tierra*

Y esto era todo.

Como de poeta regional, el nombre de Vicente Medina suele darse apareado en diversos trabajos de crítica con el de José María Gabriel y Galán. Nacido casi por las mismas fechas que el poeta de *Aires murcianos*, el melancólico evocador de *Extremeñas* falleció en 1905. Acaso sea por eso que hasta los más encariñadamente noticiosos de las letras de España tenían a veces —a modo de anticipada impresión complementaria— una como vaga idea de que también Vicente Medina había muerto hacía años.

Ahora, ya a vuelta de muchos días, los periódicos nos avisan que esa muerte es reciente. Enterados de las miserias del poeta en su lamentable postrimería, pronto se advierte que esa anticipación en el tiempo fué un espejismo cronológico. Pero pasemos.

Ya es triste cosa referirse a la muerte de un poeta. Y no porque la muerte sea triste. Si se descuenta lo que supone en su brutal anadamiento físico, tal como marcha el mundo —¡y cómo marcha!— la muerte no intimida a nadie. A unos —los más— porque de puro distraídos en lo inmediato y cotidiano ya no les queda tiempo para reparar en ella; y a otros —muy pocos— precisamente por eso: porque la contemplan y la meditan de continuo. Lo triste no es la muerte. Lo triste, lo terrible, es tener que hablar de la muerte. Y hablar de la muerte es casi como escribir en estilo de gacetilla necro-

lógica. En ese estilo que, al que más al que menos, un día, con la muerte, ha de alcanzarnos a cada uno de nosotros. Y también por eso será penoso morir.

Casi parece caridad querer evitar a otros el menoscabo de ese estilo. Por lo que atañe a Medina, bastan dos palabras para el hombre y otras dos para el poeta. Lo que importa —ya está dicho— es no dejar en blanco estas páginas. El hombre harto hizo con vivir, si no con vivir así de tan desastrada manera. Y en cuanto al poeta ahí queda su obra. Lo poco que se diga aquí o en otra parte, en nada puede favorecerla y en nada puede dañarla. En última instancia, y si vale la expresión, un libro sólo se condena o se salva por sí mismo. La crítica nunca es su Providencia.

Otros han contado su vida y el propio Medina la ha referido. Nació en Archena, un apretado villorrio próximo a Murcia. Hasta hace algunos años, de Archena —en España y fuera de España— apenas si tenían noticia unos pocos enfermos necesitados de las aguas sulfatadocálcicas y nitrogenadas que manan por aquel contorno. Los historiadores —algunos historiadores por lo menos— sabían asimismo que no muy lejos de Archena, y a orillas del Segura, Masinisa maltrajo a los Escipiones. Pero ahora ya es considerable el número de personas que saben qué es Archena y dónde queda Archena. Es esta una módica crudición geográfica de la que ya no pueden envanecerse unos cuantos artríticos distinguidos o unos pocos historiadores de la España romántica. Desde 1866 Archena es la patria de Vicente Medina. La patria de un hombre desdichado y de un poeta redundante pero original y valioso.

El hombre nació pobre. En su vida, que fué larga, no pasó de emigrante, de soldado, de maestro o de empleadillo. Si pecuniariamente logró alguna vez alzarse a mayores, ello fué únicamente para mengua de su libertad y de su sosiego. Su más cierta conquista es ese puesto indiscutible entre los escritores regionales de la promoción poética del 1900.

Dicen que Medina empezó como vendedor de periódicos. Lo mismo le ocurrió a Rockefeller. Si lo repetimos no es en procura de un compungido exorno patético. Hasta a los vendedores de periódicos, bien se advierte, les es dado elegir su destino: o millonario o poeta. Sólo del punto de partida no es uno responsable: lo demás, en la vida o en la actividad del hombre, es siempre fruto de su crea-

ción personalísima. Todo es buen trampolín para el que sabe de saltos. Al menos en estética, la pobreza nunca es una disculpa.

En algo más de treinta años de producción tesonera —desde 1895, data de *El naufragio*, a 1927, fecha de la edición del último volumen de la serie de sus obras completas—, Vicente Medina había alcanzado a publicar no menos de veintiseis volúmenes (1).

Si se atiende al hecho de que en esa obra la nota dominante es la poética, o por lo menos la que siempre aspira a serlo, ese despliegue editorial puede considerarse excesivo. Ya indiscreta para un lírico de grandes recursos, de imaginación ingente o de joyantes lujos verbales, tal frecuentación de la imprenta no podía menos que resultar riesgosa —o en todo caso repetidora y un tanto innecesaria— para un poeta de las modalidades de Vicente Medina, a ratos muy sincero e intenso, pero con todo bastante limitado y un si es no es monótono.

A pesar de ese pecado de exorbitancia tipográfica, bastante reprehensible en un poeta de lo lugareño, no sería justo regatearle a Medina la hermosa suma de sus aciertos, y más si para estimarlo no se maneja un concepto excesivamente aquilatado de lo que deba entenderse por poesía. Pero Medina no sólo fué un poeta regional y costumbrista, según una añeja apreciación finisecular ya estereotipada. Si esa fué su nota inicial, luego nunca interrumpida, no es sin embargo la única. Otras se advierten en su obra: la de sesgo social y humanitario y la de tono más directo y confesional. La primera —la costumbrista— está dada sobre todo en *Aires murcianos*, *La canción de la huerta*, *Otros surcos se han abierto*, *Sembradores a los campos* y *Viejo cantar*. La segunda es la que vibra en obras como *El alma del pueblo*, *Canciones de la guerra* o *Lorenzo*. La tercera —tal vez la menos conocida— se nos descubre como directamente trabada a episodios y a alternativas de la vida profunda del poeta. En ella, entre sus hurañas nostalgias de siempre, Medina ha sabido cifrar todo el drama de su titubeo frente al problema de una orientación para sus angustias de hombre y sus aspiraciones de artista. Con irrepresable fluencia, el íntimo y contrastado borboteo de esas angustias irrumpe, como en reveladora surgente expresiva, hasta la momentánea diversidad de los títulos: *La compañera*, *Dios te salve*, *La sombra del hijo*, *Sin rumbo*, *Sed tengo*, *Pavesa*, *Tribulación* y *Ecce homo*.

(1) *Obras completas*, Rosario de Santa Fe, 1919-1927.

Por lo que para nosotros significa otra publicación de Medina, *Aires argentinos* (1), a falta de mejor homenaje merece un párrafo aparte. Aunque poco señaladas por la crítica al tiempo de su aparición, esas páginas, además de algunos lindos aciertos de emoción y de forma, ofrecen el interés de constituir una incitación aleccionante. A lo que parece, para un costumbrista español nuestros tipos y usos locales implican ciertas sugerencias de humanidad y de arte en las que por lo común no repara el propio artista nativo.

En España y aquí, en etapas intermitentes pero también profusas, Medina ejerció el periodismo. Algo conviene decir sobre ello, pues este es uno de los puntos en el que menos se han detenido sus comentaristas. Y no importa que se trate de una labor dispersa y no siempre representativa: lo que no es válido para la estimación de la obra, puede a veces ser muy útil para el conocimiento del hombre.

El esfuerzo más interesante es el que el escritor murciano desarrolló desde 1916 a 1918 como director de la revista *Letras*. A no ser entre la confusión polvorienta de las publicaciones ya definitivamente postergadas, hoy no es posible tropezar con la azarosa disparidad de esos cuadernos. La primera impresión desconcierta. El testimonio indirecto pero inequívoco de los aprietos materiales y morales de Medina parece reflejarse así en el aspecto externo como en el contenido de las páginas. Cada entrega se muestra supeditada a todos los caprichos y a los trastrueques más enojosos. Con el formato, y a pesar de su calidad deleznable, el papel, las tintas y los caracteres, todo pregona una tiránica dependencia de algún crédito —que se adivina poco resuelto y poco persistente— en las más diversas imprentas. Debido unas veces en su casi totalidad a la pluma de Medina y colmado otras con premiosas transcripciones de libros y periódicos, a primera vista el contenido de *Letras* agobia con una penosa impresión de fárrago desconcertante. Pero esa profusión de la indigencia no deja de tornarse conmovedora tan pronto como el lector depona su prevenida presunción de crítico.

Sí, al menos en esto no parece posible que queden dudas. *Letras* fué ante todo la revista de un hombre urgido por ganarse el pan, supuesto que aquí entre nosotros, y en la harinera Rosario, una empresa ceñidamente literaria pueda dar para tanto. Por lo que hace a

(1) Rosario de Santa Fe, 1927.

esas transcripciones, *Letras* fué igualmente algo así como un índice de lecturas. Lecturas practicadas al buen tuntún y entre las rípidas urgencias de lo cotidiano, pero cumplidas siempre con una real apatencia de conocimiento. Nunca olvidó Medina, ni siquiera en las horas turbias en que se sintió menesteroso de todo, que no sólo de pan vive el hombre. El simple traslado tipográfico de esos textos o el febril comentario de esas lecturas no son otra cosa que un repertorio de reacciones. Son como el atropellado despunte estilístico de un modo particularmente angustioso de la impaciencia humana, y ésta no es otra que la de un hombre sin mucha cultura organizada pero con suficiente y espontánea calidad espiritual para sospechar cuánto le falta y desolarse por ello. En nuestro sentir ese es el valor más seguro, la nota más lograda, aunque no la más intelectualmente deseable que encontramos en dicha revista. De no ser por eso, casi todo nos irritaría en ella: la arbitraria mezcolanza de su contenido y lo tosco y desparramado de su impresión tipográfica. Y no por modoso estetismo. Sí en cambio, y en primer término, por una razón que desde Mallarmé tiene categoría de incontrastable. Se escribe para la inteligencia pero asimismo para los ojos. Una lectura, una buena lectura, es siempre visión en el doble sentido de la palabra.

Otra nota atendible se sorprende en *Letras*. Lástima que también ésta termine por parecer un poco redundante. Es el comentario, a todas luces sincero pero extremado, que los ecos de la contienda europea debieron de provocar, día tras día, sobre la ya mortificada sensibilidad del poeta. Tal acorde elegíaco y casi misericordioso revela la generosa amplitud de Medina para las resonancias del afecto y de la simpatía comprensiva. Pero sobran epítetos, y la hora de "los lugares comunes del pathos", ya aludida por Clarín en 1899 al comentar *Aires murcianos*, había llegado para el poeta.

Mas todo esto, con estar tan próximo, es ya historia lejana.

El hombre y la obra pueden ser estudiados ahora dentro de los márgenes de una perspectiva de conjunto.

No hay que hacerse ilusiones, sin embargo. Aunque en adelante la persona o los libros de este autor puedan dar ocasión para nuevos comentarios, frente a la gran mayoría del público, Medina seguirá siendo el poeta de dos o tres composiciones. Acaso de una sola. "La literatura —decía Goethe— es fragmento de fragmentos".

La fuerza de esta ley, una de las pocas de absoluto rigor en los dominios de la literatura, termina por gravitar sobre la obra de todos, incluso sobre la obra de los más grandes. A medida que el tiempo corre y los escritores aumentan, menos son los escritos que ganan para sí esa antigua ventaja de ser morosamente leídos y convenientemente apreciados. No todos se avienen con la idea de que la literatura —o por lo menos la poesía— ha de ser quintaesencia. Tampoco alcanza a todos la discreción expresiva de un Gracián o de un Joubert, amigos de apretar un libro en una página, una página en una frase y una frase en un vocablo. Aunque suene como a fácil y entretenida paradoja, no es ocioso tenerlo muy presente: al cabo de algunos años, sólo publicando poco le alcanzará a cada escritor esa posibilidad, de otro modo dudosa, de poder ser leído con mediano detenimiento. Lo que llamamos posteridad no pasa de ser una especie de vasta antología de proporciones relativamente fijas, cuyo texto, por eso mismo, tiende a tornarse cada vez más compendioso y menudamente fragmentario. Fijar en ella una composición hermosa y dos o tres excelentes es ya encomiable proeza.

Y vivir fué bastante.

ANGEL J. BATTISTESSA.

LETRAS ARGENTINAS

POR ROBERTO F. GIUSTI

JUAN BURGHI *

EL año pasado, mientras se celebraba el Congreso Internacional del P. E. N. Club, Ungaretti, niño de ojos celestes encantados, que se divierte en disfrazarse de ogro o de fauno, nos manifestó el deseo de conocer los pájaros de nuestra campaña en un paseo que no fuera la excursión obligada con que se agasaja a los huéspedes ilustres. El paseo era fácil hacerlo; pero ¿quién le hablaría de los pájaros, de sus particularidades y sus hábitos? No yo, por cierto, que nunca he sabido ver más que a los hombres y los libros, sin duda porque los maestros no me enseñaron sino lo segundo y la vida lo otro. Pensamos en seguida en Juan Burghi. Buen compañero, dispuesto, jovial y ocurrente; y un poeta que nutre su poesía de un íntimo conocimiento de la naturaleza. Y así se formó la inolvidable partida de campo, con Juan Estelrich, esa maravilla de inteligencia, cultura, dinamismo y salud que desbordan en una inagotable alegría de vivir, Alfredo Bianchi, Burghi y yo, porque el querido Mario Puccini, recoleto y melancólico, no quiso seguirnos.

Fuimos a Luján, en cuyo museo Estelrich recogió preciosas observaciones que le han servido para sus recientes artículos sobre la Argentina, y Ungaretti satisfizo su ávida curiosidad de cosas típicas, estallante en ruidosas carcajadas infantiles y juramentos de "bévero" romano. Pero no fué ése el mayor encanto de aquella deliciosa rabona que nos hicimos en un luminoso día de setiembre, sino el curso de ornitología poética que gozamos en labios de Burghi y de su discípulo el poeta italiano, quien en la materia resultó ser

* *Luz en la sierra*, Viau y Zona, 1936. *El libro tuyo*, Viau y Cía., 1937.

otro maestro. Yendo por caminos de campo apartados del principal, descendíamos a cada momento del automóvil para escuchar el canto de un bienteveo, distinguir el silbido de una torcaz, seguir el vuelo de una tijereta o examinar el nido de un hornero (uno entero se llevó Ungaretti a Europa), cuando no para admirar algún añoso árbol característico.



Frente al Museo de Luján, de izquierda a derecha: Giusti, Ungaretti, Burghi, Estelrich y Bianchi.

La ciencia de la naturaleza que posee Burghi es extraordinaria, hecha a la vez de penetración y de fervor, diré, panteísta. El ha absorbido la naturaleza por todos los sentidos, y vibra ingenua, virginalmente, con cada partícula de su alma, al ponerse en contacto con sus grandiosos espectáculos o sus minúsculos milagros. Ahora bien, este hombre que así se enfervoriza en su seno, posee además el don de la palabra musical, con lo que declara ser un poeta de veras, no de aquellos que repiten bien o mal palabras aprendidas en otros libros, sino de los que plasman sus versos con la propia sustancia espiritual.

No le pidamos que piense sobre los trágicos problemas sociales, morales o religiosos que inquietan al hombre. Este niño, lo mismo que el fantaseado por el poeta Pascoli en uno de sus ensayos estéticos,

Il fanciullino, no persigue otro fin, cuando compone sus versos, que el de confundirse con la naturaleza de la cual ha salido, dejando en ella un acento, una luz, un latido suyos. Decir lo que ve y siente: nada más.

Pero hay que saber decirlo de modo que los demás vean y sientan lo mismo que nosotros, y Burghi ese arte difícil ha ido aprendiéndolo a través de los años a medida que desnudaba sus propias impresiones de las palabras que antes a veces les formaban un vestido literario de confección. Desde que saludé en él la promesa de un poeta, cuando publicó en 1919 *Al borde del sendero*, la comunicación entre su espíritu y la naturaleza, sencilla y sólida, que ya señalé en aquel libro juvenil, se ha ido estrechando, y la visión directa y personal triunfando sobre las reminiscencias literarias y los versos de pacotilla.

Ahora ha llegado a la madurez de su arte. La anunciaron hace dos años los *Motivos serranos*, los versos que expresaron su gozoso descubrimiento de las sierras cordobesas, y la confirmó el año pasado una nueva colección de parecidos motivos: *Luz en la sierra*. El poeta, creo que lejano descendiente de montañeses italianos, siente la montaña con emoción atávica y la canta con fervor idolátrico —o más bien, diré seriamente, aun jugando del vocablo—, hidrolátrico, porque el culto que domina en este libro es el del agua, cuyo secreto él se goza de haberle arrancado a la sierra.

Sentimiento cósmico, fraternidad, o mejor, consustanciación del alma con todo lo creado. Y en esto no hay literatura, aunque parezca ingenua jactancia, sino real capacidad de comunicarse con la naturaleza, adentrarse en ella o dejarse penetrar por su vibración y aliento.

De su agreste poesía, dice:

*La piedra es su trama recia;
El agua es su alma sencilla
y el árbol su corazón:
tres motivos de mis rimas.*

¿Monótona? Algo; pero no por pobreza de motivos. Quien conozca a Burghi sabe que éstos se multiplican en cada piedra, en cualquier manantial, en todos los árboles, porque él los ve diferentes unos de otros e individualizados. Y aquí corresponde juzgar si la

expresión consigue individualizarlos, dando cuerpo distinto a cada intuición poética, que entonces, bajo la aparente igualdad de la inspiración, hallaremos multiplicidad y riqueza de impresiones. El poeta quiere paladearlas glotonamente una por una y darles línea y color con la mayor sobriedad expresiva. Y así va devolviéndolas en imágenes que quieren aprisionar hasta el más leve temblor de la luz, con primores de miniaturista y ternuras de enamorado, en versos de tradicional sencillez y claridad, sin otra rebusca que la del que se propone fijar la sensación con el menor número de palabras y perfecta eficacia.

No quisiera traicionar esta impresión mía con citas fragmentarias, insuficientes para presentar a un poeta que se manifiesta en la unidad poemática de sus composiciones y no en la imagen aislada, aunque bella, tal por ejemplo ésta de "Despertar":

*El sol reparte sus abejas de ámbar
que hacen miel luminosa la mañana.*

O bien, esta otra:

*La bora tiene esa belleza impúber
del duraznero en flor cuando amanece.*

O de "Paisaje llovido":

*Los follajes bruñidos que gotean
tienen la gracia tierna y expresiva
del niño que entre lágrimas sonríe.*

Que el poeta, dueño de su arte, es capaz de decir hasta el por menor y el matiz cuanto percibe y siente, bastarían a probarlo las dos evocaciones en prosa que sirven de prólogo al libro: "La voz del agua" y "El arroyo", principalmente la primera, fina página de antología, de la cual transcribo un párrafo solo:

Yo he consumido largas horas anhelando sorprender en el agua el secreto de sus voces desde esa del hilo paciente empeñado en labrar un surco en la roca, a la atolondrada del cañadón, que va saltando de peña en peña y, como un niño que corre entre las zarzas, desgarrar su ropaje y se hiere toda en los filos rocosos; y la que se alisa al sol, y la que discurriendo torpemente por los cerros, al pasar entre dos

rocas mal unidas, se estrangula con ruidosa estridencia de sorbo frustrado, como el de las bestias que beben en las charcas exhaustas; y la que en el canal obstruido se pasa la noche haciendo gárgaras, y la que suelta su látigo desde la abierta válvula del chorro, y la que desborda el balde al ascender y se desfleca y, cayendo, restalla en el fondo con chasquido de lengua contra el paladar, como en regusto de su propia, íntima frescura y esa dócil y piadosa de los surcos de riego con que la tierra se sacia y perfuma, la misma siempre, aunque distinta en la mañana y al anocheecer; agua afanosa a la que siguen con premura briznas y pajuclas, como preguntándole algo que no alcanza a responder sorbida por la tierra cardada

Pero por más que la sensibilidad del poeta tenga tal aptitud para discriminar las diferentes impresiones, el tema inspirador forzosamente se agota. Por suerte para él un reciente sentimiento ha venido a renovar súbitamente su ideario poético. Hasta ahora la mujer había pasado por sus versos rozándolos apenas. En *Luz de la sierra* es una vaga presencia, que más parece la anunciación de algo que ha de llegar. En cambio, su última colección de este año, *El libro tuyo*, la mujer la llena toda, invocada desde la primera estrofa:

*En virtud del amor que te profeso
desciende hasta mi verso que te nombra.
Tan alto vas, que humildemente beso,
sobre mi corazón, sólo tu sombra.*

Un grande amor ha descubierto a Burghi una nueva vena poética, cuyo secreto no parecía conocer aún:

*No sabía Señor, que una palabra
puede cambiar el curso de una vida...*

Tal ha sido su segundo descubrimiento feliz, después del de la naturaleza. En su existencia se ha producido un milagro, y, ufano de su propia dicha, niño ingenuo y sincero, él ha de comunicarlo al verso, para guardar memoria de la gracia, que aunque fuera pasajera, tampoco Dios puede ya quitarle, pues

*alcanzará la luz de ese recuerdo
para alumbrar el resto de mi vida.*

Esta inquietud de perder lo que ahora posee aletea de continuo sobre las estrofas del libro; pero ¿qué importa? Más adelante dirá:

*Ya nada temo: ni vejez, ni muerte;
llevo luz para toda la existencia;
estás en mí como divina esencia
que me hace a un tiempo soñador y fuerte.*

Estos versos de *El libro tuyo* son desmaterializados, limpios de todo estremecimiento sensual, imágenes de raptos de contemplación y éxtasis a las cuales la naturaleza presta siempre algún sencillito elemento decorativo:

*Estás en mí como algo sólo mío,
en todo ensueño que mi numen fragua:
cual la luna espejándose en un río
que, desde adentro, ve correr el agua.*

Y asociando sus dos fervores, para alabar a la amada, en cierto momento no encontrará nada mejor con qué compararla sino con el agua,

agua de Dios para mi sed tan larga

cuyas metamorfosis, como añorando los ocios serranos, vuelve a describir con vario y delicado pincel.

La nueva cuerda suena con nuevos acentos, tan limpiamente como los versos que le inspiraba la montaña. Siendo distinto, este libro no desmerece del anterior, si acaso no lo supera en ciertas notas puras y emocionadas.

Tal es hoy este artista que ha ido ahondando en sí mismo de libro en libro hasta verse iluminado por la gracia de la poesía verdadera, al llegar a la madurez. Si con sus dos libros anteriores había descubierto en la naturaleza un venero de inspiraciones que remozaban nuestra poesía descriptiva —ya tratada dignamente por él en *Madre tierra* y *La senda familiar*, aunque todavía con técnica insegura,— con *El libro tuyo* se ha puesto en las letras argentinas contemporáneas en la línea de los líricos del amor de voz más grave y honda.

LETRAS DE LENGUA INGLESA

POR ARIEL MAUDET

PARA quien mira en su rededor el panorama ofrecido por las artes, las literaturas, las ciencias, las filosofías contemporáneas, no es precisamente alentador. Nada o casi nada de lo que nos acostumbraron a venerar queda en pie, y lo poco que aun parece sólido en nuestra civilización, se encuentra completamente carcomido por dentro. De allí la "inquietud" que se apodera de nosotros, de allí el éxito de las doctrinas sociales que afirman —notemos que nunca prueban— la inquebrantable fuerza y la indiscutible verdad de lo que sea. De allí también las conversiones a las disciplinas religiosas y el renacimiento de un rusionismo modernizado que impulsa a los que menos están armados para vivir en un mundo en derrumbe o a los que poseen la sensibilidad más afinada y el valor más auténtico, a huir de nuestra locura organizada, de nuestra desorientación espiritual y del desconocimiento sistemático de los valores fundamentales del hombre para refugiarse en el sueño realizable —y a veces realizado— de una vida libre en un mundo nuevo y virgen.

Este nombre de Rousseau, que tan naturalmente acaba de nacer bajo nuestra pluma ¿acaso no nos fué impuesto por la similitud que, inconscientemente, hallamos entre el mundo actual y el que nacido a fines del siglo XVIII tuvo su verdadera entrada en la Historia de las ideas en el curso del siglo siguiente? ¿acaso nuestra "inquietud" no es el nombre moderno del "mal du siècle" de la época romántica?

El mal del que padecemos hace tiempo que existe, desde que el hombre se apartó de la Naturaleza, —de aquel estado de primitiva inocencia de que nos hablan las Sagradas Escrituras—, para

apoderarse del fruto de la ciencia. Al principio, a penas si era perceptible para algunos seres de sensibilidad privilegiada, pero ahora cada día lo hace más agudo, menos soportable. Nuestro mal crece a medida que el divorcio que existe entre el hombre y la vida verdadera es más pronunciado, a medida que el mundo artificial que se ha fabricado lo aísla, lo presiona y lo esclaviza cada vez más.

Hoy día muchos son los que se han percatado de la existencia del problema que implica para el hombre el mundo moderno, y, quizá porque ya esta existencia se les hace insoportable, muchos son los que empezaron a revisar la escala de nuestros valores tradicionales, no sin trabajo y sin encontrar resistencias —y quizá, donde menos se las esperaban— pero comprenden que ésta es una labor que no puede ser demorada ya que se trata de nuestra salud física y mental.

Junto a esta clase de espíritus que, por naturaleza, se sienten más especialmente atraídos por la destrucción, existe otra que tiene, muy al contrario, el deseo de construir un mundo nuevo que esté hecho a la medida de la humanidad. Estos vuelven la mirada hacia el pasado, hacia las civilizaciones pretéritas, en busca del secreto de la armonía entre el hombre y el universo, entre el espíritu y lo telúrico.

Muchos son los que, con este fin, han estudiado, en el correr de estos últimos años, a las civilizaciones greco-latina, egipcia, caldea, hebráica y hasta orientales, sin contar a las incaicas y aztecas que hallaron, ellas también, sus estudiosos y entusiastas. Algunos, los menos, quizá los que eran impulsados por lo que he llamado el neo-rusonianismo, fueron a buscar este secreto en las sociedades primitivas.

Tiempo ha, efectivamente, que hemos advertido que los pretendidos "salvajes" poseen también una civilización que les es propia, dando a esta palabra el significado del Diccionario: "conjunto de ideas, ciencias, artes y costumbres que forman y caracterizan el estado social de un pueblo o de una raza".

El problema, el nuestro, está en saber si esta definición es aceptable hoy día. Yo creo que sí, siempre que la completáramos agregándole estas palabras: " y que les armoniza con el mundo natural y supernatural en que viven". Para nosotros, ese *conjunto* del que nos habla el Diccionario, sólo merece el nombre de civili-

zación si nos coloca armoniosamente en el lugar que nos corresponde en la escala de la Creación.

Este es el problema que, implícitamente, trata Tom Harrisson en su obra *Savage Civilisation* (1), cuyo título, a la par de constituir una declaración de guerra a las ideas comunmente aceptadas, ya demuestra la tendencia espiritual del autor.

Savage Civilisation es un estudio vivido y directo de los indígenas de las Nuevas Hébridas, de los que llamamos impropriamente: "primitivos", puesto que "de primitivos sólo tienen el nombre" (2) ya que "aquellos que nosotros llamamos "primitivos" tienen un pasado evolutivo tan extenso como el nuestro... "ya que su civilización, aunque dirigida en un sentido antagónico al de la nuestra, no desmerece por ello el nombre de civilización" (3). Obra de valor indiscutible ya que lejos de ser la de un sabio de bibliotecas, es la de un explorador que ha visto todo lo que cuenta, que ha vivido junto con los indígenas de aquellas islas remotas.

Tom Harrisson es un hombre joven, que no ha mucho aún era estudiante de la venerable Universidad de Oxford, donde promovió un escándalo de proporciones al publicar un folleto en el que ponía en ridículo a las pequeñas rencillas, las costumbres preteritas, las enseñanzas absurdas de la antigua casa de educación, en que se burlaba de todos los que, para demostrar su origen oxfordiano, hablan con esa afectación peculiar, que consiste en "imitar el balido de la oveja en celo", según Aldous Huxley.

Después de un viaje de exploración a Groenlandia, partió para Borneo donde permaneció largo tiempo estudiando las costumbres indígenas. Tras una corta estadía en Inglaterra, en 1933, toma parte en la expedición organizada por la Universidad de Oxford para estudiar a los habitantes de las islas del Pacífico. Sumamente interesado por lo que vió, quiso volver solo esta vez y por cuenta propia. Se dirigió pues hacia las islas del archipiélago de las Nuevas Hébridas, de las cuales exploró y estudió las dos mayores, Malekula y Espíritu Santo donde, según relatos fidedignos, aun existían indígenas que por haberse resistido tenazmente a la civilización euro-

(1) Victor Gollancz Ltd. London.

(2) SIR JAMES FRAZER: *The Golden Bough*.

(3) L. LEVY-BRUHL: *Les fonctions mentales dans les sociétés primitives*.

pea practicaban todavía muchas de las antiguas costumbres. Una vez desembarcado tuvo mucho que hacer antes de granjearse la simpatía y la confianza de estas poblaciones. Esta verdadera amistad nos explica cómo el autor pudo observar tan extensamente a los indígenas así como el gran interés de sus notas. Efectivamente, todo lo que sabemos acerca de los "primitivos" se lo debemos a los misioneros y a los exploradores. Los primeros, ya deforman profesionalmente lo que ven ya lo modifican inconscientemente; no pueden observar sino lo exterior, puesto que su hábito los aleja de todo lo verdaderamente íntimo. Los segundos también quedan al margen de lo que constituye las creencias profundas de los indígenas. Ambos sólo ven lo exterior de las cosas. Tom Harrisson, por lo contrario, logró hacerse aceptar por los habitantes de aquellas islas como si hubiese sido un hombre de su raza y color. Ha sido iniciado y por lo mismo pertenece a todas las sociedades más o menos secretas, a los "clubs" como los llama según la tradición anglo-sajona.

La popularidad del autor de *Savage Civilisation* entre sus amigos de color era tan grande, que cuando Douglas Fairbanks —el popular astro de la pantalla— llegó a Malekula en su yacht, éste pudo hacer una película valiéndose de los elementos del lugar y empleando como "extras" a los mismos caníbales. Porque estos indígenas comen aún carne humana.

Tom Harrisson escribe la historia de estas islas y nos pinta el cuadro de las relaciones entre los aborígenes y los blancos: una serie de masacres —la esclavitud—, de tal suerte que comprendemos fácilmente por qué estas islas que en un tiempo fueron excesivamente pobladas, hoy día apenas si lo son. Hasta la influencia de los misioneros, que fué benéfica en otro sentido, en éste fué desastrosa. Ya nos lo había dicho Rivers (1), cuando nos contaba que después que su religión y civilización tradicionales les habían sido extirpadas por los blancos, los Melanesios dejaban de procrear, y Alain Gerbault, no hace mucho, lo corrobora por lo que se refiere a los Polinesios.

Pero lo más interesante, quizá, no son estos datos históricos, sino lo que nos cuenta el autor de las costumbres sociales, de las

(1) *Kinsbip and social organization.*

creencias de estos indígenas. A través de su relato colorido comprendemos que, si bien esta civilización es inferior a la nuestra por todo lo que toca a la técnica, nos es superior por lo que toca al hombre, a su vida. Efectivamente, en la sociedad actual, y fuera de la Religión, todo se ha hecho para el hombre adulto, o mejor dicho, se había hecho, ya que hoy día parece más bien que es el hombre quien ha sido fabricado para el bien de sus creaciones mecánicas. Hoy día, el niño se encuentra aislado en un universo en que las personas adultas no pueden penetrar por carecer de imaginación, de frescura en los sentimientos. El adolescente sufre enormemente de esta situación y todos, si hemos olvidado el drama que acompañó a nuestra edad crítica, podemos observar alrededor nuestro el desamparo de los que pasan de la infancia a la edad adulta. En fin, el hombre también se encuentra aislado, no se siente por lo general, llevado, soportado por una fuerte corriente afectiva de carácter puramente humano.

El habitante de Malekula o de Espíritu Santo, por lo contrario, desde la infancia hasta su muerte vive envuelto en una cálida atmósfera de solicitud y afección. Cada vez que llega a una edad crítica tiene que sufrir una iniciación en que puede y debe demostrar las cualidades que le son propias y al final de la cual se halla en un ambiente psicológico eminentemente favorable a su desarrollo y a su tranquilidad espiritual. Nunca se siente solo, hasta podría decirse que, además de su personalidad propia, posee una personalidad común. Los miembros de un mismo clan se sienten estrechamente unidos, se sienten formar un solo ser. Cada individuo se siente en comunión con una multitud de otros seres, vivientes o no —ya que para ellos no existe una frontera bien marcada entre lo natural y lo supernatural—, por el intermedio de las creencias totémicas, del clan, de la *joint-family* —que podríamos traducir por la “gran familia”—, de los *clubs* o sociedades secretas, de las creencias religiosas y científicas, si se me permite emplear esta palabra. En las Nuevas Hébridas, cada ser humano *siente* su unidad esencial con todo lo que lo rodea: hombres, árboles, animales, montañas; *vive* esa unidad.

Sus artes, sus bailes, sobre todo, no son más que el resultado de este sentir. Tom Harrisson describe y nos muestra fotografías

de algunos de estos bailes rituales y nos sorprende la complicación de las figuras, la belleza de las mismas, y el extraño simbolismo que suponen. Inconscientemente influido por la vida que llevó durante largos meses, el autor nos demuestra sin quererlo la extraordinaria vitalidad de esta civilización, cuando escribe su hermoso poema *Cocoa nut Moon*.

Gracias a este libro comprendemos que vivimos sumidos en una ilusión peligrosa, la que consiste en creer que cada individuo constituye con su cuerpo y su espíritu un todo completo; comprendemos que los hombres son incompletos en sí mismos y más aun los hombres de hoy día. Estos no son más que un conjunto de pequeños engranajes materiales y mentales que marchan mecánicamente, seres no terminados, que funcionan con cierta regularidad pero que, a menudo, se descomponen o se hunden en un verdadero laberinto de inconsecuencias. Además, el hombre civilizado vive en un perpetuo sueño puesto que lo más claro de su tiempo es empleado ya en recordar su pasado y en imaginar lo que hubiese podido ser, ya en imaginar un porvenir estupendo. *Savage Civilization* nos demuestra que sólo el que llamamos salvaje sabe vivir, vive, ya que para él, solo el presente cuenta y existe. Cuando miramos a nuestros contemporáneos vemos que sus ojos, como lo decía Miomandre en *Direction Etoile*, nos muestran la angustia de los que comprenden obscuramente que no les es dado desarrollar las posibilidades de su ser, que son incapaces de arrancar su alma del caos mecanizado que ellos mismos han suscitado. Lo mismo que el Aprendiz Brujo hemos perdido nuestra alma por querer conquistar a los mundos inferiores de la materia y, junto a nuestras máquinas que no pueden reemplazar lo que hemos perdido, nos lanzamos en un baile loco, dirigiéndonos hacia nuestro propio anadamiento.

Hemos dado nuestras almas a la materia, yace en nuestras invenciones, en nuestro oro, en nuestras mercaderías; nos hemos apartado los unos de los otros sin comprender que en la unión de todos nosotros existe algo que nos complementa y que apacigua nuestras angustias. Un libro como el de Tom Harrisson es excelente puesto que gracias a él comprendemos que hay sólo una cosa que nos devolverá el equilibrio, que armonizará nuestro ser con el universo: buscar el camino que nos conducirá a Dios. Con buscar

bastará, pues ya Pascal lo ha dicho en su coloquio con Cristo: "no me buscarías, si no me hubieses hallado".



DURANTE más de treinta años, UPTON SINCLAIR hizo obra socialista denunciando al proletariado americano los abusos y la explotación del capital. En todas sus obras importantes, en todas aquellas en que el público lo premió con el éxito, fué desenmascarando a la civilización norteamericana, a la civilización capitalista. *The Jungle* fué la obra que abrió los ojos de los trabajadores americanos sobre los entretelones de lo que constituía anteriormente uno de sus orgullos nacionales: los mataderos de Chicago; *King Coal* denuncia al trust del carbón y *Oil* al del petróleo; *The Brass Check* pinta el mercantilismo, la venalidad y la amoralidad de la prensa yankee, sobre todo de los diarios llamados "tabloids"; *Boston* es el drama de la lenta agonía de Sacco y Vanzetti; *The West Parade* es la tragi-comedia que originó la ya célebre Prohibición, así como la descripción de la hipocresía del puritanismo anglo-sajón; *Depression Island*, —en un relato alerta, movido, pintoresco, impregnado de aquel humorismo propio de la raza—, reúne todas estas críticas mostrando el por qué del capitalismo, las leyes que dirigen su evolución y el enemigo con el cual tendrá que transigir tarde o temprano.

En su nueva novela, *No pasarán* (1), UPTON SINCLAIR nos cuenta la historia de un joven norteamericano de origen germano, Rudy Messer, sobrino de un gran fabricante de "delicatessen", quien, habiéndose relacionado por casualidad con un israelita, Izzy Bloch, socialista, poco a poco es convertido a las ideas "rojas"; rompe con su familia que, por tradición racial es hitlerista, y se embarca rumbo a España, junto con otros voluntarios norteamericanos.

Pasan por París y por fin llegan a España donde se reúnen con los voluntarios de la brigada internacional, en el preciso momento en que el general Franco lanza su ofensiva sobre Madrid. Rudy Messer y sus compañeros detienen las tropas nacionalistas mientras las milicias leales van siendo adiestradas a retaguardia. Las últimas palabras de la novela son: *They did not pass* — no pasarán.

No pasarán no es una obra literaria propiamente dicha, sino política, de propaganda a favor de los ideales socialistas y democráticos, obra en que la ficción literaria tiene poca importancia, pues sirve únicamente para amenizar la exposición del credo político y social del autor.



NO hallamos ninguna de estas consideraciones ajenas a la literatura en la novela de V. S. PRITCHETT (2). Si no piensa como Francis de Miomandre que la novela debe ser ante todo una obra de arte —ya que *Dead man leading* no

(1) *They did not pass*. Publicado por el autor. Station A. Pasadena. California.

(2) *Dead man leading*. Chalto and Windus. London.

lo pretende— sabe que en ella buscamos una biografía imaginaria e interesante, capaz de hacernos olvidar el color grisáceo de la nuestra. Sabe también que debe enseñarnos algo acerca de lo que más debe interesarnos: el hombre. Y es lo que hallamos en esta obra. En el género ilustrado por un H. Ridder Haggard y un John Buchan, ha logrado introducir un elemento que hasta hace poco pertenecía casi exclusivamente a los novelistas rusos: la influencia del ambiente. ¿Hubiese Harry Johnson reaccionado como lo hace, a no ser por la presencia agobiadora de la selva brasilera que le rodea?

Podemos afirmar que el personaje principal es esta selva, que es ella quien influye sobre la mente de los hombres y les impulsa hacia determinadas acciones. En la tragedia que conmueve a los hombres aparece como los dioses y el Destino en el teatro griego.

El hijo de un misionero protestante que desapareció en la jungla del nuevo mundo, Harry Johnson, llega a Brasil para reunirse con una expedición exploradora. El jefe de la misma es un inglés, Wright, y el tercer miembro blanco es un periodista, Gilbert Philips, enviado especial de un gran periódico londinense. Johnson ha abandonado en Londres a Lucy con quien tuvo relaciones amorosas, y la casualidad quiere que Wri^gth sea justamente el padrastro de la joven y que Philips sea uno de sus antiguos enamorados. Ninguno de los tres hombres está al corriente de la situación hasta que, por el último correo que reciben antes de internarse en la selva virgen, el jefe de la expedición recibe una carta de su hijastra en que ésta le revela sus amores con Johnson y la existencia de un hijo, consecuencia de estos amores. La situación creada afecta mucho al joven. Además el hechizo de la selva empieza a obrar sobre él, de tal suerte que para no ver más a sus dos compañeros abandona la expedición y se interna en la jungla en un vano esfuerzo para huir de su propia conciencia. Después de vagar varios días en medio de aquel extraordinario mundo vegetal, es encontrado por sus compañeros que salieron en busca suya. Para un hombre común, la situación sería de las más claras. Wri^gth no tomó trágicamente la revelación que le hizo Lucy, lo que desea es que Johnson regularice sus relaciones con su hijastra. Pero Johnson no puede pensar sanamente; sus reflexiones, sus palabras, sus gestos, todo nos muestra que nos hallamos frente a un hombre cuyo sistema nervioso está enfermo. La tensión interior llega a su máximo cuando Wri^gth muere en un accidente, mientras iba de cacería con Harry. Este sufre una terrible crisis y arrastra a Gilbert en una temeraria búsqueda de su padre, a quien cree hallar con vida. Una noche, en un arranque de lucidez, comprende que lleva a su compañero a la muerte y abandona el campamento para desaparecer él también en la jungla.

V. S. PRITCHETT logra en su libro una de las mejores descripciones del Brasil tropical y salvaje. Sobre esta tela de fondo, las personalidades de los tres blancos han sido magníficamente estudiadas. El autor, en un estilo fuerte, sabe hacernos comprender la acción de una naturaleza tan inhumana sobre tres hombres civilizados.

LIBROS Y AUTORES

SEGUNDA LIBERTAD, por Juan Zocchi. "La Facultad", Buenos Aires.

EL señor Juan Zocchi, escritor rosarino, fué conocido en nuestra ciudad por la desafortunada representación, en el Teatro Nacional de Comedia, de su obra *Martín Vega*, a la que calificó de "misterio gaucho". Esa obra y este libro que voy a comentar, debieron permanecer encerrados en su escritorio, a la espera de la clásica prueba del tiempo. Se me objetará que el señor Zocchi ya no es joven. Bien. El también podría agregar, en su descargo, lo que dice en el prólogo de *Segunda Libertad* para advertirnos que amontona palabras "en el vano lleno de soledad espiritual que deja la vida principalmente útil". Pero es el caso que el "misterio gaucho" subió al tablado como una especie de "anillo de los nibelungos" sin base mítica y este libro, con ser de alguna enjundia, carece del necesario reposo reclamado por la empresa intelectual que intenta.

Este libro, anterior a *Martín Vega*, puede servir de explicación al "misterio gaucho". Es claro que la obra teatral nada ganaría con esto. Pero el curioso o intrigado espectador saldría de dudas, a lo menos, para justificar la existencia de un pensamiento en la base de tanto verbalismo animado en la escena. Pero a ese espectador imaginario se le crearía entonces un nuevo problema: ¿qué me hago de esta pseudo-mística gauchesca? Porque este libro, lleno de entusiasmo verbal, aparece rebosante de peticiones de principios. Por apresuramiento, o por otras razones que el autor se sabrá, se giran aquí definiciones y conclusiones a granel, sin que en momento alguno aparezca en la base algo más que un concepto global y bastante vulgar del complejo histórico de nuestro continente.

La nebulosa es densa. Y vaya la declaración de que el comentario se siente provocado desde el prólogo hasta el final del libro. Es decir, desde la vaga afirmación del destino mesiánico del hombre rosarino en la cultura argentina hasta la invitación sorprendente a salir al mar para conquistar la propia imagen. Duro y pesado es el estilo, lleno de retorcimientos. Pero el lector adelanta páginas, en espera de la revelación. Está hablando de cosas nuestras, de cosas que nos interesan profunda-

mente y sobre las cuales hemos pensado y pensamos a menudo. ¿Por qué, si este hombre lo hace con tanto entusiasmo, no ha de darnos siquiera una sugestión que abra una trayectoria? Pero la sugestión no llega. Y no llega, precisamente, porque la ambición lo ciega. El señor Zocchi quiere darnos, él solo, casi una mitología argentina.

Yo afirmarí rotundamente que el señor Zocchi no conoce la realidad argentina. O que, si la conoce, ha utilizado siempre prismáticos de inconfundible procedencia germana. ¡Y que se me perdone la herejía! No he aludido en balde, antes, al anillo de los nibelungos. Y por otra parte, ¿no hablan sus personajes de *Martín Vega*, del Caballero Lohengrín y de Walquirias? ¿Y no lleva el nombre simbólico del Rhin el libro de versos de su principal personaje femenino? Bien se ve que pudo, el señor Zocchi, gastar menos agresividad al referirse a la ciudad de Buenos Aires, en el prólogo de su libro que comento. Los pecados nuestros, de los escritores porteños, son menores, en el orden de cosas de que habla, que los manifiestos en este libro. Acostumbramos a digerir mejor las ideas que nos llegan "del mar" y discernimos bien sobre los "cadáveres que nos arroja el océano", pese a ciertas algarabías de mocosos que no pueden tomarse como significativas.

El señor Zocchi desconoce, por de pronto, que nuestro problema fundamental, en punto a nacionalismo, es el que nos plantea el divorcio del hombre y el paisaje. Ahí está el punto neurálgico y la raíz dramática de nuestra frustrada individualidad. Y ese es un problema visible en el campo y en la ciudad. Es un secreto manifiesto, como diría Carlyle. Recorra el señor Zocchi el campo argentino, sin gafas ultramarinas. No es el gaucho quien tipifica la argentina: todavía está presente, e impera, el conquistador. La tierra argentina tiene carácter de lugar de forzada penitencia. Todavía nacen a millares los argentinos hijos de indígenas bastardos y de "extranjeros" desarraigados, reproduciendo el ambiente de la conquista. ¡Hasta el criollo, el mismísimo "gaucho", tiene ante la mujer más o menos indígena la actitud despectiva y humillante del conquistador español! La llena de hijos, en medio del campo, sin contraer responsabilidad moral ni material alguna.

¿A qué salir al mar si aún no hemos conquistado la tierra? ¿Qué cultura vamos a llevar a otros pueblos? ¿O el mar nos invita acaso a una empresa de conquista territorial? Mal que le pese al señor Zocchi, la Argentina no podría ofrecer otro fruto que esta cultura que elabora tan luego la ciudad de Buenos Aires; y en cuanto a conquistas territoriales, es mejor no conversar sobre el asunto. Tal vez cuando hayamos conquistado esa segunda libertad que estamos necesitando, la libertad económica, crearemos el tipo argentino de cultura y lo impondremos al continente americano. Yo no dudo de que éste es nuestro destino. Pero, mientras tanto, es necesario ser prudentes y no engañarnos con vanas palabras.

Yo quiero decir de-de aquí, con voz fervorosa, que existe un hecho cierto y auspicioso, del cual viene a ser prueba también esta obra del señor Zocchi: que los argentinos nos esforzamos por encontrar nuestra imagen; que hemos superado el complejo de inferioridad que tanto nos perjudicó. Cada día somos más numerosos los que hacemos pie en nuestra tierra. Sabemos que nuestro destino está aquí y este es el punto de partida inexcusable para la creación de una cultura y de un estilo de vida. Aceptando este suelo para nosotros y para nuestros hijos, acometemos espontánea y normalmente la más vasta empresa espiritual. De ese hecho surgirán las afirmaciones concretas de nuestra individualidad nacional.

No sé si incurro en una afirmación de tipo marxista al sostener que la voluntad nacional debe orientarse en estos momentos, y por algún tiempo, hacia la conquista de los medios propios de vida. Cortar el cordón umbilical que nos liga a Europa económicamente, sacudir el yugo que nos impone el capital financiero extraño, afirmar nuestra capacidad de dirigirnos y desenvolvemos libres e independientes, en una fórmula, completar la libertad política con la liberación económica. He ahí, a mi parecer, el programa inmediato que nos impondremos en procura de nuestra individualidad ulterior. Mientras tanto, el palabrerío resultará inocuo cuando no perjudicial.

Es fácil de advertir que esta simple actitud involucra un amplio programa de acción. Desde la escuela primaria hasta la alta política, todo debe ser cambiado para el cumplimiento de un tal programa. Pero siempre, y por mucho tiempo, insisto, apoyándonos firmemente en nuestra tierra, cuya conquista tenemos por hacer. Y sin vanos localismos. Y sin temor a fantasmas. Porque eso de levantar el fantasma del comunismo, ¡en nuestras tierras!, para combatirlo con el fantasma del gaucho, resulta simplemente infantil. No engañemos nuestro tiempo. Un escritor uruguayo dijo hace años, en carta dirigida a Alfredo A. Bianchi, que quedaban por hacer muchas revoluciones "de calzoncillo cribado" antes de que se presentara el comunismo. Y cada día es más verdad.

El tema da para mucho más, evidentemente. Pero no faltarán ocasiones de acomodar nuevas razones en esta trayectoria. Siento el tono casi polémico de este comentario. Pero cumplo en declarar que se debe, más que todo, a factores circunstanciales. Nuestra aspiración nacionalista está dando motivo a expresiones, más que lamentables, indignantes. Ante ello, estimo que la oscuridad y la confusión constituyen graves pecados. No hay nada misterioso en el nacionalismo, en el afán primario en que nos encontramos de darnos una patria. Y por eso es preciso que obremos con lealtad y con indeclinable sentido de la realidad. ¡Nada de mitologías, por Dios, y sí un brazo fuerte para trabajar este barro!

ROBERTO A. ORTELLI.

POR QUÉ FUÉ UNITARIO SARMIENTO, por *Ramón Doll y Guillermo Cano (h.)*.

EL folleto así intitulado comprende una ponencia presentada por sus autores en el primer congreso de historia de Cuyo. La materia de que se valen es exigua. Se trata de una carta de Sarmiento que arroja nueva luz sobre una anécdota algo difundida pero intrascendente, concepto éste que no comparten, como se verá, los autores de la ponencia. Siendo tendero en su mocedad, allá en San Juan, Sarmiento fué obligado a prestar servicio de guardias como alférez. Esta ocupación le impedía atender su negocio y sus lecturas, motivos éstos que fueron suficientes para que Sarmiento reaccionara de modo descomedido contra la orden del gobernador. La forma que asumió esa rebelión, según palabras del propio Sarmiento, constituye a los ojos de cualquier comentarista moderno y poco avisado, una grave insubordinación. Calificación que se agrava todavía si se tiene en cuenta la actitud altiva que el joven Alférez mantuvo frente al gobernador, por ese mismo motivo. Por eso, los autores de esta ponencia no vacilan en afirmar que Sarmiento mereció, por ese gesto, "que le pegaran cuatro tiros". Y si la cosa no ocurrió así —para desolación de estos *historiadores*— fué porque Sarmiento, según la carta que traen a cuento, se dirigió al gobernador en una "nota empolvada, untuosa, mendicante", al mismo tiempo que puso en movimiento algunas altas influencias en su favor. Esta actitud es duramente atacada por los ponentes. Se trataría, según ellos, de una "reculada un poco cobarde", propia de su "dualidad de carácter" y de su condición "envilecida". Y a tanto llegaría la ingratitud característica de Sarmiento, que en retribución a la clemencia usada para con él se convierte desde ese momento en unitario... ¡Ni Freud se atrevería a tal afirmación!

Difícil resulta seguir a estos *historiadores* en el degusto del jugo que pretenden sacar del documento en cuestión. No están solos por cierto en esa corriente apasionada. Existe, y es fácil reconocerlo, un clima propicio, aunque reducido, para estos ataques desordenados y furiosos en contra de la generación del 53. No nos podemos llamar a engaño en cuanto a sus causas generadoras y es lamentable que no sea advertido con claridad su precario destino. Ni vale la pena siquiera extenderse aquí sobre el particular. ¡Duros son los tiempos que vivimos! Y los ojos han de ver todavía mucha torpeza escrita. A Sarmiento le tocó una vez atender la interpelación de un diputado novato. Era entonces ministro. Escuchó con paciencia la crítica que se le dirigía. Y supo decir luego, en el recinto, y como síntesis de su pensamiento, que quien había criticado su acción era como el agua que descansaba en la copa apoyada en su pupitre: agua cristalina... porque aún no había servido para algo. "Loco" y ambicioso, con debilidades mezquinas, Sarmiento fué un realista que trabajó intensamente el barro argentino. Ensució sus manos en la tarea y admitimos que también ensució, en cierto modo, el destino del país. Pero su ruda y enérgica voluntad nos dió un destino. Fué el

formidable constructor que tuvo nuestro país, al salir de una aciaga anarquía. Y vengamos a decir todavía que la crítica dirigida contra él ni siquiera se refiere precisamente a sus errores personales sino a lo que fué el espíritu de la época en que vivió y que ha inspirado las instituciones que nos rigen en la actualidad.

Nuestro destino inmediato está exigiendo una rectificación histórica. Otra es, por lo demás, la realidad política y económica que nos rodea. Pero a esa rectificación histórica ha de llegarse por medios distintos de los escogidos por los autores de este folleto. La diatriba y la insidia son armas poco recomendables para la tarea. Y no es destruyendo las bases de nuestra nacionalidad como hemos de salir adelante. El triunfo del mote infamante —¡“Sarmiento se portó como un comunista de los actuales días”, se dice en este folleto!— es la negación de la inteligencia. La ponderación en el juicio y la mesura del ademán han de ser todavía, y por mucho tiempo, valores estimables de nuestra cultura.

ROBERTO A. ORTELLI.

TIEMPOS DE BUENOS AIRES, por *Sigfrido A. Radaelli*. Buenos Aires, 1936.

EN el prólogo del libro que vamos a comentar se hace un cargo injusto a la literatura y a la filosofía. Radaelli no puede ignorar que la “pura creación intelectual” como la “pura especulación”, tienen un sentido. No debió, entonces, decir: “Yo no sé si la literatura y la filosofía, la pura creación intelectual y la pura especulación, tienen o no tienen sentido”.

Lo que ocurre es que la historia, el derecho y la economía, lo poseen en una forma más visible, sin que por esto sea más eficaz que el sentido de la literatura o el de la filosofía.

En este libro, Radaelli estudia la vida interior de Buenos Aires en un hermoso capítulo y dedica otro a la Reconquista.

Para nosotros allí termina el libro. La sección *Cuaderno* es un conjunto de notas críticas que no debieron ser incluidas por múltiples razones, entre otras, porque malogran la unidad del libro y le restan méritos.

Radaelli es capaz —y ya lo ha demostrado— de hacer valiosos estudios de carácter histórico; estudios con unidad emocional y climática, ya que tiene un don maravilloso para la búsqueda de documentos.

“Cómo vivían nuestros abuelos”, es un capítulo para una gran obra. Si este joven comentarista hubiera agregado otro en que estudiara la vida del momento, *Tiempos de Buenos Aires* sería el gran libro que todavía espera nuestra ciudad desde los lejanos días de *La gran aldea* y *La ciudad indiana*.

A pesar de que con motivo del 4º centenario de la fundación de Buenos Aires han aparecido muchos volúmenes, no se ha escrito éste

que anhelamos. Y el crítico debe decir estas cosas porque entre sus deberes está el de colaborar en la tarea de hacer un libro. No está el crítico sólo para ver lo que se hace; también lo está para señalar lo que a su juicio debe hacerse. (Recordamos, de paso, que en una de nuestras notas hablábamos de estas cosas al juzgar *Hombres de la Organización Nacional*, de Agustín Rivero Astengo).

Continuemos. Efectivamente: "Por lo general los cultores de nuestra historia no han sentido curiosidad por las costumbres, por la vida interna del país, que es donde está su espíritu".

Tiene razón Radaelli. Por mucho tiempo los historiadores ignoraron donde estaba la materia histórica de un país. Debido a esta ignorancia, el verdadero fenómeno, o la célula del fenómeno, no interesaba nunca.

Los historiadores creyeron muy poco o no creyeron nada en el valor de los acontecimientos comunes. Dieron más importancia a la interpretación bélica de la historia que a la de los períodos de pura actividad económico-social. Buscaron, en lo patológico, la medicina para lo normal, sin darse cuenta de que es una verdad la afirmación de que la salud es una enfermedad de diagnóstico desconocido.

No es ese el camino. Radaelli que lo ha iniciado al estudiar la vida de los abuelos, debe continuarlo y la historia habrá dado un gran paso y Buenos Aires contará con el libro tanto tiempo esperado.

FRANCISCO SUAITER MARTÍNEZ.

BUENOS AIRES, ROSTRO DE LA PATRIA, por *Enzio de Cárcani*, Buenos Aires, 1937.

SORPRENDE este libro por su sencillez y por la intención que lo ha inspirado. No se aspira a nada que se relacione con el mundillo bibliográfico ni libreril. Posiblemente estas observaciones fueron recogidas sin el propósito de que un día se pudiera formar un libro con ellas.

De Cárcani es un extranjero que después de haber visto muchas ciudades del viejo mundo, se radica en nuestro país, porque la "Argentina no era la continuación de Europa, sino la tierra a que un europeo se trasplanta para rejuvenecer".

Como llegó Buenos Aires a fines del siglo pasado, desde el río no pudo contemplar una ciudad; la ciudad era, entonces, un bosquejo, un proyecto, una intención.

El autor no se queda en la gran urbe, a la cual regresa después de muchos años. Ahora la sorpresa no tiene límites ni es literaria. Es una sorpresa efectiva. Haber visto esta ciudad hace un cuarto de siglo y volverla a ver hoy es algo que realmente asombra. Por eso exclama De Cárcani: "Nunca fantasía de adolescente, excitada por lecturas de

fábulas maravillosas y de viajes fantásticos, pudo componer, con los recortes de las mejores fantasmagorías, una visión más sorprendente”.

De la estampa anterior hay que pasar al motivo fundamental del libro, que es ofrecer una visión panorámica de la actualidad argentina.

Con la sencillez a que ya hicimos referencia se abordan temas económicos, sociales y políticos. Es lástima, por esto, que formule apreciaciones tan categóricas sobre la historia de nuestras finanzas. Hubiera sido mejor no quebrar el tono cordial del libro y, desde luego, menos aun, quebrarlo erróneamente.

Hasta 1828 —dice el autor, refiriéndose a nuestro país— no se tenía *ni la noción* de los presupuestos. No es exacto. Nociones se tuvo desde 1810. “En el Acta de Mayo, dice en su *Tratado de Finanzas* el doctor Alejandro Ruzo, con ocasión del pronunciamiento popular inicial de nuestra nacionalidad, se consignó en la cláusula octava como una obligación de la Junta que asumía el gobierno, la de publicar en los primeros días de cada mes un “estado en que se dé razón de la administración de la Real Hacienda”.

Más todavía: en 1822, el ministro Manuel José García acudió a la Legislatura a solicitar la sanción del primer presupuesto y con tal motivo, expresa el doctor Ruzo, expuso la trascendencia que tal acto tenía.

Por otra parte el presupuesto es una cosa nueva en la vida de los pueblos. La palabra presupuesto —afirma Gastón Jéze— ha aparecido en 1802, pero sólo en 1814 formula el Barón Louis el primer presupuesto.

Antes de terminar con este episodio, agreguemos que es argentina la cuna del presupuesto sudamericano y que la deficiencia anotada, no resta valor al libro.

FRANCISCO SUAITER MARTÍNEZ.

VIDA DE JUAN MONTALVO, por *Oscar Efrén Reyes*. Quito. Ecuador. Edición del Grupo América.

A CASO ningún escritor de la América hispana soportó una existencia más conturbada que Juan Montalvo. La altura que conquistó, el éxito que le fué dado disfrutar y la resonancia de su nombre glorioso, no fueron productos exclusivos de su obra literaria. El panfletista, el polemista, el escritor de combate, el humanista, se habían impuesto en la conciencia de sus compatriotas, que así le conocieron desde su iniciación; pero, la fama del artista la valoraron cuando les llegó consagrada de París, trayéndoles los restos mortales del hombre que retornaba al Ecuador, desde el exilio, para acogerse al seno de la madre tierra. Sólo con la muerte, con el olvido y la paz, logró que todo el pueblo de su patria se detuviera a considerar el trabajo realizado por él. Vocero y defensor de la democracia no pudo hallar en vida, dentro de su país, la tranquilidad necesaria para realizar su obra. Su pan diario lo obtuvo de

la protección de sus amigos; sus torturas económicas redoblaron sus tormentos espirituales; las persecuciones políticas no le dieron cuartel. Nadie se sintió tan vejado, tan humillado, tan herido. Y sin embargo su destino era de eternidad. Ni Echeverría, ni Sarmiento, ni Varela pueden compararse, entre nosotros, con Montalvo, desde luego en lo que respecta a esos aspectos angustiosos que tuvo que soportar impuesto por las persecuciones políticas; ni las alternativas de su acción de luchador pueden darse con las características de nuestra historia. Con quien ofrece mayores contactos, es con Juan Bautista Alberdi, por el carácter de su labor y el proceso preponderante de su pensamiento liberal que, por sobre todas las eventualidades, aceptó como un deber al que no puede renunciarse sino con la vida. Por otra parte, la claridad de sus opiniones se manifestó tempranamente; ello dió a su obra una perfecta unidad, ya que su línea de conducta fué idéntica y total en tarea aguerriada.

Los innúmeros rasgos sabrosos que otorga la vida y la obra del autor de los *Siete Tratados*, le destacan de una forma especial para crear una biografía extraordinaria. Sus pasiones, sus afectos, sus simpatías y diferencias, y sobre todo sus odios, tienen un carácter netamente tropical, — mientras su obra está profundamente influida por el pensamiento europeo de su época—. Juan Montalvo aceptaba la existencia oscura en América, la pobreza dentro de su país, y en cambio, en Europa alcanzaba fama de “dandy” y señor mundano. Sabía, pues, hacerse al medio y soportar sus dictados sin sentirse vencido o impuesto. Era el león —como gustaba llamarse—, el combatiente, y no admitía que su pluma fuera confundida con una cuchara; —su pluma, que sabía matar!— Tuvo adversarios grandes y pequeños; no quiso olvidar a ninguno, dado que todos conspiraban por igual contra la libertad de su patria. El civilizador, el cristiano, el hombre del siglo XIX, luchaba contra los elementos de la edad media que, representados por Gabriel García Moreno, presidente de la Nación, y el clericalismo, su aliado más fuerte, mantenían el terror en una forma inquisitorial.

Oscar Efrén Reyes, autor de esta biografía de Montalvo, se detiene minuciosamente en torno a los aspectos privados y públicos de la vida del héroe. El extenso volumen que le dedica guarda la escrupulosa severidad de la crónica; no ha querido el historiador crear una simple pieza literaria. Es evidente que cada capítulo de la misma contiene los elementos verídicos que surgen de los antecedentes que en gran número emplea Efrén Reyes. La figura de Montalvo, su acción, su pensamiento, su intimidad, su pasión, surgen con un tono viviente, fiel a las situaciones y a los hechos, respondiendo al temperamento y los gustos del hombre y a las imposiciones sociales y materiales en que le tocó actuar. Ese desplazamiento de la anécdota dudosa, de las invenciones fantásticas para crear un tipo, hacen que esta *Vida de Juan Montalvo* conserve la frescura del recuerdo latente, y el calor de aquella vida apasionada. Un desfile de hechos y panoramas, de anécdotas y

hombres prodigiosos, da a este libro americano ese sabor autóctono que nos individualiza y ayuda a comprender nuestro presente, en el que dominan las fuerzas dramáticas del pasado, latentes aún en la organización social y política de América.

LÁZARO LIACHO.

TODA RABA, por *Nicolás Kazan*, Ediciones Errilla, Santiago de Chile.

CONOCIAMOS las opiniones más diversas y encontradas; los libros larga y serenamente meditados; los llenos de ideas y los de inspiración, de autores ilustres algunos. Sabíamos también de las alabanzas desmedidas y de las críticas duras y enconadas; y todos se quebraban por la base que les era común, libros apasionados, libros de combate; se estaba en uno u otro frente y se luchaba aquí como allá: siempre el pro y el contra frente al gran experimento social de la Unión Soviética.

Ora afirmando, ora negando, todos creyeron decirnos con más o menos sinceridad su verdad, verdad del viajero, con palabras definitivas. Pero no sabíamos de una obra como ésta de Nicolás Kazan, objetiva y humana, por lo mismo asaz triste. Su autor, con un grupo de intelectuales de todas latitudes nos pasea por el inmenso territorio ruso: obreiros, funcionarios, escuelas, pozos de petróleo, estaciones eléctricas, dirigentes, burócratas; restos de aristocracia y burguesía, desechos de humanidad. Se trabaja activamente; la vida es intensa, frenética y el hombre se gasta pronto. Otros surgen en masa de las comarcas más lejanas, de la inmensidad de las estepas y del fondo de los bosques rusos y los reemplazan. "La idea está joven aún: es voraz. Quiere hombres". Es Rusia una fábrica gigantesca; se fabrican máquinas, se fabrican espíritus.

Tres impresiones fundamentales nos da el libro: La realidad rusa no existe; está haciéndose. No busca conexiones lógicas, severas; la realidad rusa está llena de contradicciones, de hechos lógicamente inexplicables, de restos de viejas realidades; otras realidades abortadas persisten aún, monstruosas; cosas nuevas comienzan a vivir, y poseen todavía la torpeza, la complejidad y el encanto de un recién nacido. Moscú es ahora el centro de la tierra, la encrucijada sagrada en que se unen el Oriente y el Occidente, el Norte y el Mediodía. Moscú es la rosa de los vientos. Su cuerpo y su alma son mosaicos hechos de todas las razas y de todos los anhelos. El Caos, he aquí la primera gran impresión. La segunda tan simple como significativa: se ha entrado en una fortaleza de sectarios. El enemigo se acerca; Moscú se prepara para la guerra. En paseos, escuelas, fiestas, fábricas, oficinas, en todas partes se respira el ácido olor a pólvora; una amenaza y una esperanza en cada cerebro. Del más fuerte será la razón. La preparación para la lucha se está haciendo con fe, con profunda fe y ésta siempre ha dado el fruto de inevitable consecuencia. Agrupa los esfuerzos, establece el orden; y el pueblo ruso lo ha comprendido, de ahí que surja clara y espontánea la

tercera impresión: Se revela una unidad profunda en todas estas muchedumbres heterogéneas: La individualidad está sometida a un ritmo superindividual. La llama que quema en la U. R. S. S. a los grandes comunistas es superior a sus pequeñas individualidades. Es la llama de un demonio.

Pero por sobre todas las cuestiones de ideología nos cautiva el hombre que nos brinda *Toda Raba*; el hombre sin remilgos ni afeites, hombre con sabor a tierra; flor de ella, con sus purezas y sus imperfecciones escapando jadeante de las letras apretadas de la literatura para entrar en la vida eternamente contradictorio, trayendo consigo, penosamente, la bolsa miserable y sublime de su existencia repleta de amores, odios, bajezas, humillaciones; cuanto hay de santo y puro formando íntima amalgama con lo infecto y execrable.

Sentimos que nos tocan y nos hablan —Sou-Ki, Azad, El Hombre de las Fuertes Mandíbulas, Rahel, Amita y Geranos— porque todos ellos son gotas de vida resbalando por las páginas del libro, más que páginas, tortuosos senderos de humanidad. Vemos que por ellos avanzan, retroceden, cantan, lloran; lo más cierto es que sufren. Que sufren y dudan; a veces se arrepienten. Cuando quieren oír la voz del corazón sienten dudas atroces y torturantes, saben y comprenden que la idea está joven aún, que es voraz y quiere hombres, se enternecen hasta las lágrimas pensando en la prometida flor pálida de una humanidad superior y pasan de un sentimiento a otro con igual vehemencia: la idea es voraz, quiere hombres; nace y se desarrolla en la sangre, pero las víctimas fueron muchas. ¿Se necesitarán muchas aún? ¿Será verdad que ha de abrirse un día incontaminada y buena la flor hermosa y pálida? Tamaño sacrificio ¿no será vano?

Mas la juventud es fuerte y animosa; se ha nutrido con la leche acerada y fría que manan los pezones rígidos de la Revolución; el tiempo no espera; ellos lo saben y no lo prodigan en floridos y sentimentalismos. Los comunes dolores, las tragedias íntimas parecen no tener cabida en sus pechos; ni siquiera averiguan si sus padres los comprenden o no; los apartan como a trastos viejos y como a tales, los desprecian; ni miran qué pisan: para subir preciso es tener algo bajo los pies. Si ese algo es de bulto y los acerca a la materialización de la idea, tanto mejor. Máquinas ellos mismos, sólo les preocupa la máquina. No sabemos hasta dónde será de duro o blando su corazón, les creemos sinceros y abnegados y comprendemos su impaciencia, mas no ignoramos que los grandes cambios se producen lentamente y que el progreso llega más lentamente aún. Creemos que un día, acaso no muy lejano, la máquina hará la felicidad de millones de seres, pero no podemos sustraernos al deseo de repetir con Anatole France: "No es un sueño. La maquinaria feroz que muele en las fábricas las carnes y las almas, será doméstica, íntima y familiar; pero de nada servirá que las garruchas, los engrana-

jes, las bielas, las manivelas, las excéntricas y los volantes se humanicen, si los hombres conservan su corazón de hierro”.

La interrogación es enorme, cruel, estremecedora, desconcertante; parecería que la bondad, la justicia, la felicidad son sueños contrarios a la naturaleza humana: pero ¿quién se atrevería a afirmar que con mejores medios de vida no se apaciguaría la bestia feroz que el hombre guarda en su corazón?

En tanto esperemos, con Geranos, cambios más portentosos aún y veamos la realidad como él la ve, con paciencia, confianza, terror.

Que confianza y terror, esperanza, duda, dolor y a veces honda y sutil poesía hay en Nicolás Kazan; un nombre con voz propia en la literatura contemporánea.

OSCAR BIETTI.

LEÓN BLOY, por *Jacques Maritain*. Traducción de Antonio Vallejo. Editorial “Adsum”, Buenos Aires.

PULCRAMENTE impresa por Colombo, ha sido publicada la Conferencia que Jacques Maritain pronunció en los Cursos de Cultura Católica en octubre del año pasado, durante su estada entre nosotros. La traducción, no menos pulcra y fiel, es de Antonio Vallejo.

Es conocida la influencia que el contradictorio autor de *Le mendiant ingrat* tuvo en la formación de nuestro huésped, que admiró su obra y fué su amigo. Los unió una encendida fé. Sus vidas seguían una trayectoria externa bien disímil; pero en sus almas brillaba la misma luz.

J. H. Rosny, aíné, que no trata a Bloy con guante blanco precisamente, dice en sus *Memoires de la Vie Littéraire*: “Bloy fut un des hommes qui me fit le plus réfléchir au problème de la foi”. Y es que Bloy tiene un tono profético y una fuerza misionera en sus palabras, que despiertan en las inteligencias el ansia del conocer. Maritain define así su obra: “Un signo, un don del alma, un ventanal en cuyos vidrios se dibujan por transparencia los incendios interiores”. Esto en cuanto a lo espiritual, que por lo que respecta a la envoltura dice: “Encontramos en él la misma riqueza verbal de un Rabelais, por ejemplo, o de un Victor Hugo, el mismo genio de la lengua...”

En el breve contenido de ochenta páginas —una hora de charla— Maritain traza un perfil acabado de la persona, la vida y la obra de aquel famoso libelista del siglo XIX, que con Villiers de l'Isle-Adam y Barbey d'Aurevilly —sus grandes amigos— forma esa trilogía magnífica, orgullo de las letras y el catolicismo francés. Y es que Maritain ha puesto en su empeño el cálido cariño del amigo y del admirador junto al conocimiento y la comprensión impecables de la obra de Bloy. La silueta del hombre es tan animada, nos presenta su vida con tal realce y las directivas esenciales de sus escritos con tal precisión y nitidez, que

se levanta en las páginas de Maritain un Bloy de carne y hueso, iracundo y terrible, "vituperador de las grandezas del siglo", testigo denunciador del fango de la sociedad que lo rodeaba, con su sola presencia de *mendigo ingrato*, de *peregrino de lo absoluto*...

Bloy era de ascendencia española por línea materna. Y entre sus maestros y guías Donoso Cortés no fué quien menos influyó en él. Encontramos, pues, un entronque de su encendida fe, de sus tonantes requisitorias, en el espíritu peninsular con el que tantos rasgos lo identifican: el espíritu de los apóstoles, misioneros y soldados españoles de la fé. Bloy entendía ser un testigo de Dios, dice Maritain. ¿Queréis más identidad española? De hombres así está amasada la historia de España.

El violento lenguaje de Bloy era como una cortina de fuego con la que defendía su timidez. Maritain lo llama "recurso defensivo contra el espíritu mundano". Y así era. Oíd estas palabras suyas de las *Meditaciones de un solitario*: "¿Cómo podría arreglármelas para soportar el contacto de los mismos católicos, de estos católicos modernos que creen posible unir al cadáver del pasado la carroña de nuestra época, y que sueñan con no sé qué restauración de la vieja Bastilla real, en la cual reservarían la casilla del perro para habitación de Nuestro Señor Jesucristo?"

El hombre que decía: "la cólera no es más que el hervor de mi piedad" podía hablar encolerizado porque todo él era una fuente de caridad.

No es el breve marco de una nota bibliográfica lugar para hacer ni siquiera someramente un estudio de Bloy; apenas ocasión para incitar a su lectura y estudio. Y en el caso presente, aplauso para la editorial Adsum que ha hecho traducir y publica la por todos conceptos excelente conferencia de Maritain, la cual permite conocer bajo sus principales aspectos al autor de *Le Désespéré* y servirá para despertar, en quienes deseen profundizar el conocimiento de Bloy, el deseo de leerlo íntegramente.

Bloy es una lectura siempre actual. Y hoy más que nunca.

E. S. C.

CARTA A JACQUES MARITAIN, por César E. Pico. Buenos Aires, 1937.

LA Editorial Adsum ha publicado esta carta "sobre la colaboración de los Católicos con los movimientos de tipo fascista", dirigida por uno de los intelectuales argentinos que más seriamente ha encarado entre nosotros los problemas sociales desde el punto de vista católico, al gran filósofo francés, reputado asimismo como el más alto representante en Francia del pensamiento inspirado en las doctrinas de Jesús.

La posición de Maritain ante la guerra civil española ha originado una discrepancia de opiniones que ha ido aumentando con rapidez, entre el filósofo y sus correligionarios, mejor dicho entre el hombre de ac-

ción y otros hombres de acción, unidos por la misma fe religiosa pero separados por sus actitudes ante los sucesos, porque los puntos de mira opuestos o divergentes del uno y los otros no tienen atinencia al credo que los liga sino a la conducta frente a determinados hechos.

Maritain, por algunas de sus intervenciones en sucesos relacionados con la guerra civil española, puede decirse que se ha venido inclinando, si no decididamente, al menos en forma tácita, hacia el frente popular. Los católicos argentinos son opositores al gobierno de Valencia, con mayor razón después de las abiertas declaraciones del episcopado español y el tácito reconocimiento de Franco por la Santa Sede. De ahí los choques, violentos a veces, que la actitud de Maritain le ha originado en el campo religioso.

El catolicismo se opone a los regímenes totalitarios por principio, sean de derecha o de izquierda: ésta es la posición ortodoxa. Y de ella, claro está, no se apartarán quienes observan las directivas de la fe. Maritain hace hincapié en ello y de ahí sus proceder. Pero, *¿la realidad española permite discernir si el origen electoral del gobierno de Valencia y el revolucionario del de Franco se han venido manteniendo desde el día de su iniciación dentro de la pureza del concepto?* Este es el problema y no otro para tomar posiciones dentro del terreno ortodoxo. Las palabras han perdido su significado desde el 1º de agosto de 1914. Ellas llenan la sola función de servir al hombre para disimular sus pensamientos... y sus actos, diremos nosotros. Se han originado guerras de no pequeña duración, en estos últimos tiempos, sin que, según las palabras, hubiera "estado de guerra". Mantener el espíritu de un vocablo cuando ha caído en desuso significa ponerse al margen de la realidad. Esta es la que puede guiarnos: los hechos con su verdad tangible e incontrovertible.

Mediante el examen de los hechos el Dr. César E. Pico, manteniéndose al mismo tiempo dentro de la más rígida doctrina católica, prueba la equivocada posición de Maritain. Elegir de dos males el menor es tan lícito que a nadie se le ocurriría impugnar la decisión tomada a base de tal principio. El error puede existir en la determinación del mal menor, es cierto; pero los hechos abrumadoramente tangibles e incontrovertibles no dan lugar a que la duda prenda en las inteligencias claras y exentas de preconceptos, subconcientes deseos o conveniencias personales. Y si, además, la jerarquía ilumina el campo de duda para favorecer el esclarecimiento de la verdad, sólo por obstinación no podrá ser captada ésta.

"Colaborar no significa adhesión incondicional" concluye el Dr. Pico. "Es menester reservar una independencia a su respecto (el de la colaboración) que asegure decorosamente la retirada en caso de que adopten doctrinas y procedimientos francamente incompatibles con el dogma católico y la libertad de la Iglesia. Desde un punto de vista práctico, esa colaboración de los católicos, en su calidad de ciudadanos y no en cuan-

to súbditos de la Iglesia —porque ésta no tiene por qué vincularse directamente con los negocios temporales— será una garantía eficaz para que el fascismo se concilie con las normas del derecho tradicional, respete la dignidad de la persona y evite la estatolatría totalitaria”.

Tan es así, decimos nosotros, que por eso precisamente, para evitar que “el fascismo se concilie con las normas del derecho tradicional, respete la dignidad de la persona y evite la *estatolatría totalitaria*”, sobre todo, Hitler ha intensificado su persecución contra quienes saben pueden limitar la desorbitación de sus poderes. Como lo hizo Moscú, otro régimen totalitario, desde un primer momento.

La *Conclusión* de la carta del Dr. Pico a Maritain forma una página serena, henchida de ideas que incitan a la meditación.

Escrita toda la carta en un tono alto, digno y serio, es un documento que da categoría al pensamiento de su autor y por ende al argentino.

E. S. C.

LA NUEVA HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, por *Rómulo D. Carbia*. Buenos Aires.

ESTE trabajo fué publicado por el Dr. Rómulo D. Carbia a fines del año pasado, como anticipo de una obra mayor en tres volúmenes, con reproducción facsimilar de documentos. El Dr. Carbia reserva para esta última las explicaciones in extenso; pero en este tomo, que llamaremos “folleto” porque así lo quiere la modestia de su autor, deja bien sentada su tesis contraria a la versión tradicional del portentoso hallazgo de 1492.

Muchas polémicas ha habido en torno de la investigación de este paciente erudito; algunas agrias, muchas injustas, y casi todas desviadas del terreno de lo puramente científico. La nota elegíaco sentimental, data de muchos años atrás; ya hace tiempo que el sapientísimo Serrano y Sanz en su *Vida y escritos de Don Hernando Colón* —proemio a la edición castellana de *Le Historie* de F. Colón— ante las afirmaciones de Carbia que atribuye el libro del supuesto Fernando al P. Las Casas, *argumentaba* así: “¡Pobre Fray Bartolomé de Las Casas! Ayer el apóstol de las Indias, casi o sin casi, un santo; hoy un truhán de bajísima estofa, un cínico embustero, que en su celda monástica falsificaba documentos llegando a componer una historia de Cristóbal Colón que atribuyó a don Hernando y luego la citaba como fuente inapelable de verdad!” (pág. CXXIV). Y más adelante agregaba: “...siempre que hizo uso de documentos, mostró una buena fé que sin razón se le niega, etc., etc.” Olvidaba el maestro el episodio de Las Casas con los PP. Jerónimos, y olvidaba también lo que él mismo escribió en *Orígenes de la dominación española en América*, donde presenta a Las Casas como historiador que da noticias “poco exactas”, víctima de “delirios”, etc., etc. La

actitud plañidera del sabio español ha sido adoptada por muchos que no son dignos de desatar la correa de su sandalia. Pasaremos por alto los incidentes del XXVI Congreso de Americanistas, porque son bien conocidos: la mayoría de los congresales no tuvo la serenidad de juicio indispensable; se diría que nombrar a Las Casas era como arrimar el fuego a la santabárbara. La crítica sería, sin embargo, hizo justicia al representante argentino. El profesor Roberto Almagiá, después de manifestar que la memoria presentada al Congreso por Carbia (1935) importaba una revisión crítica *ab imis fundamentis*, que debe considerarse *respetuosamente* por el "spirito di coscienza e obiettività col quale l'autore si è accinto alla grande impresa", concluye declarando que el trabajo del investigador argentino "è forse il più importante contributo arrecato, negli ultimi venti anni, alla critica colombiana". (*Bulletin of International Committee of Historical Sciences*, tomo consagrado a la *Historia de los grandes viajes y de los grandes descubrimientos* que ha dirigido el prof. Eugenio Dèprez, vol. VII, parte IV, pp. 457-467). Este *Boletín* es el órgano oficial de la institución máxima internacional en el campo de las ciencias históricas.

Archeion, en su número de octubre-diciembre 1936 (pág. 408), inserta una nota de su director, el profesor Aldo Mieli, en la que deja constancia de que el último trabajo del Dr. Carbia, titulado *La Nueva Historia del Descubrimiento de América*, es una "publicazione importante, che pone sotto un nuovo aspetto tutto il problema colombiano, e apre la via ad ampie e feconde discussioni..." (*Archeion*, es el órgano oficial de la Academia Internacional de Historia de las Ciencias, con sede en París).

A pesar de esto la polémica continúa, y continuará sin duda hasta que aparezcan los tres volúmenes prometidos. No son necesarios, sin embargo, más que para apuntalar lo accidental. Nada tenemos que objetar a los defensores de la tesis tradicional cuando la defienden en el terreno científico; más aún, consideramos indispensable la discusión, y hasta comprendemos y nos explicamos la polémica. Pero los impugnadores de Carbia se apartan de este terreno para recurrir al muro de los lamentos, o bien para *negar* en forma categórica, y sin dar los ineludibles por qué. Recordemos, para no citar más que uno, el caso del *Memorial de Agravios*: esta pieza fué insertada por la Duquesa de Alba en los *Nuevos Autógrafos*, y reproducida facsimilarmente por Tacher en su *Columbus*. El texto, con algunas variantes, publicado por Navarrete fué buscado sin éxito en 1892 cuando se publicó la *Raccolta Colombina*, hasta el punto de que Vignaud lo consideró perdido. Sin embargo, Carbia ha tenido la suerte de hallarlo en el Archivo de Indias registrado con el N° 41 del legajo 295 de la Sección Patronato, y posee una reproducción fotográfica. Yo, que he sido su discípulo, *he visto la fotografía con mis propios ojos*. Pues bien, se le ha negado tal hallazgo. Naturalmente, es fácil para

Carbia demostrar lo contrario; pero esto nos indica que el que así "argumenta", no argumenta.

Es hora de dejar a un lado el aspecto sentimental del problema, para que la verdad pueda abrirse paso. El P. Las Casas, es un testimonio dudosísimo, mal que les pese a los enemigos de la gloria de España. La revisión crítica resuelta por el XXVI Congreso de Americanistas (Sevilla 1935), importa el triunfo de la tesis Carbia en el terreno de los hechos, que es el que aquí interesa. Mientras tanto los profanos debemos adoptar una actitud de *respeto*, para que los eruditos contesten a las razones con razones, y a los documentos con documentos.

La Nueva Historia del Descubrimiento de América abre una brecha en la muralla china de la versión tradicional del hallazgo de 1492.

MIGUEL ALFREDO OLIVERA.

TRES ESTAMPAS DE SAN JUAN, por Juan Pablo Echagüe. El Bibliófilo. Buenos Aires.

EL libro hermosamente presentado se vuelve cada día más raro en la librería argentina, que va acostumbrando al gran público —y más al amparo de la escasez o carestía del procedente de las editoriales españolas—, a ediciones, verdad que baratas pero impresas en papel ordinarísimo, en tipos pequeños, sucios y cargados de erratas. Por eso se saluda siempre con agrado el libro que sale de nuestras prensas limpiamente impreso, en papel de calidad, tanto más si la presentación decorosa realza un texto de noble inspiración y pulcra lectura. Tal es el caso de las *Tres estampas de mi tierra*, publicada por JUAN PABLO ECHAGÜE, en un volumen *in-quarto*, impreso en gruesos caracteres Garamont, con el pie de imprenta de "El Bibliófilo", y la fecha de 1936, avalorado además por ocho aguafuertes de Raúl Veroni, tan finas como vigorosas.

Se trata de tres cuadros de la vida sanjuanina, evocados por JEAN PAUL, el brillante crítico porteño, natural de San Juan, con tanto sabor de época como emoción. Dos de ellos, *La pericana* y *El gallo de doña Paula*, son páginas de recuerdos infantiles, compuestos con frescura y brío que las vinculan necesariamente en nuestro espíritu con el libro prócer de San Juan, *Recuerdos de provincia*, el cual todavía inspira a nuestros escritores contemporáneos. *El gallo de doña Paula* es un cuadro de ambiente que muestra en varias descripciones —la del animal y la de la riña— coloridas y eficaces, a un artista completamente seguro de sus recursos, que escribe además en una jugosa prosa castellana.

R. G.

LEOPARDI, por *Oreste Ciattino*, B. A., 1937.

EL profesor Oreste Ciattino, prestigioso enseñante de Lengua Italiana en nuestras escuelas, autor de varios interesantes trabajos sobre Dante, así como en 1935 conmemoró el centenario de Carducci con una valiosa monografía, ha contribuido este año con un ensayo crítico brillante y personal, a la celebración del centenario leopardiano. En un opúsculo de apenas unas setenta páginas breves, no cabe ciertamente toda la obra del poeta, ni ha pretendido ponerla el autor, quien sólo se propuso reconstruir un capítulo de la historia de aquella alma, por cierto el más apasionante, el que narra el proceso que llevó a Leopardi de los fervientes anhelos y risueñas ilusiones del amor, al pesimismo y la desesperación. El análisis de los sentimientos del poeta, fundado sobre sus versos, sobre sus cartas, sobre sus diálogos, está hecho con aguda maestría y cierta originalidad crítica, en la medida en que lo consiente materia ya tan estudiada: la influencia ejercida sobre el pensamiento y la poesía de Leopardi por los dos sentimientos del Amor y la Muerte. La información corre pareja con la agudeza del análisis. No son lo menos interesantes del libro, las notas, nutridas de observaciones propias y útiles noticias bibliográficas. En ellas principalmente, aunque de un modo sumario, se trata un importante aspecto de la obra leopardiana: sus relaciones con el pensamiento de otros filósofos y poetas, y sus resonancias en el extranjero.

Este ensayo tiene además otro mérito: el de la valentía con que estudia el despertar del instinto sexual en Leopardi, sin procurar velar la verdad con pudibundas ocultaciones. Excelente es también el examen de las raíces biológicas y filosóficas del pesimismo leopardiano, en el cual el crítico distingue sutilmente dos períodos.

R. G. *

LOS RETOQUES A MI REGRESO DE LA U.R.S.S. de *André Gide*, correctamente traducidos por Ernesto Palacio (*Sur*), valen más que el *Regreso*, porque son un testimonio más sincero. Ahora Gide confiesa francamente su desilusión y la fundamenta. Amigo de la verdad, la prefiere al Partido al cual está afiliado. No quiere ser un recluta complaciente, que engañe a sabiendas a los obreros de Occidente.

Estos son libros útiles para abrir los ojos a los fanáticos de uno y otro bando contrarios. No, Rusia no es el infierno, porque se hacen ahí muchas cosas grandes y nobles; pero la revolución que había de asegurar la felicidad y libertad del hombre, en el régimen stalinista ha fracasado. La vida del obrero todavía presenta en muchas partes aspectos miserables; no hay libertad del pensamiento, ni libre crítica; el analfabetismo está lejos de ser liquidado, como se esperaba; la merma de la producción, así como la mala factura aumentan; el obrero es esclavo de su usina, el trabajador rural de su *koljbose* o su *sovjbose*;

la delación es una virtud cívica; las deportaciones suman millares; las ejecuciones inicuas también son muchas; el corazón languidece por falta de empleo; hay salarios insuficientes mientras otros son desproporcionados; surge una nueva clase privilegiada; la burocracia es un formidable instrumento de dominación; las elecciones se hacen de arriba abajo y el proletariado está amordazado; todo contacto real se ha roto entre el pueblo y los que pasan por representarlo; en fin, todavía hay miseria, irritante desigualdad y sobre todo, explotación y opresión, habiendo variado el opresor, que no es ya el capitalismo, sino una máquina gigantesca, inhumana, sin rostro y sin piedad contra la cual no se sabe cómo rebelarse, porque no se sabe a quien acusar. Sin embargo, reconoce Gide, "el pueblo ruso parece feliz". . . "En ninguna parte como en U.R.S.S. el pueblo, aun la gente que se cruza en la calle (por lo menos los jóvenes), los obreros de las fábricas que se visitan, las multitudes que se reúnen en los lugares de descanso, de cultura o de placer, ofrecen un aspecto exterior tan riente". Su opinión, por testimonios que ha recogido, es que no en todas partes es igual, que dejando los grandes centros y apartándose de las rutas turísticas, la miseria salta a los ojos; y luego agrega: Además "la miseria en U.R.S.S. está mal vista. Se esconde. Se la diría culpable. Se expondría, no a la piedad, a la caridad, al socorro, sino al desprecio. . . Si todo lo que vemos en U.R.S.S. parece alegre, es también porque todo lo que no es alegre se hace sospechoso; es porque resulta extremadamente peligroso estar triste o, por lo menos, dejar transparentar la tristeza". ¿Exageración de un hombre exacerbado por los ataques de que ha sido objeto? ¿*Parti-pris* pesimista? Sin embargo, Gide no ha perdido su fe revolucionaria. "La U.R.S.S. —concluye— no es lo que esperábamos que sería, lo que había prometido ser, lo que se esfuerza todavía por parecer; ha traicionado todas nuestras esperanzas. Si no aceptamos que éstas vuelvan a sucumbir, debemos ponerlas en otra parte. Pero no desviaremos de ti nuestras miradas, gloriosa y dolorosa Rusia. He dicho que no dejabas de instruirnos: Si antes nos servías de ejemplo, hoy nos muestras, ¡ay! en qué arenas puede hundirse una revolución".

Comentando la actitud de Gide, Waldo Frank ha declarado al poeta Luis Cardoza y Aragón: "Es ejemplar y perfectamente revolucionaria. Y quiero sobre todo destacar que es ejemplar. Mucho de lo que André Gide dice en su *Regreso de la U R S S*, lo dije yo en mi libro sobre Rusia, *Aurora Roja*. Estoy de acuerdo con lo que dice Gide en gran parte de su libro. La alegría de los reaccionarios y burgueses por las críticas de Gide al régimen comunista es demasiado cándida. Y es torpe, reaccionario y ridículo, el sentimiento que en algunos escritores de izquierda produce la crítica de Gide."

CRÓNICA

HOMENAJE A RAFAEL OBLIGADO

POR iniciativa del Intendente Municipal de Buenos Aires, Dr. Mariano de Vedia y Mitre, el día 5 de agosto, frente a la casa de la calle Charcas 634, donde Rafael Obligado concluyó hace cincuenta años su poema *Santos Vega*, se celebró un hermoso acto, con la colocación de una placa recordatoria, en el cual hablaron el Dr. Vedia y Mitre, por la Municipalidad, Rafael Alberto Arrieta, por la Academia Argentina de Letras, Roberto F. Giusti, por la Sociedad Argentina de Escritores, Arturo Capdevila, por el P. E. N. Club, Ernesto Morales, por NOSOTROS, el Dr. Rodolfo Rivarola, por los amigos del poeta, y la señorita María Antonia Oyuela, por los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras. Además D. Leopoldo Díaz recitó un soneto dedicado a Obligado.

NOSOTROS, que tan íntimamente vinculada estuvo con el ilustre autor de *Santos Vega*, cortésmente invitada por el Intendente Municipal guardará memoria de esta ceremonia, así como del acto público que le siguió en la Facultad de Filosofía y Letras, en un número especial que aparecerá a mediados de octubre y será distribuido gratuitamente entre nuestros suscriptores.

Los premios nacionales de ensayos, crítica, filosofía e historia

LA Comisión Nacional de Cultura en su sesión del 23 de julio hizo suyo el dictamen de su comisión asesora encargada de aconsejar los premios nacionales de Filosofía, Crítica (literaria, social y de costumbres) y Ensayos, a los libros publicados en el cuatrienio 1933-1936.

Por unanimidad fueron acordados los premios en este orden: el 1º de 20.000, a Arturo Marasso, por su libro *Rubén Darío y su creación poética* (1934); el 2º, de 12.000 \$ a Ezequiel Martínez Estrada, por su *Radiografía de la pampa*; (1933); el 3º a Patricio Grau por su *Contribución al tema de la teórica pura* (1935). Han recaído los premios sobre tres obras orgánicas, respectivamente un libro de investigación y

crítica literaria, un ensayo sociológico-literario y un tratado de especulación filosófica, que la Comisión Asesora ha calificado con precisos y merecidos elogios, no sin dejar constancia en su dictamen "de que algunos otros libros de los presentados a concurso, unos de carácter orgánico, otros recopilaciones de estudios o artículos, honran el pensamiento argentino". Formaban la Comisión Asesora los señores Roberto F. Giusti, Francisco Romero, Angel Vassallo y Carlos Astrada.

Más difícil ha sido la tarea de la Comisión en lo relativo al otorgamiento de los libros de Historia, Arqueología y Filología publicados durante el mismo cuatrienio, porque la comisión asesora, dividida, produjo tres dictámenes diferentes. La Comisión de Cultura, fundándose en dichos dictámenes, y conciliándolos, otorgó los siguientes premios: el 1º a Octavio R. Amadeo por su libro *Vidas Argentinas*; el 2º a Julio C. Raffo de la Reta, por *El General José Miguel Carrera en la República Argentina*, y el 3º a Miguel Solá, por su *Historia del Arte Precolombiano e Hispano-Americano*.

La *Historia de la Ciudad de Buenos Aires*, de los señores Rómulo Zabala y Enrique de Gandía, aconsejada para el 3er. premio por dos de los miembros de la Comisión Asesora, los doctores Levene y Ravignani, quedó reservada para el próximo concurso, por tratarse de un primer tomo, prefiriéndosele, con un solo voto en disidencia, los ensayos biográficos del doctor Amadeo, aconsejados asimismo para el 1er. premio por dos miembros de la Comisión Asesora: los señores Padilla y Lafuente Machain.

Los nuevos colaboradores de este número

ARDOINO MARTINI. — Escritor y hombre de ciencia laureado en la Universidad de Pisa, radicado en Rosario desde hace más de 30 años, profesor honorario de la Universidad del Litoral, donde enseña. Director del Instituto de Investigaciones microquímicas de aquella Facultad de Ciencias Económicas. Especializado en estos estudios, es colaborador permanente de *Mikrochemie* y *Microchimica Acta* de Viena, y ha publicado o presentado a los congresos a que asistió como delegado, numerosos trabajos sobre estas materias. Como escritor ha publicado *La personalidad de Goethe* y colaborado en importantes diarios y revistas de Buenos Aires y Rosario.

CRESCENCIO DE LA RÚA. — Arquitecto y profesor español. Desde los 10 años se crió en el Extremo Oriente. Cursó sus estudios secundarios y superiores en Manila y viajó por el archipiélago malayo, China, India, Arabia y Egipto. Terminó sus estudios de arquitectura en Valencia. Radicado en nuestro país, ha sido presidente de la Sociedad de Ingenieros y Arquitectos de Rosario, y diez años miembro de aquella Comisión Municipal de Bellas Artes. Enseña en la Universidad del Litoral, donde ha sido consejero y delegado al Consejo Superior.

HORACIO MARTÍNEZ FERRER. — Pintor, publicista y profesor, natural de Córdoba. Ha expuesto en el Salón Nacional de Bellas Artes y otros certámenes nacionales y en dos exposiciones individuales. Ha publicado crónicas de arte en nuestras principales revistas.

JOSÉ TORRE REVELLO. — Pintor e historiador argentino, nacido en Buenos Aires en 1893. Ha publicado 35 libros y folletos y numerosos artículos y monografías históricas, basadas en investigaciones personales hechas en los archivos españoles y argentinos. Pertenece al Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, en cuyo *Boletín* ha publicado la mayor parte de sus escritos. Es colaborador de *La Prensa*. Ha expuesto sus obras pictóricas en diversas exposiciones celebradas en el país y en el extranjero y ha hecho en Buenos Aires dos exhibiciones de conjunto de sus obras en los años 1930 y 1935.

FRYDA SCHLITZ DE MANFIVANI. — Escritora argentina de la nueva generación, nacida en 1912. Ha publicado *Versos a un gran amor* (1933), líricas sobre la madre muerta, y dos farsas teatrales: *Los títeres de Maese Pedro* y *La marioneta que dejó de ser de palo*. Ha colaborado en *La Nación* y varias revistas del país.

JULIO CALLET-BOIS. — Nacido Buenos Aires en 1910. Egresado del Instituto Nacional del Profesorado Secundario. Profesor adjunto de Literatura Argentina y Americana de ese Instituto.

La bibliografía de Leónidas Bartella, por inadvertencia salió en el número anterior.